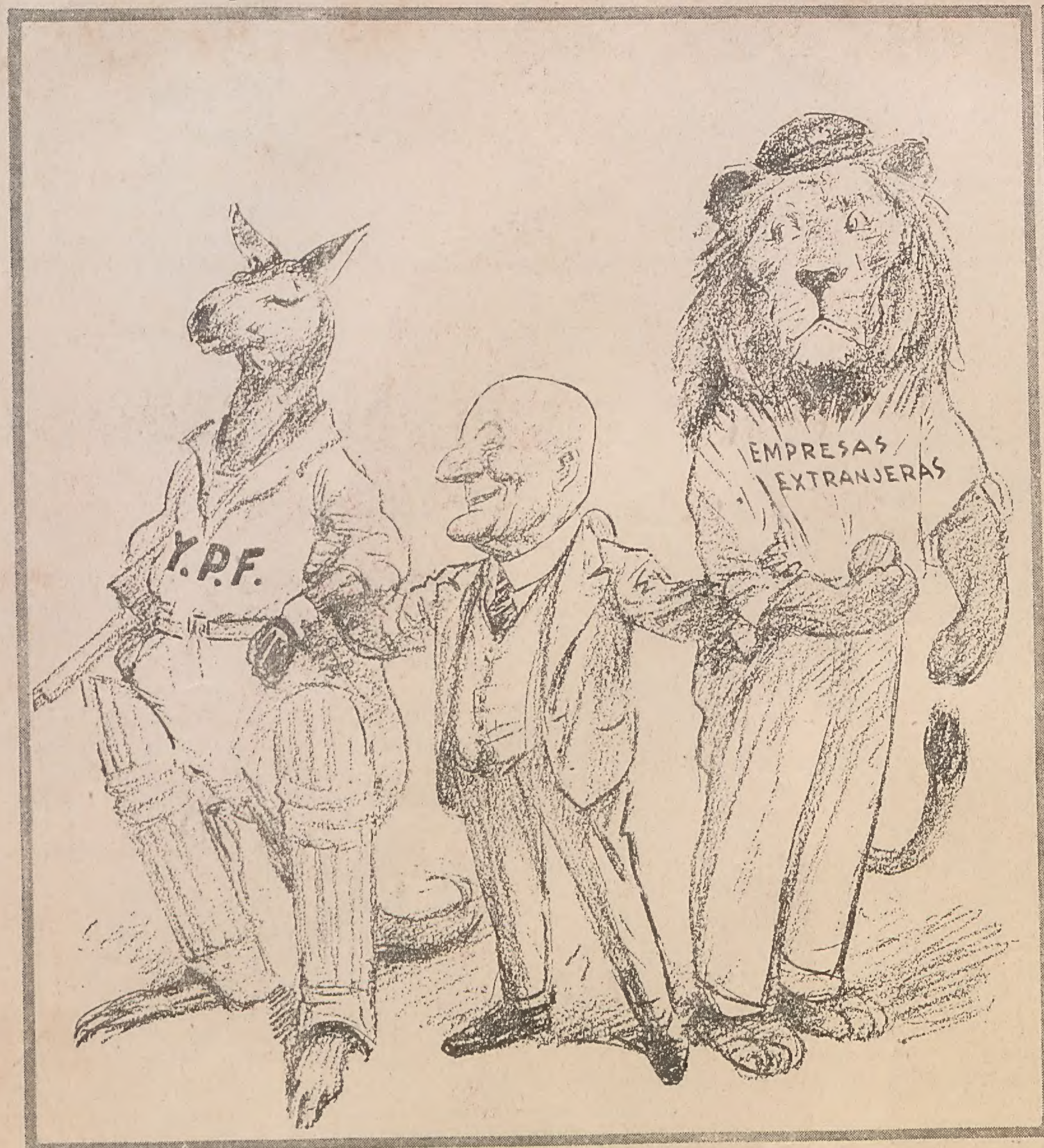


En este número:
Ha sido condecorada con la Legión de Honor una espía que impidió infectar el trigo argentino
20 centavos en toda la República
"Había tomado Florida. Estaba segura que los pasos de Armando Hernández seguían los suyos, vigilándola, espiándola, acercándose cada vez más, inevitable, irremediablemente. Sin embargo... La joven quiso pensar, poner orden en sus ideas, trazarse mentalmente un plan, encontrar la forma más rápida y segura de desaparecer ante la certeza absoluta de que aquel hombre iba a seguirla."
Año XXIII — Nº 1164
MAYO 10 DE 1933
De la novela corta de ambiente nacional
SOLTERONA
De
JULIO FRANZOSO
Mundo Argentino

El ESPEJO *de la* OPINION PUBLICA *en el* PAIS *y en el* EXTRANJERO

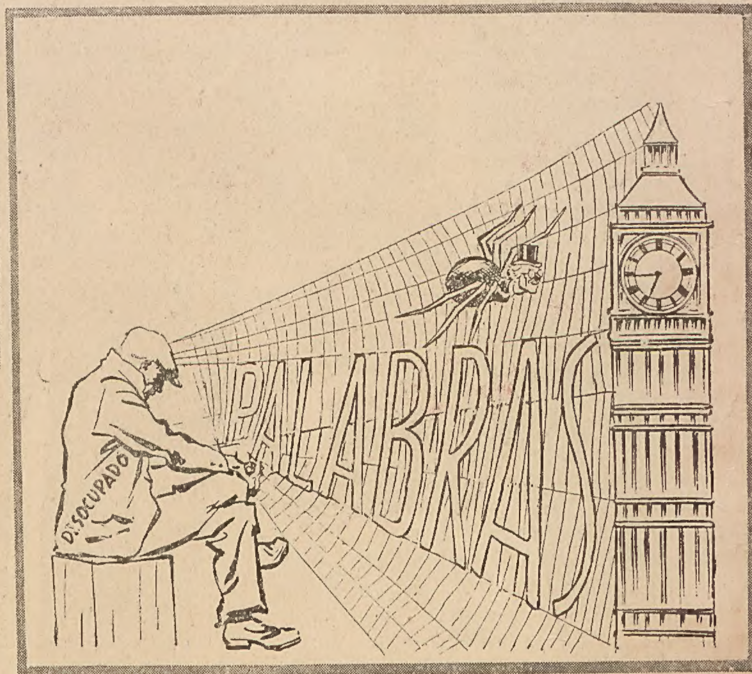


1 **REPUBLICA ARGENTINA**

Melo. — Vengan para aquí, que yo quiero que ustedes sean buenos amigos.



2 INGLATERRA
El "balconeador" da consejos.
(De "Glasgow Bulletin")



3 **LA DESOCUPACION MUNDIAL**
El desocupado. — **Lo de siempre: palabras, palabras y más palabras...**
(De "Daily Express")

El BALANCE *de la* POLITICA MUNDIAL

(1) **Debe reinar buena inteligencia entre los yacimientos petrolíferos fiscales y las empresas extranjeras.** La industria nacional del petróleo es impotente para aprovechar totalmente nuestra riqueza y no puede rechazar la ayuda que le ofrecen los capitales extranjeros.

(2) Lloyd George "balconea" ahora los problemas internos de su país, sin que su colaboración sea en manera alguna ostensible. **El famoso estadista permanece inactivo, y sólo abre la boca para decir que deben resolverse los problemas nacionales.**

(3) Poco, casi nada se ha hecho en el mundo entero por la suerte de los desocupados. **Todo no ha sido más que un tejido de palabras prometedoras de rápidas soluciones,** y mientras tanto el grave mal avanza como una ola que no sabemos adónde nos arrastrará.

(4) Los rumores de otra próxima guerra europea que circulan insistentemente, **acaso por ahora no sean otra cosa que añagazas del espíritu bélico para cubrir con su ruido la resonancia de los discursos pacifistas** que se pronuncian en el mundo.

(5) Europa desea andar, marchar hacia adelante, **pero sus hijos se empeñan en arrastrarla por caminos distintos,** y esto hace que no avance en su camino de progreso y bienestar.



4 **OTRA GUERRA EUROPEA**
La Guerra. — **Las de ahora son simplemente balas de fogueo; pero sirven para tapar el rumor de los discursos pacifistas.**
(De "Daily Herald")



5 **LA SITUACION EUROPEA**
— ¡Vamos, mamá, apúrate!
— ¡Sí, hijitos; pero hagan el favor de ir todos por un mismo camino.
(De "Punch")



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN, RÍO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES



AÑO XXIII — BUENOS AIRES, MAYO 10 DE 1933 — Nº 1164

El final de la crisis puede estar en el bimetalismo

SIGNIFICADO y ALCANCE *de este* SISTEMA

(Una interview acordada por sir Robert Horne, ex ministro del Tesoro de la Gran Bretaña y una de las mayores autoridades mundiales en materia de finanzas.)

¡El bimetalismo! He ahí una nueva fórmula para aliviar la terrible presión de la crisis universal y encaminar las finanzas y el comercio nuevamente hacia la perdida prosperidad de otros tiempos.

En realidad, el bimetalismo es una vieja práctica que ha caído en desuso, pero que las circunstancias actuales han rodeado de un nuevo prestigio, y se ve pregonado como la panacea que todos buscan afanosamente.

El presidente de los Estados Unidos, al encarar la situación desesperante de su país, ha decidido apelar al bimetalismo, estimando que los efectos de su implantación harán mejorar en forma notable el estado económico en general.

¿Cuál sería el significado de esta medida? ¿Cómo afectará a nuestro país?

MUNDO ARGENTINO, para ilustrar a sus lectores respecto del vasto alcance de la nueva política monetaria, ha entrevistado a sir Robert Horne, la autoridad británica que con más decisión apoya a esta medida en el parlamento.

CON su característica sencillez, sir Robert, fué directamente al grano, en respuesta a las preguntas que le formulamos.

— El bimetalismo — dijo, — o sea el uso de la plata conjuntamente con el oro como garantía de la moneda papel, es de una importancia insospechada por la gran mayoría que ignora la honda repercusión producida en la vida de cada ciudadano por hechos que ocurren en regiones remotas, a las cuales apenas conoce como puntos geográficos.

"Y hago estas consideraciones porque la medida que propiciamos concierne más directamente a la India y a la China para, desde allí, repercutir en el bolsillo de todos, tanto en el mío como en el suyo."

— Se nos antoja una relación muy lejana, sir Robert — objetamos, — entre nuestro bolsillo y el Celeste Imperio.

— Sin embargo, esa opinión es equivocada — replicó el célebre económo. — Para que el mundo de los negocios, y, por ende, todo lo demás, vuelva a la normalidad, es imperativo reconquistar para los occidentales el perdido mercado asiático. Y la incalculable riqueza de la India y de la China se ha inmovilizado en gran parte debido a los actos erróneos de ciertos gobiernos en política monetaria.

UN TRAZO DE PLUMA HA EMPOBRECIDO AL MUNDO

— Se dice en muchos círculos — interpusimos — que la pérdida de esos mercados debe culparse a otras causas. El boicot de los nacionalistas hindúes, dirigidos por Ghandi, por ejemplo, y la anarquía reinante en China.

— Efectivamente — admitió sir Robert — existen y han existido siempre causas que originan fluctuaciones "artificiales" en el comercio internacional. Pero la causa fundamental que ha producido el actual derrumbe hay que buscarlo por otro lado.

— ¿...?

— Un trazo de pluma puede ahogar en la miseria a un continente entero, cuando meras rencillas intestinas o las actividades de un partido extremista local no hacen más que disminuir provisoriamente el intercambio.

— ¿Refiriéndose a...?

— Refiriéndome a la pluma que firmó el decreto por el cual el gobierno de la India abandonó el patrón plata. Cuando se equiparó la moneda de aquel país a la moneda inglesa, vale decir, se la garantizó con depósitos de oro en lugar de su antigua base de plata, se cometió un gravísimo error.

"Una gran parte de la riqueza hindú, atesorada durante siglos, está compuesta por ornamentos y monedas de plata. El abandono del patrón plata produjo una fuerte baja en el valor de dicho metal, empobreciendo en igual proporción al consumidor hindú. Un cliente empobrecido compra menos mercaderías. Luego el proveedor inglés pierde terreno, y a su vez

(Continúa en la página 9)



La incorporación de la plata en unión con el oro como metal universalmente reconocido y garantizado por el papel emitido, es considerada como uno de los primeros pasos esenciales en la reconquista de los mercados perdidos en la India, China y Méjico.



Ha sido condecorada una ESPIA que impidió

EL gobierno francés, haciendo tardía justicia, acaba de condecorar con la Legión de Honor a una de las mujeres más extraordinarias de la guerra mundial. La historia de "la Alondra", Marthe Richard, es el fabuloso testimonio de un alma templada en la epopeya, prototipo de una época de valor y sacrificio sobrehumanos.

"La Alondra" era una de aquellas espías cuya existencia de secretos heroísmos ha trascendido al público a raíz del fusilamiento de la célebre Mata Hari.

Pero las leyendas tejidas en derredor de la bailarina, víctima de una fatalidad inexorable, palidecen ante la historia verídica de Marthe Richard, lacónicamente documentada en los archivos de la Legión. El suyo es un relato intenso, de hazañas cuya fría audacia e inteligente intriga son difíciles de igualar en los anales del servicio secreto.

Si hemos de creer los documentos oficiales, la serie de aventuras novelescas atribuídas a la exótica intérprete de danzas orientales, son producto, en su mayor parte, de la fervorosa imaginación de publicistas y empresarios cinematográficos que han conseguido idealizar a una pobre mujer cuyo heroísmo reside principalmente en sus injustos sufrimientos.

Pero la foja de servicios de la espía recientemente condecorada consigna escuetamente, sin el histerismo romántico de las fábulas, una serie de hechos que se aproximan a lo inverosímil.

Marthe Richard ha vivido, en toda su angustiosa realidad, las más fantásticas aventuras que imaginarse puedan, inclusive un misterioso viaje a las playas del Plata, durante el cual es probable que más de uno de los lectores de esta nota, al verla pasear por la calle Florida, se habrá sentido cautivado por su extraña belleza, sin sospechar jamás que la existencia de esa elegante figulina era un continuo desafío a la muerte en el peligroso juego de ingenio contra el formidable servicio de espionaje de las potencias centrales. Nadie hubiera creído que, tras de sus bellos ojos color turquesa, guardaba secretos funestos, y que de ella dependía la suerte de millares de seres condenados a una muerte horrenda.

Las historias de espionaje son siempre cautivadoras, pero, por lo general, se prestan a la duda. No es concebible, en efecto, que seres humanos sean capaces de realizar las proezas que esas historias refieren. En la mayoría de los casos, escapan milagrosamente a la muerte una y mil veces, y aun cuando el caso de la Mata-Hari esté ahí para demostrar la posibilidad de que el final de su peligrosa misión sea la muerte misma, ello no es suficiente para dar por verosímiles una buena parte de hechos atribuídos a miembros del servicio secreto de los países que se trabaron en lucha en 1914. Esta nota ofrece, en cambio, con la viva realidad de los hechos recientes, un cuadro de aquel infierno en que una espía francesa logra burlar de manera admirable al Servicio Secreto alemán, y es tanto más interesante cuanto que en uno de sus apasionantes aspectos se ocupa de nuestro trigo, que estuvo a punto de ser infectado con el fin de que el ejército aliado sufriera un descalabro.

DE FAMOSA DEPORTISTA A ESPIA ANONIMA

Ya antes de la guerra Marthe Richard había demostrado su temple de mujer moderna, amante de los deportes difíciles y las proezas peligrosas. Casada con un fuerte industrial francés, dedicaba sus ocios al automovilismo y a la aviación, y en 1913, cuando contaba apenas veintidós años, se le consideraba uno de los mejores aviadores de su país.

Poco antes de estallar la guerra, París y el mundo entero se maravillaban de su vuelo alrededor de la Torre Eiffel, un vuelo extraordinario en aquellos tiempos de aparatos primitivos y torpes.

Al decretarse la movilización en 1914, Marthe quiso incorporarse al ejército, haciendo caso omiso de su sexo, y organizó de inmediato una escuadrilla de aviadoras cuyos servicios ofreció al gobierno, en la esperanza de tomar parte activa en la contienda.

Su vehemente deseo de servir a Francia en el campo de batalla fué frustrado. El gobierno no permitió que la escuadrilla femenina partiera para el frente. Y, mientras que su marido y sus tres hermanos marchaban a las trincheras, Marthe tuvo que resignarse, renegando de su condición de mujer que le impedía dedicar su caudal de valor y energía a la defensa de la patria.

En su forzosa y desesperante pasividad lloró uno tras otro a los seres queridos segados por la metralla alemana. Hasta que, habiendo perdido a los cuatro, se le acrecentó en el pecho



Nuestro trigo, pan de los ejércitos durante la pasada gran contienda europea, estuvo a punto de ser infectado por el cuerpo de espionaje alemán. Una feliz casualidad impidió que se llevara a cabo ese propósito. Y esa feliz casualidad se llamaba Marthe Richard (a) "la Alondra", espía francesa, de larga historia, a quien se acaba de condecorar con la Legión de Honor.

con la LEGION de HONOR INFECTAR el trigo argentino

Una nota de H. J. RAMIREZ

el deseo imperioso e irresistible de vengar esas muertes.

Eligió la tarea más difícil, la más peligrosa por ser la más útil; eligió una probable muerte sin gloria, una mortal zozobra de todas las horas, el angustioso destino sin recompensas ni honores en el obscuro anonimato de los héroes despreciados: el espionaje.

El servicio secreto reconoció en ella a un elemento valioso por su dominio de varios idiomas y su espíritu resuelto. La destinó sin vacilaciones a la labor más dura, la de espiar a los mismos espías del enemigo. Con su belleza y unos 400 pesos como toda arma y único capital, la flamante espía se embarcó para España con la orden de obtener informaciones sobre la conducción de la guerra submarina.



Marthe Richard (a) "la Alondra", a cuya energía y astucia deben los aliados muchos éxitos, y que acaba de ser condecorada con la cruz de la Legión de Honor por el gobierno francés.

EN LA BOCA DEL LOBO

En el puerto de San Sebastián se había instalado la base secreta de los submarinos alemanes, desde donde se dirigía la campaña sin cuartel contra toda embarcación que surcara los mares. El jefe de esta base era el renombrado barón von Krohn, hombre astuto y audaz que había convertido a un pueblo neutral en inconsciente aliado de su país. Este solo enunciado aquilata el cerebro y la voluntad que debía enfrentar la joven espía. Y Marthe obtuvo lo imposible. En un escaso lapso logró captarse la confianza y la simpatía de von Krohn ¡posando de espía alemana!

El mismo jefe de la secreta base naval la instaló en una casa de belleza conocida por el sugestivo nombre de "El espejo de la Alondra". Desde aquel momento pasó a ser "la Alondra", y todos la conocían por ese apodo.

La extraordinaria mujer no tardó en convertirse en la confidente de von Krohn, y obtuvo informes de incalculable valor para su gobierno, al mismo tiempo que aceptaba "trabajos" de los mismos enemigos, frustrando por partida doble a los planes de la base de submarinos.

CONTRA EL TRIGO ARGENTINO

Una de estas misiones, que de paso echó una luz insospechada sobre los entretelones siniestros de la guerra, era el de infectar a los trigos argentinos destinados a Francia. La supuesta agente alemana hizo un viaje a Buenos Aires con este fin y, como venía enviada por nadie menos que von Krohn, tuvo acceso a muchos secretos que luego influyeron en hechos históricos de resonancia relacionados con la guerra submarina.

"La Alondra" destruyó los microbios que traía con el propósito inconfesable de sembrar la muerte a traición, y luego regresó nuevamente a San Sebastián, donde recibió una fuerte recompensa.

LA FUGA SE IMPONE

Jugaba con fuego; el fuego y plomo de una bala certera si un sólo detalle insignificante llegara a delatarle. Su vida era un arco tendido con una intensidad inhumana, y se veía forzada a desempeñar un papel múltiple con un arte y una perfección que bien se quisieran para sí las más geniales actrices.

Este estado de cosas no podía durar para siempre. Los planes urdidos por von Krohn fracasaban de un modo inexplicable, y el gobierno alemán recibía informes que le resultaban perjudiciales. El jefe de la base de San Sebastián empezó a sospechar de su más preciada colaboradora.

"La Alondra" comprendió que debía huir. Pero ¿cómo?

Había entrado en España con falsa documentación, sindicándole como súbdita alemana. Con esos documentos no podía cruzar la frontera, y le faltaba el tiempo para conseguir documentos franceses. La sola esperanza de estar salva de la venganza de von Krohn era llegar a París y allí justificar su identidad ante el jefe que la había enviado. Probablemente él era el único ser que podría reconocerla como agente francés, tal es el hermetismo en la organización del servicio secreto.

Adelantándose a la acción de von Krohn, consiguió que unos espías alemanes indicaran cuál era el paso secreto de los Pirineos, utilizado por ellos para pasar a Francia. Sin pérdida de tiempo emprendió viaje. Era pleno invierno en el año 1917.

Detrás venían en persecución los agentes vengadores de von Krohn; por delante los Pirineos erguían su hostil barrera de aludes y tormentas. Sólo un sendero peligroso podría conducirle a su destino, y por aquel sendero la valiente mujer se internó. Su frágil figura doblada contra la montaña, mientras ascendía laboriosamente por la huella resbalosa de hielo y nieve, es un hermoso símbolo de una voluntad y un heroísmo en nada inferior al arrojo varonil en los campos de batalla.

Enferma, después de haber escapado apenas de la muerte por congelación, llegó finalmente a Perpignan, en territorio francés. Y allí estuvo a punto de terminar su odisea de un modo inesperado. Detenida como espía alemana, fué sentenciada sin más preámbulo a la pena de muerte. Inútiles fueron sus protestas. París estaba lejos... y la guerra es la guerra. Además, había sido reconocida como agente de von Krohn. Era la famosa "Alondra", la que mandaba a los barcos de pasajeros para ser hundidos sin dejar rastros.

Cuando faltaba poco para cumplir la sentencia. la conoció un inglés, Thomas Crompton, de la cruz roja, quien creyó en ella y movió cielo y tierra hasta conseguir una investigación más amplia.

UN FINAL DE CUENTO DE HADAS

Al ser puesta en libertad "la Alondra" en-



La vida de los espías es siempre peligrosa y deben echar mano de los más extremos recursos y de la más refinada astucia para escapar a la implacable venganza que se abatiría sobre ellos en el caso de ser descubiertos.

(Continúa en la pág. 20)

OJOS

UN CUENTO DE

POCOS hombres habrá en el mundo tan celosos de la probidad y la justicia como lo fué mi papá. Pero no soy yo la indicada a hacer su elogio, que por fuerza había de parecer imparcial. En homenaje a su inolvidable memoria me permitiré reproducir un suelto, que conservamos como si se tratara de una reliquia. Corresponde este suelto a "El Trabajo", un periódico local de gran difusión, y fué publicado con motivo de una demostración que le hicieron a raíz de un reciente ascenso.

El suelto de referencia dice así, al pie de su retrato:

"Ayer tuvo lugar en el salón "La Armonía" la demostración que le ofrecieron al señor Sebastián Muñoz sus amigos y compañeros. El pretexto de esta demostración — pretexto, ésta es la verdadera palabra — es un reciente ascenso, muy merecido por cierto; pero, en realidad, ella obedece al buen deseo de cuantos tienen el gusto de tratarle, de testimoniarle su gran admiración.

"En efecto, el señor Muñoz reúne las más sobresalientes dotes de simpatía, bondad, amor al trabajo y justicia. Su espíritu imparcial jamás le ha llevado a cometer un acto en contra de la verdadera justicia, y siempre tiene en los labios palabras de estímulo para los desdichados y palabras de perdón y consuelo para los culpables. Es, diríamos, la encarnación de todas las virtudes.

"Hace más de veinte años que desempeña un puesto de confianza en la Empresa Industrial Osnia, a que pertenece, y en ese lapso ni una sola vez ha merecido el más leve apercibimiento.

"Por lo que respecta a su vida íntima, ésta no puede ser más ejemplar. A la cualidad de esposo intachable une la de padre amante y abnegado. Su casa, por fuerza, tiene que ser un paraíso envidiable."

Esto es lo que dijo en una ocasión "El Trabajo" de mi inolvidable papá, y por cierto que no exageró en la alabanza de sus cualidades. En lo que quizá el redactor se había excedido es en aquello de que nuestra casa fuera un "paraíso envidiable", ya que por aquel entonces todos los hermanos éramos pequeños, y, naturalmente, dábamos mucho que hacer con nuestras desobediencias y nuestras rencillas.

Y, hecha su presentación, voy a narrar un episodio inesperado y doloroso de su vida.

Todas las noches, entre ocho y ocho y media, papá regresaba de su empleo. Nunca llegó más tarde. Juraría que si más de una vez se encontró con un amigo en la calle, no se detuvo a conversar con él por temor a demorarse. Lo esperábamos con la mesa preparada, y alguna vez hasta con la sopa servida.

Cuando llegaba, nos daba las buenas noches al entrar; colgaba su sombrero en la percha, detrás de la puerta del comedor; cambiaba su saco por uno de lustrina, que le había hecho mamá; iba a lavarse las manos, y regresaba al comedor, a ocupar su sitio de siempre, en la cabecera de la mesa.

Por aquel entonces la familia, tan numerosa, por desgracia, porque nunca nos faltaba una inquietud, había quedado reducida a sólo cuatro personas. Papá, mamá, Marcela y yo. Con excepción de la desventurada Dorita, que ya dormía su último sueño en un lugar soleado del cementerio, los otros hermanos habíanse casado y vivían lejos. Cada uno había ido a labrarse el porvenir donde creyó que podía lograrlo, aunque no todos habían tenido la misma suerte.

Como decía, papá solía llegar por las noches entre ocho y ocho y media. Nos tenía tan acostumbradas a esto que si un día se hubiera demorado más de lo natural, nos habría alarmado. Y ocurrió esto un día. Dieron las ocho y media, luego las nueve, y luego las nueve y media, y papá no llegaba. Aquello nos resultaba tan anormal que no podíamos hacernos a otra idea que a la de que había sido víctima de un accidente callejero.

Impacientes, no hacíamos más que ir del comedor a la puerta de calle, y de la puerta de calle volver al comedor, y hurgar en todas las cosas, nerviosas e inquietas.

— ¡A vuestro padre ha debido ocurrirle algo! ¡Sólo ocurriéndole algo puede demorarse así!... ¡Dios mío! Esto sólo nos faltaba ahora.



¿Puede un hombre honrado, amigo de la justicia y ejemplo vivo de todas las virtudes caer en el inmundo abismo del deshonor? Puede caer, desgraciadamente, como la autora de este cuento dramático nos lo hace ver, pintando en forma interesante un carácter masculino arrastrado por el torbellino de una loca aventura.

— Pero, mamá — decíale yo, tratando de calmarla. — No piense eso. ¿Qué gana con pensar cosas malas? Lo más probable es que se haya encontrado con algún viejo amigo y hayan entrado en un café, a conversar de cosas pasadas. Y si no, bien podría ser que por exceso de trabajo haya tenido que quedarse en la oficina después de hora.

— Ojalá sea así — susurraba la pobre sin llegar a convencerse.

No me equivoqué. Pocos minutos antes de sonar las diez en el reloj del comedor, llegó papá. Venía encendido, nervioso, como si le hubiera ocurrido algo. Colgó su sombrero en la percha, se cambió de saco, se lavó, y vino a ocupar su sitio en la mesa. Ya sentados todos, mamá empezó a servir la sopa:

— ¿Qué te ha ocurrido, Sebastián? ¡Nos has tenido con la tranquilidad en un hilo!

— ¡Déjame, no me preguntes ahora nada! Estoy fuera de mis casillas de indignación. Hay cosas intolerables, y hombres a los que debía Dios arrancales los ojos para que no pudieran ver.

— ¡Me alarmas, Sebastián! ¿Qué te ha ocurrido?

— Te ruego que no me hables, que me dejes tranquilo...

— ¡Cualquiera diría que yo tengo la culpa de lo que te ocurre!

— ¡No! ¡Tú, no! Tú menos que nadie, Elvira.

Comimos en silencio. Alarmadas, Marcela y yo, nos mirábamos como preguntándonos: — ¿Has visto a papá? ¡Está desconocido! ¿Qué le pasará? — Pero no nos atrevimos a abrir la boca para nada. De hacerlo, sólo hubiéramos logrado exasperar más a papá y an-

MALDITOS

ELENA S. MUNOZ

gustiar aun más a nuestra pobre madrecita.

Sin hablar una sola palabra más papá fué a acostarse. Nosotras lo imitamos en seguida, y, aunque no nos fué posible conciliar pronto



—Ella era más fuerte que yo, Elvira. Me tendió sus redes; me apresó en ellas; las cerró, me ahogó.

el sueño, acabamos por fin por quedarnos dormidas.

A **la mañana** siguiente, cuando después de haber tomado el desayuno papá se marchó al empleo, interrogamos, anhelantes, a la pobre mamá.

—¿Qué le pasó ayer a papá?

—No sé; no me ha dicho una sola palabra. Pero yo creo que no ha podido dormir en todo la noche. No hacía más que darse vueltas de un lado a otro, y lanzar de cuando en cuando un suspiro. Para mí que a vuestro padre le ha ocurrido algo, y algo muy grave, desgraciadamente.

—No será nada, mamá — intervino Marcela. — Acaso algún disgusto en el trabajo.

—Es posible, y quiero creer que sólo sea eso; pero tengo el grave defecto de ser muy mal pensada... Vuestro padre no se encuentra bien. Si sigue así y se obstina en no hablar, me veré precisada a llamar un médico.

Aquella noche papá volvió a su hora de siempre. Si bien no estuvo tan irascible como la noche anterior, apenas si habló unas palabras en la mesa. Su sueño no fué tan intranquilo, pero no fué tampoco plácido como hasta entonces. Algo le hormigueaba por el cuerpo, que le tenía desasosegado, que le crispaba los nervios, a él, que los tenía como "muertos".

Aún dos días más regresó papá a su hora. Pero al tercero volvió a llegar tarde, y presa también de su terrible mal humor. Para evitar mayores disgustos nos abstuvimos de hacerle la menor observación; es decir, se abstuvo mamá, porque nosotras no nos permitimos nunca observarle lo más mínimo. Preferíamos antes mordernos la lengua.

Varios días más siguió llegando tarde, y, por fin, llegó uno en que no volvió a casa por la noche. ¡Lo que durante ella lloramos mamá, Marcela y yo no es para dicho! Nos ahogaba la angustia. Suponíamos, no sin razón, que el pobre papá habría sido embrujado; que una mano fatal lo arrastraba a un abismo... Pero no se nos ocurrió tener un solo mal pensamiento hacia él. Lo que el redactor de "El Trabajo" había dicho en su homenaje, no se nos borraba de la imaginación. Papá era eso: un hombre ejemplar, probo, amoroso, justiciero. No tenía más ilusión que su trabajo ni más placeres que su casa.

Las horas de aquella noche fatal fueron interminables. Más largas y más angustiosas que las que se pasan junto a un muerto querido, en la soledad de la casa dormida. El reloj del comedor, con su isócrono tic-tac, aumentaba nuestra inquietud, porque iban pasando los minutos y papá no llegaba.

La mesa había quedado puesta, con la sopa servida en los platos. Ninguna de las tres nos habíamos sentido con la suficiente tranquilidad como para sentarnos a ella y comer. No nos acordamos. Se nos había cerrado el apetito herméticamente.

Al dar el reloj las cinco, con cinco largas y lúgubres campanadas, nos echamos llorando sobre la cama. Más débil que yo, Marcela al cabo se quedó dormida. Mamá y yo no pudimos cerrar los ojos. La inquietud nos los hacía abrir a cada instante. El ruido de los coches, en la calle, nos llenaba de ansiedad. —¿Vendrá en ese? — nos decíamos sin palabras, y cuando el ruido pasaba por frente a nuestra casa, sin cesar en su carrera, e iba a perderse allá lejos, a lo largo de la calle, exclamábamos descorazonadas, también sin palabras: — ¡No viene! ¡No viene! ¿No vendrá?

Y**a había** empezado a clarear el día y estaba yo a punto de quedarme dormida de cansancio, cuando sentimos unos pequeños golpes en uno de los vidrios de la ventana de la sala.

Mamá, que estaba con el oído alerta, saltó en seguida y fué a abrir. Yo..., lo confieso sinceramente, no tuve valor. Un miedo inexplicable había hecho presa de mi espíritu, y permanecí en el lecho en silencio, sin moverme, como dormida.

Entró papá y se encaminó directamente a su dormitorio. Mamá cerró la puerta de calle y lo siguió.

Entonces, sentí que la puerta era cerrada con llave, cosa que nunca hasta ese momento se había hecho. Esto me asustó aun más, y el mismo miedo de que pudiera ocurrir algo grave me hizo levantar y acercarme en puntillas, como los traidores, a la puerta del dormitorio de mis padres.

Temblando de ansiedad acerqué el el oído a la puerta. Oí a papá y a mamá llorar; luego, la voz de él, rota por el dolor, por la pena, por la angustia:

—¡Perdóname, Elvira! Soy el más indigno de los hombres. Eso que ha dicho "El Trabajo" de mí es falso; no lo merezco..., ¡no lo merezco!

—No, Sebastián — le consolaba mamá. — Tú eres bueno; el mejor de los hombres del mundo. Lo dicen todos y lo repito yo, que te conozco tanto.

—Lo era, sí, puedo decirlo a gritos, ¡lo era!; pero ya no lo soy. La fatalidad se cruzó en mi camino. La fatalidad convertida en una mala mujer.

—¿Es posible eso, Sebastián? ¡Tú, el hombre más puro!

—Sí, yo; el hombre más vil. Pero ella era más fuerte que yo, Elvira. Me tendió sus redes; me apresó en ellas, las cerró, y me ahogó. No me fué posible libertarmente, querida, hasta esta noche. ¡Hasta esta noche, en que en mi desesperación le eché las manos al cuello y quise ahogarla como al reptil más inmundo!

—¡Cálmate, Sebastián, que no es para tanto! Yo te lo perdono todo con toda el alma.

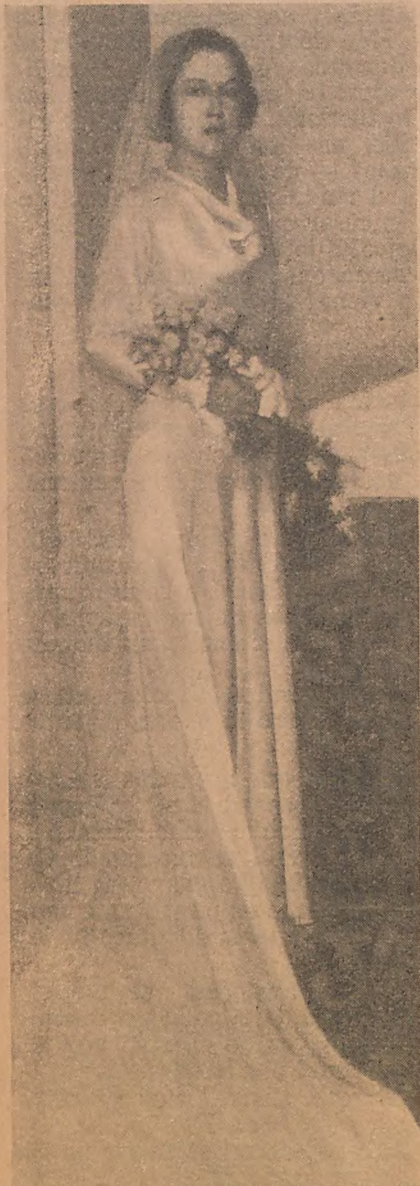
—¡No; yo no quiero que me perdones nada! ¡He delinquido; soy culpable y merezco un castigo! ¡Yo mismo me daré el castigo que merezco! ¡Es decir, castigaré a los culpables de mis pecados; a estos ojos malditos, que no debieron fijarse jamás en otra mujer más que en ti, que has sabido hacerme feliz durante tantos años!

—¡No digas eso, Sebastián, que me llenas de miedo! Una sirena te hechizó con sus endemoniados encantos, ¡qué importa! Yo no te culpo por eso; al contrario, te compadezco por tu desgracia. A muchos hombres les ocurre

(Continúa en la página 9)

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR



Señorita Sara Herrera Contreras, que acaba de contraer enlace, en Santiago del Estero, con el teniente 1º Eugenio Aramburu.

LOS PADRES del novio van primero a la casa de la prometida y en seguida ésta, con sus padres, retribuye la visita.

Contestando a "Dos ignorantes", de Bahía Blanca.

● ●

UN TELEGRAMA es lo que corresponde mandar en su caso.

Contestando a "Airam".

> UNA CARA LINDA ES EL MAS BELLO DE LOS ESPECTACULOS; Y LA VOZ DE LA QUE SE AMA ES LA MAS DULCE DE LAS ARMONIAS.

ENVIELE una canasta de flores o una linda bombonera; es lo más adecuado para este caso.

Agradezco sus felices augurios.

Contestando a "Juanillo", de Córdoba.

● ●

ENVIELE los versos como ha pensado; por eso nadie puede ofenderse.

Contestando a "Lector de Corrientes", de Corrientes.

IDEAL DE PERFECCION

(Colaboración)

Por SANTOS AGUILERA

Llegaste, por no sé qué extraña senda
hasta mí, de una edad asaz distante,
cargado de un perfume de leyenda
y un espejismo casi alucinante.

Llegaste, y ya no hubo desengaños,
sino una primavera de ternura,
y el retórico mal de los veinte años
pasó a ser cosa de literatura...

Desde entonces ni lloro ni suspiro;
pero al que canta tu victoria admiro
y le llamo mi hermano si es poeta.

Porque el amor al arte que en mí existe,
a ti lo debo, pues que alegre o triste,
eres en él su música secreta.

1º **INVITE** para presenciar esa ceremonia solamente a personas muy íntimas; si da alguna reunión, puede invitar a sus amigas a su casa para después de la ceremonia.

2º Hágase un traje de terciopelo, que será una tela que estará muy en boga este invierno.

Reciba mis mejores augurios.

Contestando a "Chita", de Chacabuco.

● ●

ESCRIBALE una carta manifestándole su simpatía hacia ella, y que desea le dé alguna oportunidad para hablarla.

Contestando a "Un desesperado", de capital.

● ●

VISTASE como lo ha pensado; estará perfectamente. Que la nueva vida le ofrezca un sinfín de halagos, son mis deseos.

Contestando a "Flor de los Alpes", de Villa María.

● ●

NO HAY PALABRAS determinadas para pronunciar en esos momentos. Los anillos deben ser entregados por el padre del novio, pero si quiere puede darlos el novio.

Reciba mis felicitaciones por su próximo compromiso.

Contestando a "Un momento triste", de Mar del Plata.

● ●

SI ELLA no ignora la verdad y está dispuesta a esperarlo, no tiene por qué terminar su noviazgo si está realmente enamorado. Por el momento no se comprometa; espere, para llenar esa formalidad que se regularice su situación financiera. Ponga todo el empeño y buena voluntad de su parte para conseguir nuevamente trabajo, y así su problema tendrá un feliz desenlace.

Contestando a "Chroe", de capital.

● ●

DADA LA FORMA en que procedió ese joven no debía ni mirarlo más, pero ya que no lo puede olvidar y él parece mostrarse arrepentido, cuando lo vea salúdelo sonriente; con ello le demostrará que su enojo ha terminado y él se animará a hablarle otra vez.

Contestando a "Morocha que sufre", de Rufino.

ME ES IMPOSIBLE explicarme la causa de ese cambio en su novia. Dice usted: "que será demasiado cariño", no lo creo; el exceso de amor no puede demostrarse con aburrimiento; será más bien que ya no siente por usted el afecto de antes. Dígale que prefiere la verdad, por cruel que sea, a la duda, y que, por lo tanto, le diga con franqueza y sea cual sea, la causa de su cambio.

Contestando a "Anhelante de paz", de capital.

● ●

1º **NO DEBE ESCRIBIRLE**. Cuando regrese y se entere de su cambio, si su conducta no lo ha desilusionado completamente, él volverá a usted. Creo terminarán sus "filitos".

2º Debe llevar sombrero con cola, y guantes.

3º Ese luto riguroso le corresponde llevarlo un año.

Contestando a "Encantada de Nenúfar", de H. Renancó.

● ●

¿SI LO HARA FELIZ esa mujer? Imposible dar una respuesta acertada a esta pregunta. Para cerciorarse de si lo quiere o no, debe esperar los acontecimientos futuros. Su conocimiento con esa señorita es muy reciente, por lo tanto sería aventurado querer interpretar sus sentimientos. No se apresure a tomar determinaciones, sobre todo teniendo una duda. Esta separación le servirá de prueba.

Contestando a "A. M. O.", de Corrientes.

● ●

PIENSO COMO USTED. Deje las cosas como están. No creo que dé resultado la estratagema que le ha sugerido su amiga. Espere confiada, sea optimista; si sus ojos se dijeron lo que los labios callaron; si él también se alejó con su recuerdo, tenga la seguridad de que buscará la forma para que no quede trunco este idilio. Que la acompañe la suerte.

Contestando a "Corazón cobarde", de capital.

● ●

1º **VUELVA AL COLEGIO** sin preocuparse de esos amoríos; ya tiene tiempo para pensar con seriedad en esas cosas. Por ahora disfrute otro poco de su juventud.

2º Si se aman mutuamente, la causa que me expresa no creo sea motivo para tanta preocupación. Me parece que es prematuro hablar de "toda la vida". Por otra parte, su novio puede buscar la forma de resolver ese asunto de otra manera. Ahora, si no está convencida de su cariño, entonces recapacite antes de resolverse.

Contestando a "Dos enamoradas cañadenses", de Cañada de Gómez.

> UNA MUJER BONITA CON LAS CUALIDADES DE UN HOMBRE DISCRETO ES DE UN TRATO DELICIOSO: REUNE LOS MERITOS DE LOS DOS SEXOS.
>
> La Bruyere

LO UNICO que puede hacer en su caso es esperar y ver si, a medida que pasa el tiempo, vuelve su festejante a ser el mismo de antes; quizá esté aún algo resentido por el disgusto anterior y sea esa la causa de su indiferencia actual. Ponga en juego toda su capacidad e inteligencia de mujer para hacerlo cambiar.

Contestando a "María del Valle", de S. Fe.

(Continúa en la página 20)



Señorita Teodolinda María Rey, cuyo enlace con el doctor Rafael S. Toledo Ríos tuvo lugar recientemente.

Foto Kitzler

En amor, el gusto de las cosas mejores cambia antes de que éstas hayan cambiado

El final de la crisis

(Continuación de la página 3)

compra menos materia prima al productor argentino. Así empieza el círculo vicioso cuyas proyecciones aún no podemos calcular.

LA DESARTICULACION DEL COMERCIO CHINO

"Pero esto no es toda la gravedad del problema creado. Existía en las arcas del gobierno de la India una gran reserva de plata acuñada depositada en garantía de su antiguo circulante. Esta gran acumulación de metálico gravitaba sobre el Estado como capital muerto. Se decidió liquidarlo vendiéndolo en el mercado como cualquier otra mercancía.

"Cuando se contempló esta medida funesta los funcionarios responsables recibieron una seria admonición de parte de Mr. Montagu Norman y de sir Charles Addis, gobernador y director, respectivamente, del Banco de Inglaterra, quienes declararon públicamente, en el año 1926, que:

"El único gran país que permanece fiel al patrón plata es la China. Aunque el comercio británico con ese país no es de los más importantes, hay que considerarlo como el mayor, y, quizá, el único campo serio de acción para la expansión de nuestra industria.

"Si el gobierno de la India anuncia que llevará a cabo su proyectada liquidación de grandes cantidades de plata, provocará el caos en todas las bolsas comerciales de la China, y el movimiento internacional de su comercio quedará paralizado. Semejante situación será de serias consecuencias para Inglaterra, afectando a regiones fabriles de importancia.

"Además, la repentina baja en los valores cotizados en plata traerá aparejada una pérdida de valor en lo cotizado en oro, obedeciendo a una ley económica harto probada."

"A pesar de esta admonición, cuyos términos no pudieron ser más categóricos, se procedió con esta especie de "dumping" de plata, con una falta de criterio alarmante.

EL IMPRESIONANTE RESULTADO DE UN ERROR

"En los Estados Unidos se culpa a la Gran Bretaña de haber causado el desfondamiento de los mercados asiáticos por un error administrativo y en la siguiente forma:

"1º Por el abandono del "rupee" plata por el gobierno de la India.

"2º Esto ha producido el empobrecimiento de los trescientos millones de consumidores de ese país.

"3º El gobierno ha persistido en su error, agravándolo al liquidar las reservas de plata que ya le eran inútiles.

"4º La depreciación provocada por dicha liquidación ha producido la ruina del comerciante chino, paralizando las compras al extranjero de otros cuatrocientos millones de consumidores.

"5º Esta pérdida de unos setecientos millones de consumidores asiáticos ha producido el desequilibrio en las industrias de Occidente, las que, una vez en el círculo vicioso de la crisis, están en vías de una total destrucción."

—Entonces, ¿cree usted que recobrando la industria a esa gran masa de consumidores asiáticos la crisis se vería conjurada?

—Estaremos, al menos, en condiciones de desandar mucho camino que se ha efectuado entre rechinar de dientes, fabricación de teorías disparatadas y medidas de gobierno contraproducentes.

LOS EFECTOS DEL BIMETALISMO

"Mr. Roosevelt así lo ha comprendido. Ante todo es preciso valorizar la plata nuevamente y permitir que los asiáticos recuperen su vieja potencia para adquirir mercaderías occidentales.

"Este efecto se conseguirá al utilizar la plata como reserva de circulante, la que automáticamente se valorizará al darle un uso tan importante.

"Pero no termina allí el efecto benéfico de la medida contemplada. Al constituir nuevas reservas de plata se podrán emitir billetes de banco sin recurrir a la inflación. En otras palabras, habrá más dinero sano disponible para la circulación, lo que siempre influye de un modo decisivo en los negocios.

"Resumiré diciendo que apoyo tenazmente a aquellos que en Inglaterra desean cooperar con Mr. Roosevelt en su propósito de valorizar la plata, porque el mundo dividido en dos campos monetarios tal como hoy lo está, no puede subsistir. Si bien es cierto que Oriente es Oriente y Occidente es Occidente, tal como lo dijo Kipling; en el terreno del comercio estas dos psicologías opuestas al fin, poseen un lazo de unión que podrá ser la salvación de ambos: el bimetalismo."

FIN

Ojos malditos

(Continuación de la página 7)

eso, y ellos no tienen ninguna culpa, sino el destino, que ha querido burlarse de ellos por buenos.

—No es el destino, Elvira, quien se ha burlado de mí, sino Dios, que ha querido ponerme a prueba. Pero, ¿por qué ha sido Dios tan malo, si me ha hecho del barro más blando y más deleznable? Aunque tú me perdones con tu bondad, Elvira, yo no me perdono; yo sabré hacerme la justicia que me corresponde.

—Pues perdónate, que el perdón también es una justicia. Si siempre has perdonado a los demás, una vez siquiera puedes perdonarte a ti mismo, sobre todo ahora que no tienes ninguna culpa...

—No, no puede ser. No puedo perdonar a estos ojos malditos y traidores que han arrastrado por el suelo mi orgullo de hombre ejemplar. No me lo perdonaré en toda mi vida... ¡Pégame tú, insúltame tú, mátame tú, si quieres, que lo merezco!

—No me martirices más, Sebastián, ¡por nuestros hijos queridos te lo pido!... ¡No me martirices más!

Cuando nos despertamos, papá ya se había marchado al empleo, puntual como todas las mañanas. Mamá, generosa siempre, lo excusó:

—¡Pobre papá! Vino casi de mañana, agotado por el trabajo. Ha tenido que hacer un balance precipitado por no sé qué motivos...

Marcela, ignorante de todo, lo creyó. Yo fingí creerlo.

¿Por qué, Señor del Cielo, no le diste antes la muerte? Una tarde, inesperadamente, nos llegó una terrible noticia. Papá había sido llevado al hospital, herido de gravedad. Había sufrido un accidente y se le habían incrustado en los ojos los cristales hechos añicos de sus lentes.

Al oír esto, mamá cayó desvanecida. Yo pude sostenerme a duras penas, anegada en llanto. Y tuve una clarividencia. ¿No sería que el hombre ejemplar, de quien "El Trabajo" se había deshecho en elogios, no había querido dejar de serlo en ningún momento, no perdonándose, a pesar de haber perdonado siempre los errores de los demás?... ¿O sería que la maldita sirena se le había presentado otra vez ante los ojos?...

FIN

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

Cultive la belleza de su boca juvenil

EL EJERCICIO Y EL MASAJE AFIRMAN LOS CONTORNOS Y AYUDAN A ELIMINAR LAS ARRUGAS



Este movimiento tiende a fortalecer los músculos alrededor de la boca. Sin mover el labio superior, mueva el mentón y el labio inferior hacia afuera, como está indicado en la línea de puntos.

SIN duda alguna que las dos palabras más importantes en el diccionario de la belleza son estas: expresión facial. Quizá ustedes no lo sepan, pero es gracias a la acción de los siete músculos mayores que ustedes pueden revelar, en parte por lo menos, muchos de los sentimientos que, por supuesto, son el resultado de un proceso mental. Cómo mantener estos músculos en tales condiciones que las comisuras de los labios se inclinen hacia arriba naturalmente como en la juventud, ha sido, hace muchos años, un problema de belleza que puede atacarse con éxito únicamente cuando la acción de las comisuras, y su tratamiento, se comprende y cuida.

Cuando una es joven estos músculos son fuertes y elásticos, pero con el correr de los años pierden su elasticidad. A no ser que se empleen medidas correctivas o preventivas, aparecen líneas delgadas alrededor de la boca, que bien pronto se convierten en arrugas. Si el rostro es más bien lleno, en vez de delgado, las líneas no hacen una aparición muy temprana. Esto es porque la tendencia obesa ayuda a sostener los músculos.



El segundo movimiento en el masaje preventido comienza en los labios y termina en la parte superior de los pómulos.

Para que puedan comprender mejor el tratamiento que les daré a continuación, repetiré lo que ya he comentado en otro artículo: "La piel es elástica y puede estirarse con más facilidad que encogerse." Por lo tanto en la rutina para borrar las arrugas es importante que la base de la piel (esto incluye los músculos, nervios y tejidos) sea alimentada y fortalecida.

Hay siete músculos mayores que controlan la expresión facial. Cada uno tiene una acción o propósito especial, pero si deseamos impedir las líneas, es esencial que les hagamos conservar su elasticidad juvenil y hacerlos funcionar armoniosamente.

Como medida preventiva aconsejo ejercicio y masaje ocasional. Los ejercicios son sencillos y deben hacerse como indico a continuación. Primeramente, frunza los labios como si fuese a silbar — o silbe en realidad, si lo desea, — luego eche lentamente hacia afuera los labios para formar una O. Descanse y repítalo tan a menudo como lo desee. Como unas cincuenta veces son suficientes si hace este ejercicio diariamente. Observe que mientras hace este ejercicio los labios están tensos, y cuando lo ha terminado se sienten descansados.

El segundo ejercicio es especialmente beneficioso si hay la más leve inclinación a comisuras caídas. Siéntese derecha, con el mentón levemente levantado. Luego, sin mover el labio superior, eche hacia afuera, lo más posible y con lentitud, el labio inferior y el mentón. Repita este ejercicio cincuenta veces todos los días. Es muy bueno también para el contorno de la barbilla.

Después de limpiar muy bien el cutis, extienda crema de limpiar (si tiene cutis grasoso, o crema alimento, si lo tiene seco) y comenzando en el mentón, mueva los dedos hacia arriba hasta los extremos de afuera de los ojos. Este movimiento debe repetirse diez veces.

Luego, como enseñamos en el grabado, coloque el dedo mayor de cada mano en los extremos de la boca y muévalos lentamente hacia la parte superior de los pómulos y hacia las sienes. Repita esto diez veces. Después que haya practicado este movimiento unas cuantas veces, tanto como el primer ejercicio, se quedará asombrada de la ligereza rítmica que adquirirá, que la capacitará para hacer ambos masajes en pocos minutos. Estos ejercicios pueden practicarse en cualquier momento, pero les sugiero que la rutina de masaje la sigan antes de irse a dormir y no más a menudo de dos veces por semana.

La rutina correctiva para borrar las líneas consiste en movimientos de masaje. Este masaje ha sido científicamente estudiado durante varios años para lograr un beneficio de belleza, especial

(Continúa en la página 20)



Los números indican las posiciones para el masaje con las yemas de los dedos. 1, alrededor de los labios, en círculos. 2, golpecitos cortos, palmeados. 3, el masaje "impresión". 4, el movimiento circular. 5, movimientos hacia arriba.



El último masaje correctivo comienza en la punta del mentón y termina en las orejas.



Antes de hacer cualquiera de estos masajes, se debe limpiar muy bien el cutis y luego aplicar una cantidad generosa de lanolina.



MADRIGAL

"¿Por qué si estás en mí no estás conmigo?",
dijo el poeta a su añorada ausente.
¿Por qué si estás en mí, yo te persigo
a todas horas con afán doliente?
Es que aún estando en mí, no estoy contigo
y por eso es que imploro tu presente.
Así, cuando te tengo yo a mi vera,
si dentro estás en mí, te veo fuera.

●

CARRERA *es* *el* AMOR...

Carrera es el amor en esta vida,
mas no todos en ella se graduaron.
Algunos por ser torpes o egoístas,
no pasaron jamás del silabario.
Otros, que son apenas bachilleres,
a medias quieren con amor de avaros.
Muy pocos en su ciencia somos doctos
muy pocos en pasión nos abrasamos.
Si escuelas del cariño se inauguran
dos cursos considero necesarios:
uno para enseñar cómo se quiere
a quienes del amor son tan avaros,
otro para querer tan sólo a medias
si en terrible pasión nos abrasamos.
Pues los doctos seríamos felices
apenas deletreando el silabario.



JOSE MARIA
MONNER
SANS



El apocalíptico poder del "RAYO DE LA MUERTE" impondrá el desarme universal

Una nota de **SERGIO NEGRI**

La Unión Interparlamentaria, a raíz de sus investigaciones en las actividades armamentistas, acaba de publicar un libro, "el más terrible que jamás se haya escrito", cuyas páginas firmadas por renombrados hombres de ciencia, célebres militares, financistas y psicólogos, llevan un mensaje de muerte y de terror a todos los habitantes de la tierra.

En "¿Cuál será el carácter de una nueva guerra?", se plantea la verdad sin eufemismos. La próxima guerra ya cuenta con elementos destructivos cuya aplicación engolfaría a los pueblos en una demencia homicida sin paralelo ni en las más brutales y sanguinarias épocas de la historia. Nadie tiene derecho a ignorar la pavorosa amenaza que se cierne sobre la humanidad entera, y la descripción documentada que MUNDO ARGENTINO ofrece a sus lectores en las siguientes líneas, servirá para despertar a la realidad a muchos que aún creen que los rumores de una guerra de exterminio son productos de una afiebrada fantasía.

UN dedo firme y resuelto aprieta el botón de un transmisor. A mil quinientos kilómetros de distancia los edificios de una ciudad como Buenos Aires empiezan a temblar, luego oscilan y se desmoronan con un estruendo de terremoto. Los gritos de terror y agonía de millones de gargantas se ahogan entre el fragor indescriptible de los rascacielos que se despedazan como otras tantas torres de Babel, mientras que incontables y repentinos incendios se reflejan en los torrentes de agua que surgen por las rotas cañerías de la ciudad.



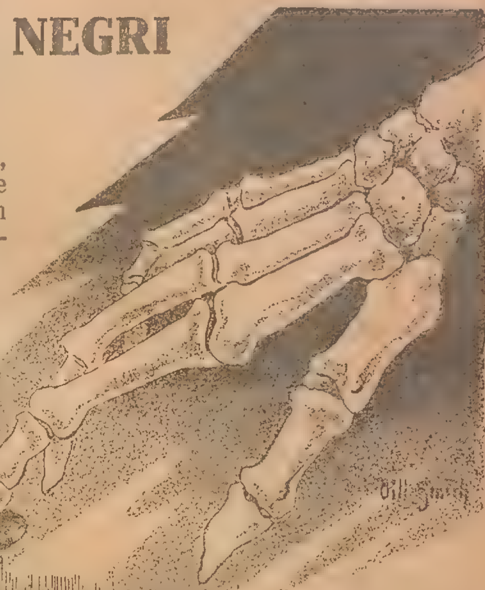
La muerte misteriosa y terrible sigue su obra fulminante de pueblo en pueblo, arrasando con todo. ¿Qué ha causado estas matanzas en masa, esta destrucción tan completa y despiadada de la gran colmena humana?

"EL MAGO DE LAS BOMBAS"

No se trata de un extracto de alguna fantástica novela de H. G. Wells. Lo que antecede es la simple descripción de los efectos que puede causar la última invención de Lester P. Barlow. Y Mr. Barlow no es un iluso, un soñador de pesadillas, que trata de atraer sobre sí la atención de los periódicos. Es un célebre ingeniero que adquirió renombre universal en su especialidad durante la guerra mundial. Esa especialidad era la invención y el perfeccionamiento de diversos implementos de guerra, que culminaron en las famosas bombas con las que se pudo combatir eficazmente a los submarinos, y en las bombas aéreas adoptadas por las escuadrillas de la Unión.

Estas invenciones le valieron el apodo de "El mago de las bombas", mediante el cual es conocido en los círculos militares de su país. En otras palabras, es un técnico consumado en armas destructivas y un inventor consagrado por repetidos éxitos.

Durante muchos años Mr. Barlow se ha dedicado exclusivamente al misterioso "rayo de la muerte", con el solo fin de obtener un arma tan potente e irresistible que la humanidad se vería obligada a elegir entre el exterminio completo o





la abolición de la guerra. Declara creer sinceramente que su nuevo invento, por la ilimitada barbarie que significaría su aplicación, causará una reacción universal en contra de los conflictos armados.

Este extraordinario personaje se ha presentado al Congreso de los Estados Unidos pidiendo que se nombre una comisión de cuatro senadores, a quienes revelará su secreto, bajo juramento de no divulgarlo. Si estos cuatro senadores comprueban que el invento da el resultado que él pretende, Mr. Barlow exigirá que se designe otra comisión para acompañarle hasta la misma Conferencia del Desarme, donde se expondrá a los representantes de las potencias el alcance y el funesto poder del nuevo rayo. Pretende que la Unión deberá esgrimir esta arma para obligar a las demás naciones a desarmarse en el caso de ser desoída la invitación que les hará en ese sentido.

CÓMO SE DESTRUYE UNA CIUDAD

— Mi nuevo invento — ha declarado — se podría alistar en 24 horas para destruir una ciudad. Su radio de acción de 1.500 kilómetros y requiere un personal de cinco mil hombres para aplicarlo, sin el menor peligro para las vidas de la mayoría de ellos. La operación de un solo equipo convertiría en escombros a 150 cuadras edificadas.

El instrumento es de tal poder — agregó el inge-

niero — que se pueden destruir todas las ciudades del Japón, desde un sitio en la costa China. Sin salir de sus fronteras, Rusia alcanzaría a los principales centros del Japón, Alemania, Francia y Polonia.

Si estas expresiones lacónicas referentes a un poder casi sobrenatural no vinieran de una reconocida autoridad en armamentos y que, además, renuncia a todo lo que pueda significar remuneración o pago por su invento, deseando ponerlo al servicio de la humanidad para poder acabar con la guerra, se las podría considerar manifestaciones de algún insano, atacado del afán de publicidad.

Pero se han considerado tan importantes las declaraciones de Mr. Barlow, que las potencias han puesto especial empeño en los experimentos que se están efectuando en varios países europeos con diversos rayos, para determinar su practicabilidad como instrumentos de guerra.

Entre los más conocidos figura el rayo mortífero que produjo Marconi mientras experimentaba con los rayos ultracortos para transmisiones inalámbricas.

—No fué mi propósito producir un rayo mortífero — manifestó el famoso inventor, — pero se ha comprobado que una onda de veinte a cincuenta centímetros mata a pequeños roedores y a los pájaros. Al ser humano le produce una sensación de calor. Estas ondas empiezan a ser, en realidad, no ya radio, sino luz invisible.

Algunos ingenieros británicos han obtenido, continuando estos experimentos, un rayo capaz de matar una oveja. Hay un rumor muy persistente de que Inglaterra guarda en un lugar secreto, conocido por unos pocos funcionarios de confianza, ciertos planes respecto a la propagación de rayos que serían capaces de reducir a escombros a países enteros.

Según se relata, un inventor se presentó con dichos planes al War Office durante la guerra. Pero los británicos rehusaron utilizar tan monstruoso procedimiento para aniquilar al enemigo, aun en los momentos más sombríos de la contienda. Mientras tanto el inventor desapareció, y se cree, con fundamento, que los espías del adversario lo eliminaron cuando sospecharon la naturaleza de su secreto.

ARMA OFENSIVA Y DEFENSIVA

Pero, prescindiendo de estos rumores difíciles de verificar, ha existido de tiempo atrás un esfuerzo inteligente orientado hacia la búsqueda de una onda que pudiera servir como arma ofensiva y defensiva. Entre los primeros resultados obtenidos figura un aparato ideado por el físico inglés H. Grinnel-Mathews, con el que pretendía inutilizar el motor de un avión en pleno vuelo. Este invento no tuvo, mayormente, éxito.

Otros siguieron por la senda trazada, y algún tiempo después el profesor ruso A. N. Boyka descubrió un rayo de intenso calor que podía utilizarse contra aviones y dirigibles. Más tarde el doctor A. C. Britenstein, uno de los discípulos más brillantes de la autoridad mundial en materia eléctrica, profesor Steinmetz, logró crear una onda tan potente, que convertía en gas el acero y la piedra en pocos segundos. Las posibilidades encerradas en semejantes descubrimientos abren una perspectiva de espantosas proyecciones al imaginarlos utilizados en una guerra implacable.

Y el considerable progreso efectuado en la fabricación de gases venenosos de tan reciente aplicación, demuestra bien a las claras que sería muy arriesgado negar la eficacia que Mr. Barlow asegura para su terrible invento.

Si se comparan los primeros gases asfixiantes, de dudosos resultados, con la "lewisita", una de las últimas creaciones de los laboratorios militares, se comprenderá fácilmente hasta dónde se podrá llegar en breve con las emanaciones mortales como las de Mr. Barlow.

La "lewisita" es un gas invisible. Siendo más pesado que el aire penetra en cualquier refugio, como ser sótanos y trincheras. Respirarlo significa la muerte inmediata. Pero no sólo mata por los pulmones. Al rozar la piel produce un veneno que entra en la circulación de la sangre. Nadie se salva donde cae una bomba de "lewisita". No hay defensas conocidas contra su acción penetrante. Un técnico ha opinado que, si se hubiera utilizado durante la guerra, con una docena de bombas del mayor tamaño en uso en 1918, no hubiera quedado un ser viviente en Berlín.

Pero todas estas amenazas palidecen ante la innovación reciente de Mr. Barlow. Su nuevo rayo invisible no se limita a destruir la vida: según el inventor, posee una fuerza explosiva de tal magnitud que los más grandes edificios se derrumban sobre las indefensas víctimas de su poder misterioso.

Frente a tales perspectivas de universal exterminio, ¿seguirá la humanidad preparándose para una nueva guerra?

FIN

En el próximo número:

El PLEITO

novela corta de

JOSEFINA CROSA

SOLTERONA

¡Cuántas veces, como en este emotivo relato de nuestro colaborador, la solterona, esa mujer a quien olvidó el amor de los hombres, ha sacrificado su existencia en defensa del honor de su hermana, que estaba a punto de caer en manos de uno de esos seres sin escrúpulos que no reconocen más ley que su egoísmo!...

ALICIA Ríos llegó, en su marcha lenta, a la esquina de Florida y Sarmiento. Allí se detuvo frente a los escaparates, cuajados de luces, de las tiendas lujosas. Luego, a medida que sus ojos, inquietos y vivaces, recorrían los diversos géneros que en ellos exhibíanse, como en pequeños y maravillosos escenarios, una leve sombra de fastidio pareció extenderse sobre su rostro, bello en su óvalo perfecto, y transparente en su expresión.

Indudablemente, aquella tarde no hallaba el tono de color que fuera totalmente de su agrado, y antes de exponerse a un fracaso en una adquisición apresurada, optaría por regresar a su casa. Por la misma calle marchó aún un poco más, y luego disponíase a doblar la esquina, ya próxima, cuando, de improviso, inesperadamente, Alicia Ríos sintió como una flojedad total en todo su cuerpo, un mareo, nublando por un segundo la luminosidad de su cerebro, y un latir apresurado, de angustia y de sorpresa, en las sienes y en el corazón. Un milagroso y rápido esfuerzo sobre sí misma la mantuvo en pie, como si una mano invisible, fuerte, la hubiese detenido por la espalda, evitándole así una caída. Aquello duró un segundo. Tal vez menos. Lo suficiente para reaccionar y pasar de largo, afectando una profunda indiferencia, un desconocimiento absoluto ante el caballero que frente a ella descubríase cortésmente y ensayaba, junto con el saludo, un gesto, apenas insinuado, de detenerla:

—¡Alicia!...

Pero ella siguió su camino. Comprendió que a su paso algunas personas que caminaban a su lado algo murmurarían. Quizá, para los otros, la joven estaba en la obligación de aclarar un error, si lo había, ya que el caballero, sonriendo, tranquilo, inalterable, detúvose y la vió alejarse, confundirse entre aquel hormigueo de gente que, como un rio humano, desbordaba hacia el centro de la calle. ¡No! ¡Alicia Ríos no estaba equivocada! Para su desgracia, conocía lo suficiente a aquel hombre para que no tuviese nada que aclarar ni contestar tampoco a su saludo. ¡Era él! ¡Él! ¡Armando Hernández! Después, ella, sin volverse, tuvo la impresión exacta, dolorosa de que él habíase detenido a corta distancia para seguirla.

Había tomado Florida. Estaba segura que los pasos de Armando Hernández seguían los suyos, vigilándola, espiándola, acercándose cada vez más, inevitable, irremediablemente. Sin embargo... La joven quiso pensar, poner orden en sus ideas, trazarse mentalmente un plan, encontrar la forma más rápida y segura de desaparecer ante la certeza absoluta de que aquel hombre iba a seguirla. ¿Desaparecer? ¡Sí! Pero, ¿cómo? ¿Subir a un automóvil? Él haría lo mismo. Esquivársele entre aquella muchedumbre que iba y venía, era de todos modos tarea difícil. De repente creyó encontrar la solución. Por el momento era la única que se le ofrecía. Seguiría por Florida y entraría en "Harrod's", y luego desaparecería en su interior, haciendo perder su rastro entre las secciones que fueran exclusivamente femeninas, a las cuales Armando Hernández no pudiese pasar. Así lo hizo. Sólo que fué todo inútil. Cuando llegó a su casa, deshecha, pálida, sin mirar en ningún momento hacia atrás, volvió a sentir cerca de sus pasos otros pasos de hombre, fuertes, implacables en lo que se hubieran propuesto. Y eran, efectivamente, los pasos del "enemigo" a quien no había podido burlar Alicia Ríos. El "enemigo" quedaba allí, en la acera, sonriente, como una sombra, amenazadora e inmóvil...

Dentro, en la casa, esperábanla ya para la cena. A las preguntas del esposo, Alicia contestó vagamente explicando imaginarias causas sobre su tardanza. Una amiga..., unas compras...

Tranquilizado el marido, más que con sus palabras, con su presencia, y alegres como siempre los dos pequeños hijos del joven matrimonio, la cena fué, como todas las noches, plácida y entretenida. Sólo una persona, sentada en una esquina de la mesa, observaba a Alicia investigadoramente, sin creerle nada de lo que acababa de decir. Era... Carmen Ríos, la hermana mayor, "la solterona", como le llamaban en la casa. Para saber que Alicia había mentido le bastaba mirarla en los ojos, al fondo de aquellos ojos grandes, obscuros, que nunca tuvieron misterios para ella. La observaba en silencio, inquieta, deseando que la cena terminara cuanto antes para interrogarla a solas. Esperaría... Entretanto, el esposo, Carlos Ramírez, leía a pedazos las últimas informaciones en un periódico de la tarde, y los chicos hablaban entre sí de sus juegos y se mezclaban en las conversaciones de los mayores con preguntas y explicaciones. Así, en aquella casa y en aquella mesa, como en los corazones de todos, Carmen Ríos ocupaba un lugar fijo, antiguo, desde que el matrimonio se efectuara unos años atrás. Para ella no existían trabajos, dificultades, nada. Lo atendía todo. Lo subsanaba todo, incansable, irreemplazable. Luego, cuando se encontraron solas en la cocina, dedicadas a la tarea habitual, el tono de voz de la hermana mayor fué seco y cortante:



—¿Qué tienes?

Alicia vaciló. Sus ojos fueron hasta el comedor, donde aún quedaran los niños discutiendo y el esposo entretenido con el periódico. Imperiosa, volvió a oír la voz de Carmen:

—¡Habla! ¿Qué tienes?

—¡Lo he visto! ¡Está en Buenos Aires!

—¿Quién?

—¡Armando!

—¡Él!

—¡Sí! ¡Y me ha seguido!...

—¡Calla!

Era suficiente. Carmen Ríos comprendió de improviso, y la admitió en su totalidad, la profunda turbación de la hermana.

—Mañana hablaremos...

Eso fué todo. Callaron ambas. Luego, se abrazaron en silencio, como acostumbraban hacerlo cuando la vida, que las dejó huérfanas, desamparadas, espantosamente solas, colocábalas frente a un problema de difícil solución. Por esa noche no hablaron más. Cada una llevó a su

NOVELA CORTA DE

JULIO FRANZOSO

..Oyó la voz clara, segura de la hermana mayor, que dictaba: "Armando, iré a verte él miércoles a la tarde... Alicia."

habitación la congoja de un extraño temor, como si un peligro inmediato hubiera aparecido junto al nombre aquel: Armando...

¡Armando Hernández! Carmen Ríos no lo había olvidado. No podía olvidarlo ninguna de las dos hermanas. Si para una fué una fugaz ilusión de amor, para la otra fué algo más grave, más terrible, y era la posibilidad de que Alicia, encandilada el alma por las palabras mágicas de aquel eterno aventurero para quien el amor no fuera en todo momento más que un juego de placer y de emoción, pudiese perder su honor, su honradez, la única riqueza de ellas, que eran tan pobres. Pero no. Alicia supo ser fuerte, vencer la inexperiencia de sus diez y ocho años, triunfar de sí misma, romper el encanto falso en que su virtud podía quedar esclavizada y seguir viviendo así, como ahora, con la frente alta, de cara al sol, desafiando murmuraciones.

En ese entonces, las dos hermanas vivían en un pueblo de la provincia de Santa Fe, donde los padres habían fallecido, quebrando así la muerte todos los sueños, todas las ambiciones.

Ellas, al quedar solas, se unieron, se confundieron, se transformaron, puede decirse, sus afectos. Carmen, la mayor, fué como una madre para la otra, más pequeña, más débil, y que sólo a ella tenía en la tierra, y a la que jamás abandonaría, promesa que hiciera en su lecho de moribunda a quien les dió el ser. Por eso, juntas siempre, después de aquel fracaso sentimental con Armando Hernández, hijo de un rico comerciante de la localidad, quien creyó ver, tras la pobreza, una fácil conquista, decidieron ambas el viaje a Buenos Aires y el comienzo de una vida nueva, en medio al desconocimiento de las gentes. Después... Pasaron algunos años... Alicia fué progresando en la casa donde se empleara. Su conducta, la rectitud de todos sus actos, hicieron nacer una viva simpatía en un compañero de trabajo, Carlos Ramírez, simpatía que luego fué afecto, cariño simple, honesto. Más tarde... El casamiento de Alicia..., las dos pequeñas criaturas alegrando su vida, perfumándola de ternura, y ahora otra vez aquella sombra apareciendo amenazadoramente en el panorama de sus vidas... No importaba. Otra vez volverían a encontrarse Carmen Ríos y Armando Hernández. Ella saldría en defensa de su hermana todas las veces que fueran necesarias. Sólo que ahora estaba un poco más vieja... Más cansada... sus cuarenta años reclamaban un poco de descanso... Comprendía el sentido despectivo con que algunos, a sus espaldas, la llamaban "solterona", y callaba... Callaba siempre. Allí estaba su obra: Alicia. Porque Alicia era su obra humana, hija de su espíritu, y el hogar que ella le ayudara a sostener, hecho sobre las sólidas bases de la honestidad y del cariño. Esperaría al "enemigo" ella también, como lo esperara y lo venciera muchos años atrás, allá lejos, en el pueblo de sus mayores, donde la fatalidad los puso a todos frente a frente.

Por su parte, Alicia Ríos, en la noche aquella, el recuerdo del aventurero llena su alma de inquietantes presagios. Recuerda sus primeras palabras de amor que ella escuchó estremecida. Estuvo a punto de creer en ellas, de tomarlas por sinceras. Sólo la vigilancia, el cuidado, los consejos de Carmen, le evitaron la vergüenza de aquel paso que pudo ser el más grande fracaso de su vida, el fracaso total y definitivo. Le debía, pues, a Carmen, a la hermana, a la "solterona", a la que en su juventud se olvidó de todo para no acordarse más que de ella, su puesto honroso en la vida, junto al esposo, junto a sus hijos, digna de él y de ellos. Ahora "siente" que Carmen está pensando en ella, en "su" problema, en el peligro, en la posibilidad de que alguien intente algo contra ella... Pero allí está la hermana, siempre de pie para defenderla, cerca de ella, en la habitación próxima. Y un llanto de agradecimiento baña su rostro en la noche silenciosa, llena de presentimientos. Es más que su hermana la solterona; es como su propia madre, a quien recuerda vagamente. A través de la pared, muy cerca de la otra, se "siente" segura, defendida, protegida, ella y su casa, sus hijos, y en tanto, poco a poco, van cerrándose los ojos grandes y obscuros, sin misterios...

Entretanto, los relojes del mundo siguen juntando minutos, horas, días, mecánicamente, como resortes que no tienen alma, libres de todas aquellas pequeñas tragedias que empujan a los hombres y a las mujeres a desafiar "su" destino, a ir en su busca, ya sea por los caminos del amor, del placer, de la angustia y de la risa.

Una tarde, desde su habitación, Carmen Ríos oyó la voz de Alicia, desgarradora, envolviendo su nombre en un grito:

— ¡Carmen!

Estaban solas. El esposo de Alicia en su empleo y los niños jugaban lejos de ellas. La hermana mayor se acercó apresuradamente.

— ¿Qué quieres?

— Mira...

Y le mostraba una carta, en su mano pequeña, fina, que temblaba.

— ¿De él?

— Sí.

La abrieron. Buscaron la firma, deseando equivocarse: "Armando".

Leyeron con rapidez: "Alicia: Quiero verte. Quiero hablarte. No te he olvidado jamás. Tu recuerdo viaja constantemente en mi espíritu como un perfume. Es el perfume del pasado... En Buenos Aires me hastío espantosamente. Estaré sólo unos días. Los necesarios para terminar unos negocios. Quiero verte. Quiero hablarte. Recordar a tu lado... *Armando.*"

— ¿Quién trajo esta carta?

— Un mensajero del hotel

Hubo un largo silencio. Era lo que las dos hermanas temían: el principio del ataque. El enmigo que comenzaba a mostrar sus intenciones... por ahora. Dentro de poco, quizá se mostrase de cuerpo entero. Por ahora sólo mostraba su existencia y su capricho mantenido a través del tiempo y de la distancia.

No la había olvidado. Pensaba en ella. En Alicia... En la única mujer cuya pureza no alcanzó a manchar el aventurero en su larga existencia.

— ¿Qué haremos?

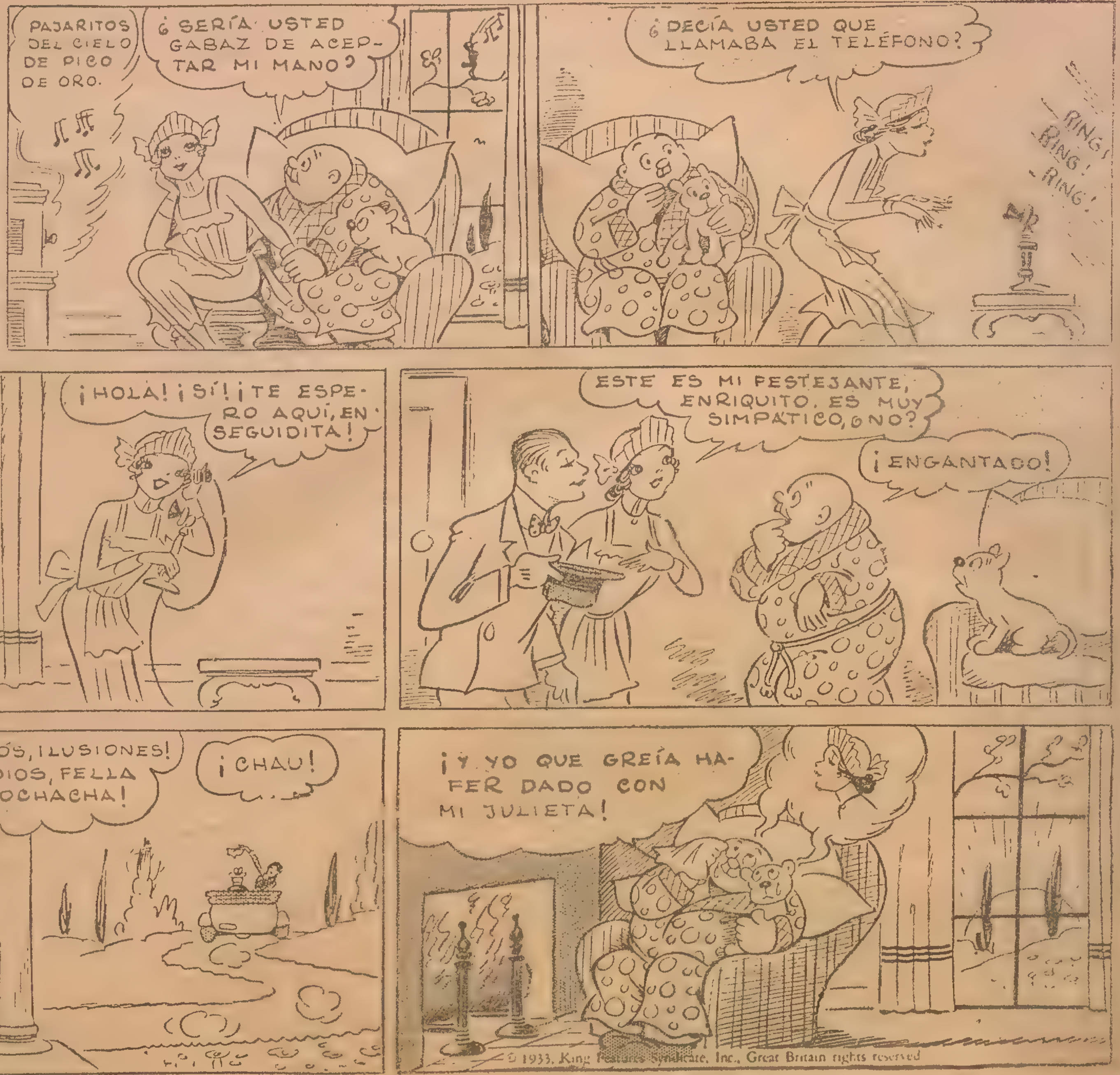
— Esperar.

— ¿Tú crees que...?

— Yo no creo nada. He dicho que debemos esperar

Alicia no hizo ninguna otra pregunta. Las decisiones de Carmen eran terminantes. Así fué. La segunda carta la recibieron a los pocos

DON PÁNFILO Y SU PERRO ADOLFO



días a la misma hora.

"¿Por qué no contestás? ¿Por qué no sales siquiera a la calle? Comienzo a impacientarme. Te advierto que lo que ayer te pedí amablemente, puedo exigírtelo por la fuerza. Recuerda, por si lo has olvidado, que quedó algo en mi poder de aquel pasado amoroso, "algo" que para tu tranquilidad de "señora" te conviene recuperar. *Armando.*"

—¿Qué es?

—¡Mis cartas! Se negó siempre a devolverlas.

—Y hoy las usa como un arma... Bien. Vas a escribirle ahora una carta más.

—¿Una carta?

—Sí.

—Pero...

—Escribe.

Se dispuso a hacerlo Alicia, esperando que ella le dictase. Luego, oyó la voz clara, segura, sin una vacilación, de la hermana mayor:

"Armando: iré a verte el miércoles a la tarde... *Alicia.*"

—¡No! ¡No voy! ¡No voy!

Fué un grito. Se rebeló su orgullo. Después, un sollozo... Carmen la tomó de los brazos. La alzó hacia ella. La abrazó como en otros tantos momentos difíciles en la vida de ambas, y le dijo al oído, en voz muy baja, suavemente, como para no darle lugar a una réplica:

—No seas tonta. No llores. ¡Iré yo!

—¿Tú?

—Sí. No lo sabrá nadie. Será mejor para todos...

¡Para todos! La "solterona", en aquellas dos palabras, evocaba la serenidad del hogar..., la tranquilidad del esposo..., la alegría de las criaturas..., todo...

—Pero, ¿qué piensas hacer?

—Nada. Hablar con él solamente... Seré diplomática, hábil... Le quitaré las cartas que escribió tu imprudencia...

Aceptó el reproche de la hermana e inclinó la cabeza. Tenía razón. Aquella imprudencia podía costarle hoy, por el capricho de un hombre, el desmoronamiento de su hogar, la duda clavada para siempre en el afecto del esposo, envenenándolo poco a poco, y un porvenir sombrío, monótono, separados dentro de la misma casa por una torpe e injusta acusación. Y su miedo a perderlo todo la llevó una vez más a los brazos de Carmen, su refugio seguro.

—¡Carmen!

—No llores... No tengas miedo... Hablaremos, nada más... Nos entenderemos... Pasado mañana estarás ya tranquila...

Y sonrió. ¡Quién sabe por qué la sonrisa aquella de la solterona Carmen Ríos tenía algo de sollo!...

Al día siguiente, por la mañana, cuando aún todos dormían en la casa, salió Carmen. Cuando regresó, ya Alicia la esperaba de pie y angustiada.

—¿Adónde fuiste?

—A oir misa. Un capricho...

—¿Nada más?

—Nada más.

Le mintió, tal vez por vez primera. Había hecho una compra. Una compra, sí, de un objeto pequeño y brillante que llevaba ahora en su cartera amplia y negra, disimulándolo hábilmente.

Como se lo dijo en su primera carta, Armando Hernández aburríase en Buenos Aires extraordinariamente. Sólo los negocios de su padre habíanle obligado al viaje aquel en el que sólo registra una sorpresa, una emoción: su encuentro con Alicia.

¡Alicia! La había recordado siempre. Fué una de sus primeras aventuras, cuando él, muchacho aún, se iniciaba ya con éxito por los caminos de la sonrisa y del amor, de la mentira y de la inconstancia. ¡Alicia Ríos! No podía olvidar nunca a la muchachita aquella de los ojos grandes, inquietos, de belleza suave y discreta, que llegó a amarlo lealmente, de una manera tan distinta a las demás mujeres que luego se cruzaron en su camino, de sonrisas permanentes, de almas turbias, de labios pintados... Mujeres fáciles... ¡Alicia! Una entre todas... Allí, fija en el recuerdo... Luego, la desaparición del pueblo de las dos hermanas, las murmuraciones, y ahora, tras algunos años, el encuentro inesperado en Buenos Aires, donde ya la muchacha era una señora, una madrecita joven, y hermosa siempre. ¿Por qué no intentar conquistarla de nuevo? ¿Qué hacía él en Buenos Aires? ¿En qué podría entretenerse mejor que en aquella empresa de amor? Así, se puso a observarla discretamente. Averiguó las horas que el esposo no estaba en la casa. Fué el espía de aquella felicidad que quería interrumpir. Sólo le llenó de fastidio la presencia en la casa de Carmen, "la solterona", la hermana mayor, la aborrecida enemiga de la tentativa anterior... Lo intentaría. Sí. Por eso escribió la primera carta... Después la segunda... Ahora... Ahora esperaría antes de tomar otra medida... De lo contrario, tal vez cumpliese su amenaza... El era un aventurero incorregible para quien los escrúpulos, la conciencia, la dignidad, todo eso eran palabras sin sentido, de las cuales se había reído siempre... ¡Alicia!

Llegó el día y llegó también la hora en que debían encontrarse, frente a frente, aquellos antiguos adversarios: Carmen Ríos y Armando Hernández. Por la tarde, desde temprano, el aventurero puso el mayor orden en su departamento del hotel. Acostumbrado a los más diversos lances de amor, podía contar ya realizado su capricho. A lo sumo cuestión de horas. Aquella amenaza de su última carta no podía dejar de traerle allí, a sus brazos, a la altiva señora que en plena calle le negara tan rotundamente el saludo. De improviso, unos golpes discretos en la puerta del departamento cortaron el curso de sus meditaciones y le indicaron que había llegado la persona esperada.

—Adelante...

Sonriente y amable, fué al encuentro de ella, pero antes que llegase a la puerta, ésta se abrió y bajo el marco apareció grave, resuelta, la figura de Carmen Ríos.

—¡Usted!...

Lo dijo con desprecio, enojo e indignación. Tal vez la hubiera despedido desde allí mismo, si los ojos de la solterona no hubiesen sostenido altamente su mirada.

—¡Yo! ¡Sí!

—¿Y qué quiere?

—¡Hablar con usted!

—¡Yo no tengo nada que hablar con usted!

—Entonces, hablaré yo sola.

Se miraron. Chocaron sus espíritus. Se odiaban mutuamente. Quiso burlarse Armando Hernández de ella y ensayó una frase mordaz, con la que creyó herirla:

— Y usted, ¿cuándo se casa?

— Nunca.

— ¿Va a pasarse la vida cuidando a Alicia?

— Esa es mi vida. No conozco otra.

Una pausa. Fría. Molesta.

— Bien. ¿A qué ha venido? ¿Qué quiere?

— A pedirle que deje tranquila a mi hermana. Que la olvide.

— Pero Alicia es ahora una señora... que puede razonar por cuenta propia...

— Trato de evitarle ese trabajo.

— En resumen...

— Vengo por esas cartas.

— No es a usted a quien pienso entregárselas.

— Pero soy yo quien piensa llevárselas.

La solterona tuvo un movimiento brusco. Del interior de su cartera amplia y negra tomó un objeto pequeño y brillante: un revólver. Le apuntó serenamente. Sin una vacilación. Sólo la extrema palidez del rostro delataba su proceso interior, su drama, su angustia.

— ¿Dónde están?

— ¿Sería capaz de matarme?

— Creo que sí.

La situación se le antojó divertida al aventurero. Esperaría alegremente el final de ella. De nuevo oyó la voz enérgica de las mujer que le apuntaba fríamente:

— ¡Las cartas!

— Allí... En ese cajón...

Armando Hernández señaló un pequeño cajón del "secretaire" que estaba cerca de ellos. Luego sonrió, tranquilo, cínico, y al tiempo que se disponía a encender un cigarrillo, dejóse caer sobre un sillón confortable. Carmen Ríos se aproximó al mueble indicado. En uno de sus cajones encontrábase, efectivamente, un paquete de cartas. Lo tomó convulsivamente, sin examinarlo siquiera. Con la mano que tenía libre apretaba la correspondencia amorosa de Alicia contra su pecho, y se disponía a retroceder hasta la puerta, asombrada de la actitud pasiva de Armando Hernández, cuando, de pronto, una carcajada brutal y ordinaria del aventurero la hizo estremecerse, deteniéndola.

— ¿De qué se ríe? — preguntó.

— ¡De usted!

Un momento.

— ¿De mí?

— Sí. De usted. Es una pobre mujer... Se cree que lleva ahí un tesoro, y ni siquiera se ha fijado que son un montón de cartas... ¡en blanco! ¡Ja, ja, ja!... ¿Usted se cree que yo viajo con la correspondencia de todas mis amantes en una valija? No... No... Las cartas de Alicia, no lo olvide nunca, se quedaron allá, en Santa Fe, en el pueblo donde todos nos conocimos... Abra... Abra ese paquete...

Así lo hizo. Era cierto. Sólo tenía entre sus manos unas hojas en blanco. Es decir, que quedaban siempre a merced del aventurero. Diríase que la fatalidad se complacía en burlarse de ellas por medio de aquel hombre elegante, despreocupado, rico y frívolo, para quien la honra de una mujer — madre y esposa — nada significaba.

— Y... ¿ahora?

Se habían cambiado los papeles. Chocaban los ojos brillantes de ella y las risas de él. Eran los dos antiguos enemigos que simbolizaban en este momento el deber y el placer. Ella, la familia unida por la confianza y la honestidad. Él... significaba el amor obtenido a cualquier precio.

— En el próximo viaje que haga, que será dentro de tres meses, yo mismo, para reírme como ahora, entregaré otro paquete de cartas, muy distinto a éste, a Carlos Ramírez, el esposo de Alicia, y le voy a demostrar a usted, ¡a "usted", sobre todo!, que sus sacrificios son completamente inútiles...

— ¿Eso quiere decir...?

—Que yo sé dónde encontrar al marido de su hermanita. Lo he averiguado todo...

¡La hermanita! Lo dijo así, Armando Hernández, con un poco de ironía.

— Lo mejor que usted puede hacer es casarse.

Y se disponía a escupirle otra vez el insulto:

— ¡Soltero...!

No tuvo tiempo. Aquello duró menos que un segundo. Por la imaginación de Carmen Ríos pasó, como en ligera visión cinematográfica, todo su pasado de angustias, cuidando a la hermana de las asechanzas de la vida y de los hombres. Vió a los pequeños jugando en la mesa, discutiendo, preguntando al esposo de Alicia, tranquilo, leyendo a ratos su periódico, a la hermana, mirándola silenciosa, agradecida a toda aquella dicha serena que los cuidados de la solterona habíanle proporcionado, y en aquel medio segundo trágico para su vida, Carmen Ríos tuvo la certidumbre de que no habría felicidad en aquel hogar, mientras no enmudeciera. Armando Hernández para siempre, y... apretó el gatillo... una vez..., dos veces..., tres..., hasta que la risa fué una grotesca mueca de payaso en los labios de aquel hombre que tantas mujeres habían besado...

Durante el proceso, la "solterona" se encerró en un mutismo absoluto. Negóse terminantemente a hacer declaraciones.

Había salvado a aquella familia que no era suya, les aseguró a todos la tranquilidad máxima para el futuro, y estaba satisfecha. Conforme. Sobre la tierra casi acababa de terminar su misión. Sólo, eso sí, le produjo un poco de fastidio cuando, sin quererlo, oyó a Carlos Ramírez, el marido de Alicia, un murmullo, exasperado por sus negativas frente al juez:

— ¡Parece mentira! ¡A sus años!...

Y más bajo:

— ¡Estas solteronas!...

Nada más que eso: fastidio...

Y todos los relojes del mundo siguen juntando minutos, horas, días, años, como enormes juguetes mecánicos, sin almas, libres de esas complicaciones a que acuden los hombres y las mujeres en su lucha estéril e inútil por la vida...

FIN


— Te juro, María, que voy en primera velocidad...

(De "Le Rire", París)

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

El Alba, publicación semanal independiente, de Venado Tuerto. Febrero 26 de 1933.

Crítica Social, revista mensual del Socialismo Independiente. Número 2, del año IX. Febrero de 1933.

Pebeta, revista semanal ilustrada, de Balnearia. Número 400, Marzo 2 de 1933.

Revista de la Liga Nacional de Empleados Públicos. Número 3, febrero de 1933.

El país frente a la situación económica-financiera, por el profesor Juan B. Mauro. Folleto. Editorial Articus, Buenos Aires.

La Defensa, revista de la Federación de Rodados de Tracción a Sangre. Febrero de 1933.

La Res, revista ilustrada de las carnes argentinas. Número 2, marzo de 1933.

Exposición de Prensa Iberoamericana. Folleto. Méjico, noviembre de 1932.

La Semana Financiera. Madrid. Número 1.039, febrero 3 de 1933.

La Medicina de los Niños, revista mensual, Barcelona. Número 397, enero de 1933.

Homenaje de la Vocational Education al Arte Americano. Folleto publicado por la Muestra y Feria Nacional de la Sociedad Rural de Palermo.

Revista del puerto de Santa Fe. Número 75, diciembre de 1932.

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR

¡SALUD, VIEJA! COMO UN VENCEDOR DE LAS GALIAS, VENGO CON MI BOTÍN AL HOMBRO.
¡POR FIN TE ESCUCHO ALGO FUERA DE LO COMÚN!

POR EL PUENTE DE AVIGNON TODOS PASAN Y YO TAMBIÉN.
PIDEN QUESO, PIDEN PAN.
DE LAS TRES HIJAS DEL REY ME GUSTA MÁS LA MENOR.

EN ESTE INFOLIO ENROSCADO ESTÁ EL PLANO DE ELDORADO, VIEJO.
¿SERÁ POSIBLE QUE HAYAMOS DADO CON EL VELLOCINO DE ORO?
¡PAPARRUCHAS!

¡SOY FELICÍSIMO!
VERDADERAMENTE, NO TODOS LOS GOCES DE LA VIDA HAN DE SIGNIFICAR PARA MÍ LEER A MARCO AURELIO.

QUISIERA SABER SI USTED ES EL GITANO DEL BURRO.
VAMOS A JUGAR UNA PARTIDITA Y DÉJESE DE MASCARADAS. USTED ES MI VERMOUTH ESPIRITUAL.

¿VOS CREÉS QUE LAS ESTRELLAS SE PEINAN CON PEINE DE ALUMINIO?
¡GRUO-O-O-O-O!

ANTES LE VOY A MOSTRAR EL PLANO DE MI PROSPERIDAD FUTURA.
ME GUSTAN LAS CARTAS MARINAS, SOBRE TODO LAS QUE TIENEN PALMERITAS SOBRE LAS OLAS.

¡MI GALERA DEL FORO SEÑORIL!
¡ES PEOR QUE LA CATÁSTROFE DEL "TITANIC"!

¿BELLACO? TODOS LOS POETAS LE HAN CANTADO Y SOBRE SU LOMO ENTRÓ EL MESÍAS EN JERUSALÉN.
¡SUELTA, BELLACO SIN EFEMÉRIDES!
¡FUI-I-I-I-I-I!

¡OH!
¡AY!
¡UFFA!

TODO POR CULPA DE USTED QUE HA TRAÍDO UNA BESTIA ANALFABETA.
¡MAMA MÍA! ¡NI CUANDO SE CAYÓ EL PALO MESANA EN LA BAHÍA DE TENERIFE, NI CUANDO EL SIMÚN AZOTÓ MIS MEJILLAS EN EL DESIERTO HE VISTO NADA IGUAL!
CONSUÉLENSE.

CONOCÍAMOS LA PERFECTIBILIDAD UNÁNIME Y ADENGUE DE SU PENA. MERENGUE, DENGUE, VENGUE, PLENGUE. INFUSORIAS MIRADAS SITÚAN SUS NIÑAS EN EL PLANO TRIDENGUE DEL TESORO CÚSPIDE. ¡ADÍIIIIOOO!
¡ESO ES HABLAR EN FORMA!
¡NO TE PONGAS ASÍ, GILBERTA!
¡ASSESINOS!

Una clase de belleza...

(Continuación de la página 10)

lleza, especial para cada uno de los siete músculos de expresión.

El primer músculo de expresión rodea los labios y es importante en este tratamiento porque los seis restantes acompañan a éste. Este músculo es el que controla la acción de nuestros labios. El segundo (que se extiende hacia arriba, a cada lado de la nariz) se adhiere al primero en un punto justo encima de los labios y continúa hasta el extremo interior de los ojos. El tercer músculo — uno de los más importantes — origina encima del primero y al lado del segundo y se extiende hacia arriba y hacia el extremo exterior de los ojos. Hace posible levantar las comisuras de los labios, como cuando sonreímos. El cuarto es igualmente importante porque permite estirar las comisuras como cuando reímos. El quinto es responsable de las bocas de labios caídos, malhumoradas. Origina en los extremos de los labios y se extiende hasta el mentón. El sexto está colocado directamente al lado del quinto, y nos capacita para bajar el labio inferior. El séptimo y último — pero no el menos importante — se extiende desde el centro del labio inferior hasta el mentón. Hace posible la elevación del labio inferior. Ahora que conocen la colocación de estos músculos de expresión, estoy segura que comprenderán mejor los movimientos de masaje que describo en los siguientes párrafos.

Después de limpiar muy bien el cutis, extienda una cantidad generosa de lanolina por el rostro. Luego, con la yema de los tres dedos centrales, haga un círculo alrededor de los labios, repita diez veces en cada dirección. Debe recordarse que cuando los dedos se mueven en un movimiento hacia arriba, la presión debe ser más que cuando el movimiento es hacia abajo. Estos movimientos estimulan y fortalecen los primeros músculos importantes de expresión.

El segundo movimiento estimula y corrige el segundo músculo si está débil. Presione suavemente las yemas de los dedos sobre el labio superior, luego palmee hacia arriba y hacia afuera con suavidad, empleando golpecitos cortos, hasta llegar al extremo interior de los ojos. Repita esto diez veces.

El tercer músculo responde prestamente a un masaje suave. Extienda una cantidad generosa de lanolina luego, con la yema de uno ó más dedos, comience el movimiento de "impresión digital" que he mencionado en otro artículo. Comience en las comisuras de los labios, presione suavemente durante la fracción de un segundo, luego levante los dedos y muévalos hacia arriba y hacia afuera como medio centímetro, o menos; presione nuevamente. Continúe presionando, levantando, hasta que llegue a los extremos exteriores de los ojos. Repita esto diez veces.

Como el siguiente músculo—el cuarto en esta serie — tiene suficiente ejercicio de estiramiento por la risa y otras expresiones faciales similares, debemos usar un movimiento circular suave sobre esta área. Comience en las comisuras de los labios y haga pequeños círculos, siempre en dirección hacia arriba y hacia afuera. Cuando los dedos han llegado al centro de las mejillas, comience nuevamente en el punto de partida. Repita este ejercicio diez veces.

El quinto y último movimiento ayuda a estimular y fortalecer los músculos restantes que quedan debajo del labio inferior. Este movimiento comienza en el mentón y debe terminar en las orejas.

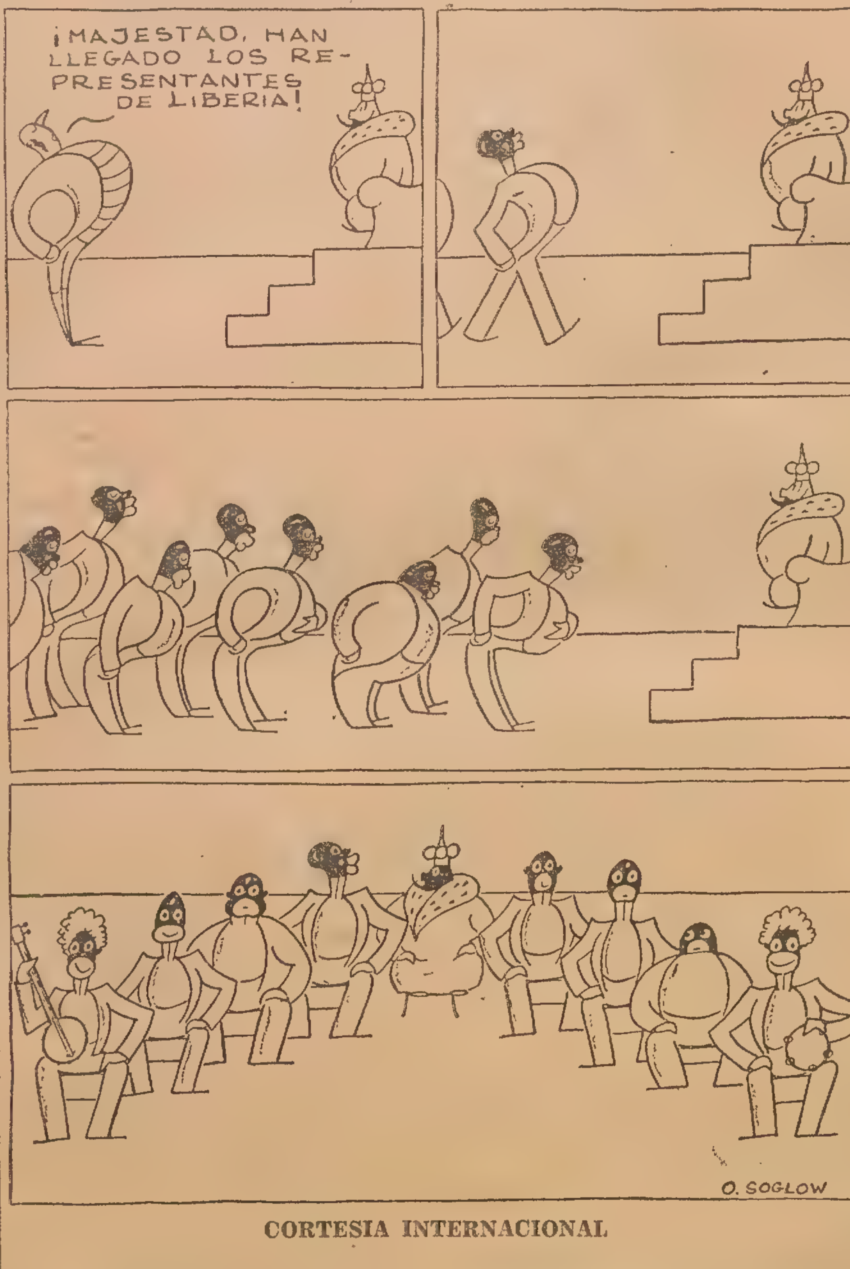
Permítanme verificar los movimientos de masaje correctivo. El primero, en círculo alrededor de los labios. El segundo son los movimientos palmeados y comienza en las comisuras de los labios y se extiende hasta los extremos interiores de los ojos. El tercero es el movimiento "impresión digital" que comienza como el anterior y termina en el extremo exterior del ojo. El cuarto es el movimiento circular que se extiende hacia arriba y hacia afuera de las comisuras de los labios hasta el centro de las mejillas. El quinto y último comienza en la punta del mentón y va hacia arriba y hacia afuera hasta las orejas.

Si una expresión facial exagerada o los años han dejado sus huellas, hallarán muy beneficiosa esta rutina correctiva de belleza.

FIN

Las grandes historietas de SOGLOW

LAS AVENTURAS DE UN REY



CORTESIA INTERNACIONAL

Ha sido condecorada...

(Continuación de la página 5)

tregó al gobierno francés más de un millón de pesos que le habían sido pagados por los agentes alemanes por supuestos servicios como espía a las órdenes de von Krohn. El gobierno francés, al darle de baja, agradeció sus incomparables servicios, le entregó mil pesos en concepto de sueldos... y se olvidó de ella.

Esta fantástica historia no termina aquí. Para Marthe Richard recién empezaba. Se enamoró de Thomas Crompton y se casó con él. Igual que en los cuentos de hadas.

Desde que enviudó, hace tres años, vive recluída en una modesta casita en París. Y a ese solitario refugio ha llegado Francia, después de quince años de olvido, para entregarle en expiación las gloriosas insignias de su Legión de Honor.

FIN

El consejero de los novios

(Continuación de la página 8)

SI EL LE HA DICHO que no piense más en él, puesto que no podrá hacerla feliz, yo le digo lo mismo: olvide; esto le será ahora muy fácil, ya que esas relaciones datan de muy poco tiempo.

Contestando a "Corazón herido", de capital.

● ●

No se publicarán las poesías enviadas por:

"El lector de "Mundo Argentino", de Mercedes.

"Una lectora de "Mundo Argentino", de capital.

"B. del R.", de Bahía Blanca.

"Un admirador".

"O. A. B.", de Lomas de Zamora.

"A. T. C.".

"Un riojano", de Chilecito.

"O. T. M. C.", Río Cuarto.

"L. S. T.", de San Luis.

"Bindigerno", de capital.

"Mariposa", de Pehuajó.

"S. G. A.".

● ●

SI EL AMOR de ustedes es un "imposible", ¿para qué quiere volver a tener noticias del ausente, si con ello sólo conseguirá aumentar su hondo dolor? Quizá él también sufre y recuerda, pero comprende que hay que ser fuerte y por eso su silencio. Amiguita; aleje de su mente esas ideas trágicas. Busque ocupaciones o distracciones que puedan proporcionarle un consuelo en estas horas de prueba. Escríbame siempre que lo desee.

Contestando a "Lilia - Luis Antonio", de Aguilera (Tucumán).

● ●

ES MAS ADECUADO sidra, masas y sandwiches. Mis felicitaciones a la pareja.

Contestando a "Tucumanita ignorante", de Tucumán.

● ●

ACLARE SU SITUACION interrogando a su novia acerca de la causa de esos cambios. Ella es la única que podrá sacarlo de la duda. Sí, debe retribuir el obsequio. Ya que las relaciones están así, envíele una canasta de flores o una linda bombonera.

Contestando a "Un amiguito de Nenúfar", de Morrison.



BAJO LA ESCOTILLA

UN CUENTO *por* CARLOS GAMBERALE

CUANDO Meco se enfermó, Lily no abandonó un instante su cabezal.

—¡Tranquilízate, papito; estoy yo a tu lado!

Y corría a comprar medicamentos, y se alarmaba si el médico le decía la diagnosis con palabronas incomprensibles...

—¡Dios mío! No será nada, ¿verdad?

Y esperaba la contestación, abriendo dos ojos brillantes de temerosa espera.

—El corazón está débil. Necesita muchos cuidados.

Y Lily hacía todo lo posible para qué a Meco no le faltara nada.

Había que liquidar una vieja deuda de gratitud: Meco la había hecho entrar en el arte, Meco la seguía como un perro fiel, de teatro en teatro, de compañía en compañía, de pueblo en pueblo. Siempre juntos: ella sobre las tablas, recitando su papel de primera actriz joven; él bajo la escotilla de terciopelo rojo, *apuntando las obras.*

Veinticinco años de diferencia: pero le llamaba papito. Agachado, gris, demacrado, Meco — quien demostraba, por lo menos, cincuenta años — sufrió en silencio la barrera de aquel cariñoso diminutivo. Papito... Para él, que sufría del corazón, hubiera sido necesario otro cariño, otra ternura, toda distinta, ferviente, apasionada.

Sufría, se daba vueltas en la cama. ¿Qué necesidad había de llamarle así?

—¿Te sientes muy mal, papito?

—¡Muy mal!

Pero no le decía el porqué. Y la pequeña enfermera se apresuraba a prepararle una cucharadita de jarabe.

Lily volvió a su papel de primera actriz joven.

Meco, más gris, más cansado, más enamorado que nunca, volvió a su escotilla de terciopelo rojo. Parecía que nada podría separarlos: fué Lily, en cambio, quien empezó a pensar en eso. Pensó cuando el galán le habló del amor fuera de las tablas.

Lo supo el director de la compañía, lo supieron las comparsas, el guardarropa, los maquinistas. La noticia propagóse por los bastidores, en los camarines, y se apagó — ¡quién sabe por qué! — ante la escotilla del apuntador. Meco siguió ignorándolo todo, también cuando el suceso dejó de ser de actualidad.

La vida de siempre, igual, monótona, cansada: los ensayos, las representaciones, las mudanzas. Una monotonía que apagaba los pensamientos en un soplo de tristeza. Para encender una luz de felicidad, hubiera sido suficiente, para Meco, tener un poco más de coraje. Hablar, explicarse con Lily, truncar, en definitiva, el equívoco.

¡Ah, sí! Mañana le hablaría seguramente. Después de los ensayos, mientras le acompañaría a su casa.

—¿Te gustaría, Lily, construirnos juntos una casita, vivir juntos, crearnos un porvenir de descanso y de serenidad? Bastaría, Lily, que tú aprendieras a quererme como yo te quiero: bastaría que tú dejaras de llamarme papito.

Pero, ¿cómo es posible encontrar el coraje para decir cosas como estas? Deberíase encontrar el momento propicio, lograr convencerle con palabras más dulces, más cariñosas. ¿Y quién le había enseñado, a Meco, las palabras dulces y cariñosas? Sabía de memoria todas las declaraciones de amor que los galanes les recitan a las actrices jóvenes: él mismo se las apuntaba. Pero, cuando se quiere en serio, no se pueden repetir los madrigales de Romeo o las expresiones de Otelo enamorado. Era necesario todo un discurso especial, íntimo, de convicción. Si Lily le quería, hubiera sido suficiente un discurso hecho todo de miradas; pero Lily era distraída, ni siquiera reparaba en eso; y, además, estaba de por medio aquella vieja costumbre de llamarle papito, que era un serio y verdadero obstáculo: un par de anteojos negros, que no le permitían, a la chica, ver claro.

Mañana, mañana le hablaría.

Y los días pasaban, angustiados y alentados, al mismo tiempo, por esta promesa que Meco se hacía a sí mismo, pero que nunca realizaba.

Aquella noche debía repetirse una novedad que había encontrado el más amplio favor del público. La noche del estreno pareció que los aplusos hubiesen querido derrumbar al teatro: aplausos al autor, al galán, pero, sobre todo, grandes aplausos a Lily, que había hecho de su papel una verdadera creación. Por eso Meco estaba contento aquel día. Los aplausos de Lily le conmovían como si él mismo fuese el festejado.

(Continúa en la página 27)

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

Las excusas que los astros y estrellas presentan al juez con el fin de obtener el divorcio no son tan variadas como tú supones. Casi podríamos decir que siempre son las mismas: **incompatibilidad de caracteres.** Frase muy bonita, pero que encierra más mentiras que un cuento andaluz. Y aunque la mujer sea infiel a su media naranja, o él la utilice como "punching-ball", la excusa es siempre la misma. En lugar de decir ella: — **Señor juez, mi esposo me muele a palos cada veinticuatro horas** — declara entornando los ojos: — **Señor juez; yo no lo comprendo a mi esposo. ¡Es tan raro!** — Y el magistrado, que aparte de ser condescendiente es casado, no pone trabas a la separación. Suspira, envidia la suerte de aquel marido próximo a recobrar su libertad y firma el acta...

a **Preguntona alegre.**

Cándida lectora; eso de preguntarme por qué se me declaran tantas lectoras, es ponerme en el compromiso de tener que confesar que algunas lo hacen por tomarme las guedejas (eso del pelo ya resulta vulgarote), otras por pasar el tiempo, y las más porque viven tan lejos de esta capital, que les agrada poder decir que se han carteado amorosamente conmigo. Esa clase de misivas no las guardo atadas con la cintita rosa que tú dices, sino que van a parar al canasto, que se emborracha de palabras dulces y de insinuaciones alegres. A mí sólo me queda la certeza de que esas cartas, demasiado francas para ser sinceras, contribuyen a la prosperidad y engrandecimiento de nuestros correos...

a **18 abriles risueños.**

WILLIAM BOYD, protagónista de **El barquero del Volga**, continúa en el cine, filmando cuando lo dejan.

a **Maica.**

Sí; **BEN TURPIN** es bizco en realidad.

a **A. Juncos.**

La continuación de **Tarzan, el hombre mono** ya ha sido filmada, con **JOHNNY WEISMULLER** al frente. El hijo de Lon Chaney se llama **CREIGHTON CHANEY** y filma actualmente.

a **Enzo Di Pietro.**

Muchas gracias. Tal como ustedes lo quieren, me sonríe la felicidad al lado de **MARLENE**, pero no de mi esposa, porque no la tengo. Ni falta me hace. Hasta siempre.

a **Jarneli y Monona.**

CARLOS GARDEL es argentino, y **El comediante**, de **ERNESTO VILCHES**, me pareció bastante regular. **ROBERT YOUNG** hace de hijo de **Helen Hayes** en **El pecado de Madelon Claudet. Nació en Chicago (EE. UU.) el 22 de febrero de 1907. Mide mts. 1.80, tiene ojos y cabello castaño y esta soltero. No podría decirte si Mercedes Simone y Nelly Quel** han recibido ofertas de contratos cimematográficos. ¿La dirección particular de **Ciro Accurso Domingo Cutri y Abel Bocaccio**? Espero que después de leer esto ellos, serán galantes y te la remitirán. Creo que en **Grand Hotel**, ni **JOAN CRAWFORD** ni **GRETA GARBO** llevan los honores, pues es a **LIONEL BARRYMORE** a quien le corresponden. **JOAN MARSH** y **MARION MARSH** no son hermanas, pues el nombre verdadero de la primera es **Dorothy Rosher**; el de la segunda **Marilyn Morgan**. Tengo entendido que **BILLIE DOVE** es, al natural, la artista más bonita de Hollywood. Ese lío amoroso entre **JOAN CRAWFORD** y **CLARK GABLE** es un "bluff". **CHARLES CHAPLIN** anduvo en amores con **Paulette Goddar**, pero ahora todo terminó. Gracias por el elogio, y te ruego que para la próxima no te extiendas tanto al preguntar.

a **Yanelli R. de K.**

Eso de pedirme que les detalle el físico de **JOSE MOJICA** es un poco complicado, como comprenderán. Aparentemente tiene [illegible] de atleta, un rostro que, al decir de las jovenzuelas, es soñador y un cabello que todos estamos de acuerdo en ponderar. Creo que los artistas más hermosos de la pantalla son **BARRY NORTON** y **BILLIE DOVE.**

a **Dos valencianitas.**

Hija mía; si en esta página me ocupo mucho de las actrices en lugar de los actores, no es culpa mía, sino de mi clientela. Comprenderás que cuando alguien me pregunta dónde nació **Miriam Hopkins**, yo no le puedo decir dónde nació **Clive Brook.** Por otra parte, me extraña tu protesta, ya que luego de hacerla sales pidiéndome datos ¡de **ERNESTO VILCHES**, que es un señor casi anciano! **MAURICE CHEVALIER** no tiene hijos y está divorciado de **Ivonne Valleé.**

a **Naí.**

¿Que te has desilusionado al ver mi foto? ¡Albricias!

a **Tu bomboncito.**

¿Que si es cierto eso de que han secuestrado a **JOSE MOJICA**? ¡Noooo! Pero me consta que no les faltará deseos de hacerlo a quienes lo hayan visto en **La ley del harem.** ¡Porque ahí sí que estaba como para secuestrarlo y pedir como rescate su promesa formal de no volver a filmar! En cuanto a tu voz, suave y dulce, según dices, no creo que sea suficiente para actuar en la pantalla. Para hacerlo hay que poseer una cualidad más, una bagatela, como quien dice: sensibilidad artística...

a **Una cordobesita.**



JOE E. BROWN, por Carlos A. Consoni, de José Bonifacio 175 (capital).



JEANNETE MAC DONALD, por nuestra colaboradora M. I. de Lara, domiciliada en Belgrano.



TALLULAH BANKHEAD

por GONZALO LOPEZ GARZON

En Jachal 227 (capital), se domicilia el autor de este correcto retrato, de líneas firmes, seguras, y cuyo parecido con el original es grande. Su autor se ha hecho acreedor al premio de diez pesos moneda nacional con que semanalmente premiamos al mejor dibujo recibido.



JOAN CRAWFORD, por Magda Rovira, de Presidente Urquiza 5378 (Lanús Oeste).

NILS ASTHER, por Clotilde N. Bodin, de Deán Funes 429 (capital).

Me pides que al contestarte ponga tu seudónimo en lugar de tu nombre, porque, según dices, en tu pueblo hay muchas garbistas y no quieres que se enteren de que me has solicitado tu inscripción en el **SAGRADO REGISTRO DE LA SANTA CAUSA MARLENISTA.** ¡Y eso no puede ser! ¡Los marlenistas debemos ser valerosos y declarar francamente nuestro marlenismo en cualquier parte, aun cuando corramos el riesgo de quedar sin cabeza o con un ojo anochecido! ¡Te declaro, pues, públicamente, miembro de la **SANTA CAUSA!** ¡Qué embromar!

a **Moisés A. Kopper.**

Es verdad que eres buen mozo y tienes bastante parecido con **JOSE MOJICA.** Pero de ahí a conquistar laureles en el cine, hay mucha diferencia. Con todo, si te crees poseedor de vocación artística, puedes iniciar los trámites. A mí sólo me resta desearte el mayor de los éxitos.

a **Sello Negro.**

En **Grand Hotel** actuaron **LIONEL** y **JOHN BARRYMORE, JOAN CRAWFORD, WALLACE BEERY, JEAN HERSHOLT** y **LEWIS STONE.** ¡Ah, me olvidaba! También actuó **GRETA GARBO.**

a **Olga Ocampos.**

Por supuesto, puedes contarme entre tus amiguitos. De todos modos, sé que hasta los veintiocho años no corro peligro...

a **Colegiala de 16 abriles.**

Hija mía; me has desilusionado por completo. Me dices en tu carta que soy simpático, buen mozo y diez y ocho cosas más, y luego terminas pidiéndome la dirección de **RAMON NOVARRO.** ¡Ya ni en los elogios femeninos se puede creer! ¡En fin! Disimulemos: a ese sujeto puedes escribirle a **Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California.**

a **Morocha loca por K.**

Puedes creer que yo y esa persona somos diferentes, completamente diferentes. En cuanto a las palabras de aliento que me pides, no sé cómo dártelas. ¿Te basta con saber que aguardo con mucho placer tus colaboraciones?

a **Rolando Galíndez.**

Perdona si he tardado en contestarte. Tengo el Correo un poco atrasado, y por eso, como ves, he suprimido un poco la publicación de dibujos.

a **Roberta.**

Oye, Elsa; eso de preguntarme si soy varón o mujer, me pone en apuros. Si contesto las preguntas con un poco de buen humor, es para hacer más amena esta página, porque de lo contrario parecería un cementerio a las doce de la noche. La bella e inocente **MARY BRIAN** filma cuando puede (Cuando puede convencer a los directores.)

a **Elsa.**

Nuestro compatriota **BARRY NORTON** creo que tardará bastante en regresar, por la sencilla razón de que en cuanto abandone territorio norteamericano, no vuelve a entrar en él. La primera pe-

lícula de importancia de **BARBARA STANWYCK** fué **La mujer milagrosa.** Para mí las mejores películas del año pasado, fueron: **Grand Hotel** y **Remordimiento.** En cuanto a **El tigre del mar Negro,** con **GEORGE BANCROFT,** mejor es no hablar. ¡Porque mirá, que de bueno tiene bien poco, y sí mucho de cuento andaluz!

a **Me vuelves loca.**

★ **CLARA BOW** cumplirá veintiocho años el próximo 28 de julio. Los Reyes Magos me hicieron el regalo que yo más ambicionaba: un nuevo stock de paciencia.

a **Cho-Cho-San.**

★ **RONALD COLMAN** tiene 42 años cumplidos y está casado, aunque separado de su media naranja, que al parecer le resultó medio limón, por lo agrio. Puedes tutearme cuanto gustes. En cuanto a esos rumores de que la infatigable **GRETA** se casaría con un ingeniero, parecen inciertos. Nuestras felicitaciones al ingeniero.

a **Enrique Welton.**

★ Para mí, **OLIVE BORDEN** está vivita y coleando como siempre. **TOM MIX** también. De vez en cuando suele obsequiarnos con una de sus películas, que bueno, bueno... ¡Si dan ganas de empezar a tiros en serio!

a **G. Morales.**

★ **GRETA GARBO** permanece soltérita. Y lo que es mejor, no lleva miras de casarse. Naturalmente, que no es por falta de candidatos, sino por no incurrir en una vulgaridad terrible.

a **Margarita Schaeffer.**

★ **LOLA LANE** no es ya la esposa de **LEWIS AYRES.** Se divorciaron hace poco tiempo, arguyendo ella que **Lewis** la dejaba demasiado tiempo sola. Él, por su parte, declaró que era ella quien lo abandonaba. Pero el pobrecito mentía, a juzgar por los 35.000 dólares que tuvo que pagarle. ¡Treinta y cinco mil dólares! ¡Dios mío! Lo que cuesta la libertad en el país de la libertad!

a **Lectora perpetua.**

★ La próxima de **RAMON NOVARRO** es una cuyo título aún no se conoce en castellano y en la que actúa al lado de **MYRNA LOY.** Hasta el momento de escribir estas líneas, **Greta** no ha entrado aún en territorio norteamericano y lucha contra las leyes de inmigración.

a **Fernando Espí.**

★ Esas cartas "incendiarias", como tú les llamas, **"no logran acelerar los rítmicos latidos de mi corazón",** como diría cualquier poeta melenudo. Me hacen mucha gracia, pero nada más. De **RAMON NOVARRO** creo lo que tú crees, que ya es bastante creer. **JOHN GILBERT** está en decadencia. Desde que hizo ese atentado de **Madame y su chauffeur,** con **VIRGINIA BRUCE,** parece que lo llamaron al orden y no ha vuelto a reincidir. Lamento que seas garbista. ¿Por qué no te afilias a la **SANTA CAUSA MARLENISTA?** ¡Anda! ¡Mira que aquí nos divertimos la mar!

a **Una garbista.**

★ Acepto tu amistad, pero no me tomes las guedejas por lo de la foto. Ten en cuenta que apareció en el "Día de los Inocentes"...

a **Inés Brenner.**

★ Eso del suicidio del marido de **JEAN HARLOW,** parece enterrado. No se ha vuelto a hablar más del asunto.

a **Maruca y Dora.**

★ Dile a tu amigo que en materia de conocimientos cinematográficos está en primer grado inferior, si no sabe que **JOAN CRAWFORD** está casada con **DOUGLAS FAIRBANKS** (h.), hasta que los jueces concedan el divorcio pedido por ella. Quedas perdonado por lo otro. Hasta pronto.

a **Juan Donjuan.**

★ ¿Sabes que tienes un estilo muy ágil y gracioso para escribir? ¿Sabes que en tu carta dices verdades como casas? ¡Mira que serías una excelente secretaria mía si no fuese porque tendría que pagarte un sueldo y vives muy lejos!

a **Burbujas de viento.**

ENVÍENOS DIBUJOS DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

Pueden ser hechos en cualquier tamaño, con lápiz común, tinta china, carbonilla, lápiz conté, etc., etc. Por razones de imprenta los dibujos en colores no podrán ser reproducidos.

Semanalmente premiamos con 10 $ m|n la mejor ilustración recibida.

REMITA SUS TRABAJOS A "CORREO CINEMATOGRAFICO",

Sección Ilustraciones, Río de Janeiro 300.

★ Para ser miembro de la **SANTA CAUSA MARLENISTA** hay que ser marlenista sin dobleces. Nada más.

a **Mabel.**

★ La hijita de **MARLENE** (si hasta es madre esta santa mujer!) se llama María y tiene ocho años de edad.

a **Solange.**

★ Me conmovió tu lenguaje arrabalero, me conmovió. Esa parte donde dices **"Tirada en la catrera, mientras en la fonola gimoteaba un tango dormilón, mirando las gambetas del humo de mi pucho, yo he vivido mi quimera con vos",** me humedeció los ojos, me humedeció. Decime, Alma. ¿Es cierto que querías para vos sola mi imagen hecha de fantasías? ¿Es cierto que al ver mi foto tu quimera se hizo humo, el encanto se rompió y de ese metejón sólo te quedó una amargura sin dolor? ¿Y también es cierto que te gustaba el misterio de mi incógnita, que a veces te daban ganas de aporrear a las que me mandaban besos a mí, que era todo tuyo? ¿Es cierto todo eso? ¿Y qué pensás hacer ahora? ¿Vas a seguir fumando, vas? ¿Vas a seguir escuchando el tango dormilón que gimotea en la fonola? ¡No, Alma, no hagas eso! ¡Escribí, Alma, escribí! ¡Vos tenés pasta de sainetera! ¡Haceme caso, haceme! ¡Llevá tu tragedia al papel! ¡Mirá que para esas cosas tenés más clase que Alberto Vacarezza!...

a **Alma rea.**

★ Doña Inés del alma mía — vuestra carta he recibido, — mas no olvidéis, bella dama, — que es deuda lo prometido. (Salió, ¡eh!)

a **Inés.**

★ Tu dibujo en madera era muy bueno, pero llegó roto.

a **Martha E. Sánchez.**

★ Haz el favor de no firmar como lo haces, porque soy muy sensible, y cualquier vaticinio de esa índole me entenebrece el espíritu, sumiéndome en un mar de profundas y místicas cavilaciones. (Nada. Que acabo de leer una novela por entregas.) **NILS ASTHER nació en Malmo (Suecia) el 6 de enero de 1902.** Ese es su verdadero nombre, mide mts. 1.80, tiene ojos azules, cabello negro y está divorciado de **Vivian Duncan.** Su última es **La amargura del general Yen.**

a **Viudita de King.**

★ **PHILLIPS HOLMES** nació en **Grand Rapids (EE. UU.) el 22 de julio de 1909.** Mide mts. 1.80, tiene ojos azules, cabello rubio y está soltero. Tiene catorce novias, pero parece que ninguna le interesa en serio.

a **Olga N. Galet.**

★ A **DOLORES DEL RIO** puedes verla en **El ave del Paraíso.** Después de ésta, creo que tardaremos en admirarla en la tela.

a **Tall baby.**

★ En tu carta he notado la presencia de un sinfín de pavaditas inocentes. Una niña de diez y ocho años no debe jamás ponerse a hablar de amor, de desengaños ni de recuerdos, con ese tonito filosófico que tú empleas, a menos que no le interese correr el riesgo de que la miren con un mal disimulado airecillo de compasión. Eso de **"pero nuestras almas jóvenes empezaron a sentir los padecimientos de la vida y se ajaron nuestras más caras y dulces ilusiones",** tiene menos gracia que un drama, sobre todo si se considera que te sucedió cuando eras jovencita. ¡Vamos, Corita! ¡Háblame de actrices y de actores, pero no me hagas filosofía por entregas!

a **Corita (Banfield).**

★ **JACK PICKFORD,** hermano de **Mary,** había nacido en **Toronto (Canadá) en 1896, llamándose John C. Smith.** Desde muy joven actuó en el teatro, aunque con poco éxito. De la famosa troupe **Mack Sennett** pasó al cine, donde logró cierta fama, que no pudo aprovechar debido a los muchos sinsabores que le acarreó la vida de casado. El 11 de septiembre de 1919 quedó viudo de **OLIVE THOMAS,** y en julio de 1922 se casó con la heroína de **Sally, MARILYN MILLER,** de quien se divorció en 1927, para volverse a casar con **Mary Mulhern** el 12 de agosto de 1930 y divorciarse en 1932. Su cuerpo descansa en una cripta del cementerio de Forest Lawn, en el Sud de California.

a **Averiguador de Jack.**

★ No; **JOHN GILBERT** y **VIRGINIA BRUCE** aún no se han peleado seriamente. Tienen, de vez en cuando, una trenzada sobre el nombre que le pondrán al heredero que esperan para julio, pero nada más. En cuanto a **GRETA,** la primera película que, según dicen, filmará, será **Christine.** Te ruego no me pidas que hable mal de la sueca. No lo merece la pobrecita. ¿Por qué, si hace diez meses que no filma?

a **Osvaldo Negri.**

★ ¿La película **Tango?** Adormecedora... Sin duda alguna hace honor a su nombre.

a **Hasta pronto.**

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Josefina y Ray son dos hermanos que se quieren mucho. Él acaba de salir de la cárcel, donde ha cumplido una condena por asalto a un banco, a cuyo delito fué impulsado por la mala compañía de Merkle, un individuo siniestro que lo tiene dominado y que prestó dinero a Josefina mientras su hermano estuvo preso. Ahora Ray quiere regenerarse y le promete a su hermana trabajar. Pero en eso recibe una carta de Merkle acompañada de dinero. Estando Josefina trabajando de enfermera en el hospital traen a Braulio, que fué compinche de Ray, herido de muerte. No puede declarar quién lo hirió, y muere. Josefina, presintiendo que en el hecho está complicado su hermano, va a su casa y se encuentra con que Ray ha desaparecido. La joven se entera por teléfono que Ray está herido, según se lo comunica Merkle, que le ruega discreción. Josefina es despedida del hospital donde trabaja por ser hermana del pistolero Ray. Ahora ella está sin empleo y se resuelve a salvarlo. En la casa de Merkle está Ray herido, y Josefina va y lo atiende con verdadera dedicación. Pero ella queda como prisionera de dos sujetos que se niegan a llamar un médico, como ella pide, por temor a que la policía los descubra.



EL FOLLETIN DE MUNDO ARGENTINO · Sendas

CAPITULO V

UN mes después del tiroteo, Josefina se decidió a hablarle firmemente a Windy.

—Tengo que ver a Merkle — le dijo una tarde, momentos antes de que Slivers saliera a presentar su informe diario. — Necesito hablar con él.

Tuvo buen cuidado de cerrar la puerta que comunicaba con la habitación de Ray y hablar en tono bajo.

— No puede verlo.

Windy se dispuso a reanudar el juego.

— ¡Tengo que verlo! Ray no vivirá dos meses más si está obligado a quedarse aquí. Tenemos que sacarlo.

— ¡Imposible! Es demasiado peligroso.

— Si ustedes no quieren decírselo a Merkle, yo misma le hablaré por teléfono — les espetó ella, yendo en dirección al teléfono.

— ¡Deténgase! — le dijo Windy, levantándose de un salto para impedírselo.

— ¿Le dirá usted que yo necesito hablar con él?

Slivers asintió, por fin, con un gruñido.

— Le diré lo que usted quiere, pero sé que no vendrá.

Los dos hombres ya habían notado que Ray se desmejoraba cada día más, aunque tuvieron buen cuidado de ocultar sus recelos.

Toda esa tarde la muchacha aguardó el regreso de Slivers; pero cuando por fin llegó, sacudió la cabeza, diciendo que no traía satisfacción alguna al pedido que se le hiciera.

Cerca de las doce, esa noche, mientras que la joven se encontraba ocupada dándole los remedios a su hermano, Merkle llegó al departamento. Entró tranquilo, sonriente, elegantemente vestido, mientras que abajo, en la calle, por ambas entradas, vigilaban atentos dos de sus guardaespaldas.

Cuando la chica salió de la habitación de Ray para hablar con él, Merkle conservó la mano de ella en la suya más del tiempo necesario para cambiar un saludo, y se sorprendió sinceramente al ver la delgadez y demacración de Josefina.

— Me imagino que a usted le vendría bien un poco de aire fresco. ¿No ha salido del departamento desde que llegó?

Ella sacudió la cabeza, señalando con un gesto a Windy y a Slivers.

Merkle sonrió.

— Es claro. Pero las órdenes son órdenes, y estos buenos muchachos saben cumplirlas al pie de la letra. Debe comprender usted que no era seguro que saliera de aquí.

Ella inclinó la cabeza.

— Pero es que yo tenía que hablar con usted sobre Ray. Va a morirse... — se detuvo, visiblemente emocionada, — si tiene que continuar en este departamento. Habrá que llevarlo a algún lugar donde tenga oportunidad de restablecerse.

Merkle no dijo nada, y minutos después siguió a la joven al dormitorio de Ray. Allí, en la penumbra, los dos hombres se miraron en silencio. En los ojos de Ray, tan parecidos a los de Josefina, había amargura y odio. Merkle trató de conservar su rostro en la obscuridad. Por último, le pidió a la muchacha que los dejara solos.

— ¿Qué es lo que sabe ella?

— Nada.

— Quiero la verdad.

— La tiene usted. Ella cree que yo maté a Braulio.

— ¿Y bien?

— Usted bien sabe que no fuí yo.

— Trate de probarlo.

Ray se encogió de hombros, en un gesto de impotencia, y luego se quejó por el dolor que ese movimiento le produjo.

— Quiero que Josefina no esté mezclada en este asunto. — La voz de Ray era amenazadora.

— Se ha acordado un poco tarde de eso. No estaría vivo si no hubiese sido por ella.

— ¡Fué una lástima que no me dejara morir!

— Querrá decir que fué una lástima que no lo dejáramos — le refutó Merkle.

— Usted me sacó de aquel departamento sólo para salvar su propia vida.

— Mi querido amigo, por lo menos no podrá decir usted que no ha salido ganando con ello.

— No se moleste en recordarme su amistad, pues sé demasiado bien que usted trató de que yo fuera allá para hacer caer a Braulio en una trampa.

— ¡Mi consejo es que no diga estupideces! — Merkle daba órdenes ahora. — Usted hará lo que yo diga y se quedará tranquilo. De lo contrario, lo espera la silla eléctrica. Eso lo sabe usted tan bien como yo.

— ¡Jamás si digo la verdad!

— Ya vería que no es tan fácil demostrarlo ante un jurado...

Ambos siguieron conversando todavía un



escabrosas

NOVELA De VERA BROWN

buen rato; luego Josefina fué llamada nuevamente.

— Señorita — le dijo Merkle al verla entrar, — ha conseguido usted lo que deseaba. He resuelto sacar a Ray de aquí mañana por la noche. Lo llevaré a las montañas, pues me doy cuenta de lo que usted dice es verdad.

Ella miró a su hermano y le sonrió.

— Hablaremos sobre su futuro más tarde, "Rojita" — le dijo Merkle, — una vez que Ray se haya ido...

— No se inquiete usted por mi futuro, señor Merkle — le contestó ella con suavidad. Yo puedo arreglarme por mis propios medios, siempre que usted se encargue de que Ray esté bien.

— ¿Qué es lo que quiere usted decir?

— Nada más que lo que ha oído — le respondió la joven mirándolo de firme. Él sonrió un poco, hizo un gesto señalando a Ray en la cama, y dijo:

— Ya hablaremos mañana una vez que Ray se haya ido...

Ray estaba listo para emprender viaje a las montañas, y se sentía tan contento ante la perspectiva de poder cambiar de aire y de ambiente, que sus pálidas mejillas adquirieron un leve tinte rosado. Slivers y Windy se habían encargado de los preparativos para el traslado, bajo las órdenes de Merkle. El herido sería bajado en un sillón de ruedas y luego colocado en el asiento trasero de algún auto grande. Harían el viaje de noche, a hora bien avanzada. Se habló vagamente "del lago", pero cuando Josefina hacía alguna pregunta, nadie se ocupaba en responderle.

— Se va — fué todo lo que dijo Windy.

Ella no interpuso protestas. Como enfermera, sabía que Ray, para mejorarse, tendría que ser sacado de allí.

— Allá arriba tendremos doctor—se animó a anticiparle Slivers.

Y la hermana le arregló toda la ropa, con un peso grande en el corazón, pero comprendiendo al mismo tiempo que él tenía que irse, y más aún, solo.

De vez en cuando, le hacía aire suavemente con una pantalla. Ray estaba inmóvil en la cama, vencido por el esfuerzo y la nerviosidad que el viaje había producido en su ánimo. Tenía los ojos cerrados, y las lágrimas acudieron a los de Josefina al observar las facciones apergaminadas y las sienes hundidas. No tenía que permitirle que hablara, y, sin embargo, ¡cuántas cosas hubiera deseado preguntarle!... La intensidad de las emociones de la chica pareció despertar a Ray de su letargo. Abrió los ojos. En la habitación contigua se oían voces. Sin duda, había llegado Merkle. La joven se inclinó sobre su hermano y lo besó en la frente. Él le tomó una mano y la conservó largo rato, estrechándosela con una fuerza inusitada.

— ¡Eres maravillosa, hermanita! — murmuró. — Recuerda, no importa lo que suceda: ten fe en mí. — Su voz adquirió un tono salvaje. — He sido un imbécil una vez más, pero yo no lo maté. ¡Créeme!

La mirada de Josefina parecía hacerle una pregunta; él comprendió.

— No sé quién lo mató. ¡Te juro que no lo sé! Pero no fuí yo.

Ella se conformó. Trató de comprender. Trató desesperadamente de creerlo.

— Todo sucedió demasiado rápidamente.

Ray guardó silencio, completamente exhausto por el esfuerzo. Josefina hizo lo propio, sentándose junto a la cama.

Merkle, de pie en la puerta, observaba. Había llegado el momento de la despedida. La muchacha hacía esfuerzos para no llorar; pero al ver cómo levantaban el cuerpo flaco y sin fuerzas de Ray para colocarlo en el sillón de ruedas, sus ojos se nublaron y un nudo se le formó en la garganta.

— ¡Cuídate mucho, "Rojita"! — le dijo él en un suspiro.

— ¡Cuídate mucho tú, querido! — quiso decirle ella, pero de sus labios no salió una palabra.

— ¡Vamos, vamos, señorita!—dijo Merkle. — Ray va a mejorarse, y pronto. Está usted portándose como si estuviera asistiendo a un entierro.

Ella no escuchó las palabras de Merkle.

— Escríbeme, Ray — le dijo ella, al tiempo que le daba otro beso.

— Te lo prometo — le contestó su hermano, mirando a Merkle por sobre la cabeza de ella.

Merkle asintió.

— Sí; puede usted escribirle por intermedio mío — fué la orden del jefe. — Las cartas que ella le escriba tendrán que venir dirigidas a mí, y luego yo me encargaré de hacerlas llegar a destino. Tenemos que tomar todas las precauciones posibles.

Windy y Slivers lo llevaron a Ray. Merkle quedó en el departamento.

— ¿Qué va a hacer usted ahora, "Rojita"?

— ¡Oh! Ya me arreglaré. Para mí no necesito nada.

— Usted se vendrá conmigo a mi casa de Long Island. No piense nada malo. Debidamente acompañada, si así lo desea. Allí estará más segura.

Ella sacudió la cabeza.

— ¡No voy a ir con usted! — le contestó ella. — ¿Por qué supone usted que no insistí en acompañar a Ray?

— Porque yo no se lo hubiera permitido — contestó Merkle con alguna brusquedad. — Y usted lo sabe muy bien. Demasiado peligroso... Tiene que entender que la situación de Ray ante la justicia es por demás crítica, y que ahora que ya no necesita de sus cuidados, estará más seguro teniéndola lejos.

La chica, vencida, dejó caer la cabeza.

— No hay nada que yo pueda hacer a ese respecto, pero quiero que entienda que yo no he de ir con usted.

— ¿Por qué?

— Ya le dije una vez que habíamos terminado.

— Muchas cosas han sucedido desde entonces...

(Continúa en la página 27)

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

LA ALEGRIA COMO REMEDIO

La tristeza es capaz de engendrar grandes trastornos; el miedo puede ocasionar la muerte. La alegría, por el contrario, es fuente de salud y medio de alivio o curación de las enfermedades. Por lo común, las mujeres carecen de energía y se dejan abatir fácilmente; puede decirse que los lamentos y las lágrimas constituyen sus recursos. A ellas, principalmente, se dirigen nuestras advertencias. Procuren despertar en su espíritu el buen humor. La mujer no debe jamás desanimarse, y aunque la hiera el infortunio y la invada la tristeza, no debe ser morosa o apática, porque la apatía es un signo de debilidad del cuerpo y de postración de la voluntad, sino revestirse de energía para desafiar las adversidades y ahuyentar la melancolía.

Muchas mujeres adquieren el funesto hábito de lamentarse siempre y de todo, para hacerse interesantes a los demás; pero esta costumbre es, no sólo infantil, sino indigna e impropia de un espíritu sano. En estos casos, la mujer deberá ser reconocida por un médico, para ver si padece alguna afección del hígado, de la matriz o simplemente nerviosa. Se habla mucho de la "voluptuosidad del dolor", aberración que debe combatirse y tratarse como una enfermedad crónica.

Las personas que cuiden enfermos deben procurar que el paciente ría, y provocar su buen humor narrándoles cuentos o sucesos chistosos. Muchas veces una visita agradable sirve a los enfermos del corazón de excelente derivativo. La alegría, en suma, es uno de los mejores remedios. La cura por la risa sería un tratamiento maravilloso.

LA VOZ Y LA TOS RONCAS, SOBRE TODO SI HAY FATIGA, DEBEN HACER DESCONFIAR SIEMPRE DE LA POSIBILIDAD DE UN CRUP. EN ESTOS CASOS ES DEBER DE TODOS LOS PADRES LLAMAR AL MEDICO SIN TARDANZA. ENTRETANTO, LO UNICO QUE PODRA HACERSE ES SEPARAR EL ENFERMITO DE LOS OTROS NIÑOS Y APLICARLE SOBRE EL CUELLO FRANELAS O ALGODONES EMPAPADOS EN AGUA CALIENTE.

El PELIGRO de los ANDADORES



La vieja práctica de los andadores, por suerte ya bastante en desuso, ha sido muy perseguida por los médicos de niños de todos los países, por cuanto tiene muy poco de útil para las criaturas.

Es un error creer que un niño metido en este antipático aparato puede aprender a caminar mejor que llevándole de la mano. El niño, dentro de él, adquiere una mala conformación, tanto de los hombros como de las piernas, pues al sentirse cansado se hunde dentro de él, quedando prisionero por debajo de los brazos, y con las piernas dobladas.

Aparte de ello, muchos niños han sufrido accidentes graves por haber tropezado el andador en algún objeto y haberse ido ellos de boca contra las losas del suelo.

Aquellas madres que aún ven en este aparato un auxiliar para los primeros pasos de sus hijitos, deben tener muy en cuenta lo que decimos más arriba.

CONTRA EL SONAMBULISMO

Ciertamente, es por demás peligroso el sonambulismo. Si su hijo padece de este mal y le da por levantarse por las noches, una vez que se ha dormido, puede usted evitarle este grave riesgo haciendo colocar alrededor de la cama, en calidad de alfombra, unas fajas anchas de metal. Lo mismo da que sean de hierro, cinc o de otro metal cualquiera, siempre que sea, naturalmente, frío.

Esto tiene por objeto que cuando el sonámbulo se tira del lecho, al poner los pies sobre el metal, sienta el contacto frío del mismo. Ello le hará retirar instintivamente las piernas y volverse a la cama.

Viéndose el enfermo obligado a realizar este mismo juego varias veces consecutivas, acabará por renunciar a levantarse durante la noche; y entonces puede darse por curado.

Sin embargo, conviene no retirarle las planchas de metal durante algún tiempo, por si le repitieran los ataques.

Cdo. a "Subscriptora", de Lobería.

DEVOLUCION DE LA LECHE

He aquí, señora, lo que dice un distinguido médico de niños, argentino, con respecto a su consulta:

"La regurgitación, llamada a veces impropiamente vómito, es casi siempre debida a que el niño ha tomado una cantidad demasiado grande de leche; momentos después de haber concluído de mamar, sea que esté quieto o ejecute o se le haga ejecutar algún movimiento, devuelve un poco de leche sin el menor esfuerzo y sin que el alimento haya sufrido modificación alguna. En esas condiciones, la regurgitación es un fenómeno útil más bien, y se realiza fácilmente, porque a esa edad el estómago es muy pequeño, su posición es casi vertical y su abertura está casi en el eje del esófago.

"A cualquier movimiento, pues, y aun sin esto, cuando el alimento es en cantidad exagerada, la leche vuelve a salir sin haber tenido tiempo de empezar a modificarse. De ahí la conveniencia de *dejar al niño acostado y quieto después de mamar, sin mecerlo ni amacarlo*, como se hace comúnmente.

"De todos modos, *la regurgitación habitual*, después de todas las veces en que el niño mama, *es señal de que toma demasiado alimento* y de que debe disminuirse el número de minutos que mama. Si esta reducción tarda en hacerse, pueden sobrevenir, del mismo modo que cuando se le da el pecho muy a menudo, *verdaderos vómitos* (de leche medio coagulada ya largo rato después de tomada), y *diarreas*.

Esto es lo que podemos responder a su carta. Por nuestra parte, le recomendamos tenga muy en cuenta lo que se recomienda en casos como el de su nene, y, sobre todo, no tenga temor de que pueda ocurrirle algo grave.

Cdo. a "Una lectora", de Moldes.

HAY ATAQUES DE FALSO CRUP, QUE SE PRODUCEN A LA NOCHE O DE MADRUGADA, DESPUES QUE EL NIÑO HA DORMIDO YA ALGUNAS HORAS. ESTOS SE CARACTERIZAN POR UN ACCESO DE SOFOCACION, CON RESPIRACION RUIDOSA, TOS Y VOZ ENTERAMENTE RONCAS. NO HAY QUE ALARMARSE EN ESTOS CASOS. FACILITELES LA LLEGADA DEL AIRE POR MEDIO DE PAÑOS CALIENTES SOBRE LA GARGANTA, O UN SINAPISMO, SI SE TIENE A MANO. GENERALMENTE, EL NIÑO AL POCO RATO VUELVE A DORMIRSE.

Abrigue bien a sus niños, pero sin excederse, porque esto a veces es perjudicial

IMPOSIBLE

En estas páginas nos es imposible contestar a la pregunta que nos formula, cosa que sentimos vivamente por el tiempo que ha perdido inútilmente. Diríjase a la sección que corresponde, que le contestarán en seguida.

Cdo. a "Lectorcita", de Chajarí.

DOLORES REUMATICOS

Aunque en muchas ocasiones hemos dado en esta página recetas para combatir los dolores reumáticos, vamos a indicarle a usted una que esperamos le dará buenos resultados.

He aquí la receta:

Alcohol salicílico ... 20 gramos
Alcohol .... 50 „
Agua .... 200 „

Como usted podrá deducir, este preparado es para friccionarse las partes afectadas por los dolores.

Cdo. a "Sarrey", de Andalgalá.

Bajo la escotilla

(Continuación de la página 21)

Salió para ir al teatro y rumió con el pensamiento — no le ocurría nunca — una infinidad de cosas alegres y dichosas. Lily llegaría a ser una gran actriz, y eso lo debería un poco a Meco, porque fuera él quien la encaminara: él había vencido en ella los primeros temores, la había preparado, alentado, cuando fuera necesario.

Hubiera sido oportuno aprovechar esos días de aplusos y hablarle claramente. Mañana, mañana, sin más, le hablaría y le preguntaría a quema ropa.

—¿Me quieres?

Llegó al teatro: vió en los carteles el anuncio de otra comedia. La novedad no se repetía. ¡Quién sabe por qué!

Y— cosa más extraña aún — se anunciaba una obrita de "relleno", en la cual Lily no trabajaba.

—Es raro — pensó; — y, sin embargo, había sido todo un éxito...

Después, de improviso, pensó que Lily pudiese estar enferma; se angustió, aceleró el paso y preguntó, sin explicar, al director de la compañía, que se le paró delante:

—¿Por qué? ¿Por qué?

El otro se encogió de hombros, y se alejó sin contestarle. Pero lo supo, porque dos comparsas, detrás de una casa de cartón colocada sobre el proscenio, hablaban de lo ocurrido.

—¡Se ha escapado con el galán!

Meco tambaleó: los latidos del corazón le oprimían la garganta, le quitaban la respiración. Necesitaba tomar aire. Se desató el cuello y, lentamente, trasoñado, fué a refugiarse bajo su escotilla de terciopelo rojo.

Le parecía raro no deberle apuntar más, por toda la vida, a su pequeña Lily: raro e inútil. Se acordó de la resolución que había ido tomando durante varios días...: mañana, mañana... Se extrañó en verse casi feliz, aturdido por una obscura inconsciencia que le hacía recordar, con la insistencia de un delirio, pequeños detalles de cosas olvidadas. Pensó que dentro de poco se levantaría el telón. Los actores, uno a uno, empezarían su ficción. Tuvo la impresión de dominarlos, de tenerlos en su poder: fantoches vacíos, de quienes él movía los hilos. Fantoches. Eso le pareció cómico, grotesco. Se rió, pero la risa se le ahogó, porque le dolía el corazón. Pensó, entonces, sin sonreír más: ¡fantoches! Abrió la mano. los hilos se entrelazaban, se amontonaban. Levantó las manos hasta la garganta, porque le pareció que se derrumbara todo. Se tumbó hacia adelante, con los ojos desmesuradamente abiertos, con la cara aplastada sobre el original de la obra.

FIN

Sendas escabrosas

(Continuación de la página 25)

— Quizá, pero eso no hará variar mi resolución.

— No olvide que son muchos los inconvenientes que encontrará en su camino de ahora en adelante.

— Me imagino, pero no tendré otro remedio que afrontarlos. No tienen nada en contra mío. Soy inocente. Además, ahora que Ray está seguro, será mejor que me desentienda con ellos de una vez.

— ¿Y dónde les dirá usted que ha estado durante estas semanas?

Ni Merkle ni Josefina mencionaban la palabra "policía". La evitaban con estudiada diplomacia.

— Visitando a amigos.

—¿Y si insisten?

Ella sonrió un poquito.

— Merkle, usted ha sido un buen maestro para mí — le respondió ella con amargura. — No diré nada. Momentáneamente sé que no podré conseguir un puesto de enfermera, pero puedo lograr un puesto de mucama o niñera hasta que las cosas cambien. — Hiza una pausa, y luego agregó: — ¿Tengo su promesa respecto a Ray?

— Absolutamente.

Esta vez fué Merkle quien sonrió. Para salvar su propio pellejo tenía forzosamente que proteger a Ray, y se preguntaba interiormente si Josefina no se daría cuenta de eso.

Ella comenzó a juntar las pocas cosas que había traído consigo al departamento. Merkle la observaba.

— ¿Adónde va usted?

— No lo sé.

— Le será un poco difícil conseguir un alojamiento respetable y seguro a estas horas de la noche, sin equipaje...

— Entonces me sentaré en un banco del parque. De todas maneras, hace demasiado calor para dormir — le dijo ella con desgano. — Todo lo que quiero es salir de una vez de aquí.

La mirada que la chica dirigió alrededor del departamento le habló bien claro a él de las penurias y sufrimientos que ella debió pasar allí y del odio que experimentaría por ese asunto turbio. Fué entonces que se creyó en el deber de hacerle una nueva advertencia.

—Puede ser que traten de detenerla...

— Me doy perfecta cuenta de ello, pero deseo cualquier cosa antes que esto. No puedo seguir escondiéndome toda la vida. Además, no existe realmente nada en contra mía; sólo las sospechas de O'Shea.

Merkle encendió un cigarrillo.

— Usted no lo conoce a O'Shea. — Y se rió un poquito.

— ¿Le parece? Él es el culpable de todo lo que me está pasando. Pero le haré frente a todo lejos de ustedes y sola.

— ¿Cuánto dinero tiene?

Ella abrió la cartera. Solamente le quedaban diez dólares.

—Una compañera del hospital me debe quince dólores. Con esto puedo arreglarme unos días. ¡Adiós!

— No olvide que mi ofrecimiento de casamiento todavía está en pie — le dijo Merkle, volviéndose hacia la puerta. Ella no le contestó. Él esperó aún. Se llevó una mano al bolsillo para sacar la cartera, pero, pensándolo mejor, la retiró y abandonó el departamento sin volver la cabeza ni una sola vez.

— ¡Quiera Dios que no vuelva a verlo jamás! — dijo la joven, alzando ambos brazos en un ademán de desesperación. ¡Cómo odiaba al hombre que acababa de salir! Se sentía horrorizada por sus propias emociones.

Luego se dejó caer al suelo, junto a la ventana, y descansó su cabeza ardiente sobre la pared. Durante un segundo se sintió tentada. Iría a ver al doctor Slater. Aceptaría casarse con él. Solamente para estar segura y tener alguien que luchara por ella. Él la protegería..., y también a Ray. Mas la tentación fué momentánea. Alzó la cabeza y se tapó los ojos con la mano para alejar la visión de los ojos bondadosos y la sonrisa franca y adorable de Slater. No, no podría engañarlo. Sería demasiado terrible. No podía destruir la vida de él arrastrándolo con ella. No era posible que fuera tan cruel, tan desalmada. Tendría que continuar su camino... ¡sola!

Alguien entraba en la habitación: Windy y Slivers.

— Creí que ustedes habían ido con Ray — les dijo con alguna sorpresa.

— No; nuestra trabajo está aquí, en Nueva York — le respondió Windy. — ¿Se va usted? — la interrogó al notar el sombrero de la joven sobre la silla junto a ella.

— Sí.

— ¿A estas horas de la noche?

— Sí, no puedo quedarme más aquí. ¡Cómo odio todo esto!...

— ¿Así que el jefe no quiso llevarla con él?... ¡Tiene buen ojo para las mujeres! Si se hubiera portado como debía y le hubiese echado bien las redes, todo hubiera sido muy diferente. Él hubiera caído por usted fácilmente. Usted tiene la culpa por haberse mostrado tanta tonta.

Josefina sentía demasiada repugnancia para hacer comentario alguno. Empezó a caminar en dirección al teléfono.

Windy y Slivers cambiaron algunas palabras en voz baja.

— ¿A quién va usted a llamar?

— Al hospital.

— ¿A su amigo el doctor?... Si yo fuera usted, no lo haría — le aconsejó Windy. — Es más que seguro que le estarán vigilando todas las llamadas telefónicas.

— No es a él, sino a una enfermera a quien voy a llamar.

— ¡Meta la cabeza en la boca del león!

— Poco importa. Ademas, una de las enfermeras me debe dinero, y lo necesito.

— ¿El jefe no le dejó nada?

Ella no respondió y llamó al hospital.

— Primeros auxilios — le dijo a la telefonista, sabiendo que Elena estaría de servicio.

Con ansiedad aguardó la voz de su compañera. De algún modo ella representaba el único lazo que la unía a la existencia que ella quería vivir.

— Tenga cuidado con lo que dice — le recordó Windy en el momento que la voz suave y afectuosa de Elena llegaba a los oídos de la joven.

— Te habla Josefina, querida. Sí, Sí, estoy muy bien. — La voz de Josefina era gruesa por las lágrimas y los sollosos contenidos, y se mordía penosamente los labios al escuchar las protestas de Elena. La amiga le hablaba del doctor Slater.

— Dale mis mejores saludos. Y Elena, por favor, dile a Martha que necesitaré esos quince dólares para mañana. ¿Que han cambiado el día de pago?... ¿Jueves?... Bien, dile entonces que llegaré alrededor de las doce para darle una hora de tiempo después que el cajero abra la ventanilla.

Se produjo otro largo silencio. Ella sonrió como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

— ¿Cómo no, Elena? Y almorzaremos juntas. Todavía no, pero creo que no tardaré mucho en encontrar algo. No te aflijas por mí. Todo va bien. Sí, dale muchos recuerdos.

Después la voz de Elena ya no estaba allí, y ella se encontró nuevamente en el odioso departamento, aislada completamente del mundo. Pero ella había terminado ya con todo eso.

(Continúa en el próximo número.)



"ANDE SE TAAPA LA HUEIAA"

Por
RAFAEL RICARDO LLERENA

EN esta nación, que fué tan gaucha, pocos son los gauchos que escriben: Dávalos cantó a su pintoresca Salta, al Norte argentino, y ahora reconoce en rueda de amigos que está en deuda con sus lectores; mi querido *aparcero* pacienzudo, Justito Sáenz, evocó las cuchillas entrerrianas, los arroyos invadeables ya vencidos, y los bichos de su tierra; Lynch es un porteñazo sereno...

Y de Córdoba, ¿quién nos habla con tonalidades camperas, de sus montes, de sus sierras o de sus llanos? Vaya un relato cordobés que podrá ser principio de una serie; su autor es un viejo que *descubrí* en la prolongación Sur de las sierras de Ischilín, junto a un corral de cabras; yo tenía quince años; me bajé a tomar leche, y desde entonces somos amigos...

En tiempos pasados, la Córdoba cosmopolita y desabrida de hoy llevaba la vida hidalga, cordial y apacible, que pareció luego subirse hacia los Andes norteños, para no morir bajo los efluvios snobistas con que el Atlántico envenena a la Argentina vieja.

Este anciano que habita fuera de la capital mencionada, allá donde el extranjero no va porque el arado no rompe, es una vida rebelde a la muerte y al presente, que me narra episodios de sus cien años de existencia. Servando Cuevas, hombre gaucho, conocedor de la Córdoba solariega, habla gustoso de las costumbres de antaño.

Esta vez parece más en camino de asombrarme que de enternecerme; ha empezado a recordar su vida de tropero, muy azarosamente hilvanada a punta de cuchillo... Ya le conozco bien, y cuando le advierto despectivo para ogaño, espero ver surgir de su memoria un episodio patético que me evidencia la lealtad, el valor o la disposición de otros tiempos.

—Sí, mi amigo don Irene—así pronuncian mi apellido los nativos de la zona, y es curioso que también lo hagan sus vecinos del llano, los de Colonia Caroya, que descienden de Italia.—Laj cosa se han pueto fieraj... Ió, iá ni con la muerte pelearía. ¡Cómo estaré! (pa que vea).

Estoy en el rancho de don Serva (según le llama el paisanaje, para achicar el Servando), sentado bajo un tala grande, entre dos lomas altas, verdeobscuras, azuladas luego, y opacas totalmente.

—¡Ahijuna! — exclamo, pellizcándome un muslo.

—¡Ah! Ej'una puulguita—corrobora el viejo. — Si eta peerrada e terrible, iá no sirve pa nada, iá.

—¡Ja, jai! Y usted me ha contado que con sus perros de antes mataba pumas y tigres, y se acompañaba en los arreos...

—Iá ve. Si todito era meejó antej; no sólo loj perroj. ¡Uuuh!... Hasta laj mulaj sabían ma que laj de áhura.

Del ambiente cordobés, de aquella tierra serrana que ofrece tan extrañas y emocionantes sugestiones, es este cuento dramático y conmovedor en que se pone de relieve el alma firme y sencilla de aquellos hombres cuya alma tiene la solidez de la roca y la serenidad apacible del aire embalsamado. En una escena montaraz, en la huella trágica labrada a pico entre la roca enhiesta y el abismo, juegan dos gauchos valerosos el destino y la posesión de una mujer.

—¿No diga? ¿Sabían algo las mulas de antes? — pregunto curioso, para instar más al amigo.

—¡Y claro, pó! Véia, ió le guá contá, pa que véia. Sí, pó, sí. ¡Tantísimo má sábian laj di'ante! ¡Uuuhj! — El hombre está desatado en su afán de viejo contador de recuerdos. Busca el horizonte que se tapa con una loma caliza, donde la dinamita hace brechas y funcionan trituradoras de piedra blanca..., polvo para solidificar rascacielos porteños. Mi caballo, bajo una rundunera, ahí cerquita, mira como ganoso de escuchar también.

Y después del "le guá contá pa que véia", entrega el mate sorbido a su hija, saca la guallaca de buche de avestruz, me obsequia, arma y cuenta lo que les diré traducido, porque cuanto más se entusiasman estos viejos en contar, menos los entienden quienes no les conocen sus giros y expresiones.

Era él, hombre baquiano de atravesar la pampa de Achala aunque nevase muy fuerte; llegaba hasta los dominios del cura Brochero, volvía por cumbre de Gaspar, cruzaba el valle de la Punilla y caía luego por el Noroeste, a la ciudad de Córdoba, siempre seguido de su tropita carguera.

Sus mulas pisaron el borde del abismo, giraron en dos patas sobre el precipicio, pero nunca cayó ninguna en el vacío. En las árganas y alforjas de todo había; productos cambiados iban o venían a una plaza orillera de la ciudad capital. Allí acampaba Servando con su tropa, a la espera del coche lujoso de cascabelados normandos que traía una dama compradora de alfombras, o para venderle un cuero con arrope a la china rezongona de ahí nomás.

Fama suya y de sus perros, acreditados como capaces y guapos, librólo siempre del bandidaje. Nunca lo había asustado nadie, ni en la plaza, ni en la huella, ni en el monte. Nadie con intención raptora jamás se le atravesó.

¿Cómo vái viniendo, chinita?

—Reegulá nomá, don Serva.

—¿Vi áquel moogote tan grandísimo al

(Continúa en la página 39)

Mundo Argentino en las Provincias

EN EL GOLF DE RANELAGH


Noemí R. de Perkins.


J. R. de Perkins.


R. de Sinkler.


Lidia R. de Fairhurst


M. F. Rocha


Señora de Dedyn.

EN EL CRISTO DE LOS ANDES


El señor don Jorge Gleuz, en compañía de su esposa e hija, acompañados por los señores Ostertey y Bonn, en la excursión realizada hasta el pie del Cristo de los Andes, a cuyo paraje llegaron en automóvil.


Señora Harris de Hares


M. A. de Pol

Esperamos que el perío sea proficuo -- dijo el



Mientras los socialistas deliberan si han de entrar o no al recinto, los ministros de Guerra y de Marina, general Rodríguez y el vicealmirante Casal, cambian impresiones con un amigo común, que en ese momento ha tomado la palabra y parece estar puntualizando sus puntos de vista sobre un asunto de gran importancia.



El primer magistrado penetra al Congreso acompañado por los miembros de la comisión de recepción, senadores nacionales Santamarina y Campos. El general Justo lleva en su mano el bastón de Rivadavia, que se usa en estas ceremonias oficiales. En la mano izquierda lleva también el mensaje que leerá ante la asamblea.



Don Luis Linares, ministro de la Suprema Corte, es el que aparece sonriendo; a su lado, el doctor Enrique Z. Pérez, se dedica a contemplar el recinto, y un poco más alejado, el presidente de la Suprema Corte, doctor Roberto Repetto, habla con la presidenta de la Sociedad de Beneficencia, doña María Adelia Harilaos de Olmos. El doctor Carlos A. Acevedo, flamante director del Banco de la Nación, integra con el ex senador don Evaristo Pérez Virasoro y el diputado Manuel Bermúdez, el núcleo de personas conocidas.



Junto al representante pontificio, monseñor Felipe Cortesi, aparece con su uniforme de gala el embajador de Gran Bretaña, sir J. W. Ronald Macleay. Otros diplomáticos, entre los que figura el nuevo ministro de Hungría, ocupan el palco reservado a los embajadores y personal superior de las legaciones acreditadas ante nuestro gobierno.



Los diplomáticos aprovechan la espera en charlar animadamente sobre los temas de su predilección; en estos momentos, el comentario en estos círculos gira alrededor del éxito de la misión Roca ante la Gran Bretaña y el eco que ha tenido el tratado en los distintos círculos a los cuales interesa el acercamiento económico de la Argentina con Inglaterra. En el grupo se destacan, a la derecha, el embajador de España, señor Danvila, y el ministro de Bélgica, señor Ketels.



El senador por Salta, doctor Carlos Serrey, mantiene un diálogo con el ministro de Hacienda, doctor Hueyo; no es difícil asegurar que están hablando del petróleo salteño y de toda la ardorosa polémica producida hace poco, a raíz de las concesiones otorgadas a una empresa particular por el gobierno de aquella provincia.

do que se inicia general JUSTO





Esta fotografía da una idea de la concurrencia que asistió a la ceremonia oficial de la inauguración del 70º período legislativo. En uno de los palcos bandeja, han tomado ubicación los miembros de la Suprema Corte, directores de bancos, magistrados, etc.



Los diputados de ahora, a diferencia de de los de antes, que usaban pera y bigote, son rasurados y juveniles. He aquí uno de los sectores de la cámara, dedicado a los comentarios del largo cuarto intermedio que "decretaron" los socialistas, dispuestos, al parecer, a no entrar al recinto, con cuya actitud se hubiera malogrado el quórum.

"Tenemos, pues, derecho a esperar y más que nosotros lo tiene el pueblo del que somos representantes y ejecutores, que el período que hoy se inicia ha de ser proficuo en resultados y que la colaboración de las dos ramas de gobierno ha de continuar perfeccionándose con la experiencia y aleccionándose tanto en los aciertos como en los yerros, siempre inevitables." (Párrafo del mensaje leído ante la Asamblea Legislativa por el primer magistrado.)



A pesar de ser una tarde de "gran público", los apartes políticos tuvieron oportunidad de exteriorizarse; siempre son propicios los instantes para el "chimento" de las cosas que ocurren en tal o cual partido y de las nuevas orientaciones, que son las eternas promesas siempre renovadas de los que tienen la sartén por el mango...

Fotos especiales de "Mundo Argentino".

Los "triperos" siguen a la cabeza del campeonato con 4 puntos de ventaja



El tercer goal de Gimnasia y Esgrima fué convertido por el winger derecho del mismo, Peralta. En esta fotografía puede apreciarse cómo el hábil cordobés anula a Mena, que se arrojó al suelo, y él impulsa con un shot débil la pelota en el fondo de la red, ante el asombro de Corsetti, que ve caer a su valla sin poder hacer nada para evitarlo, y Naón que sonríe confiadamente.





ARRIBA. — Otra vez Herrera fué sorprendido por el fotógrafo en plena labor. Dueño de la pelota, se desplaza con ella, mientras Montañez obstruye la acción de un rival, y Benítez Cáceres queda sin chance, anulado.

ABAJO. — La valla defendida por Mena en un momento de peligro. El arquero suplente de Boca Juniors se lució al despejar una situación peligrosa al entrar en poder de la pelota y alejarla. Detrás de él aparece Corsetti.

Un momento de apremio para Herrera. Este, en poder de la pelota, es obstaculizado por Sánchez, que lo pecha, mientras que su compañero Benítez Cáceres se halla a la expectativa. Minella también se apresta para entrar en acción, y Nardini observa en marcha la acción del arquero, que salió airoso en esta jugada. Fué una de las tantas que matizaron el cotejo que sostuvieron "los triperos" con los boquenses, en donde aquéllos evidenciaron poseer garra y pasta para destacarse como los más probables candidatos al campeonato.



Herrera, diestro arquero platense en plena acción. Abandonó su arco, y merced a un salto espectacular, trata de detener la pelota, por la cual también lucha el delantero boquense Sánchez, a quien Miguens obstaculiza. Herrera es, sin duda, uno de los buenos arqueros, y en el partido se lució al detener un penal ejecutado por Benítez Cáceres.



He aquí cómo Herrera despeja un momento de peligro. Entró en posesión de la pelota en el mismo instante en que Sánchez ha saltado para cabecearla. Por sobre él Herrera se apoderó de ella. En la acción aparecen también Benítez Cáceres y Montañez a la expectativa. El triunfo de los platenses por 5 a 2 fué la demostración de cuanto es el valer del conjunto, que ha empezado a desarrollar un juego realmente científico.

Actualidad Gráfica de la Capital

LOS BUENOS JUGADORES SIGUEN YENDOSE A EUROPA


Nicolás Ferrara


Ulises Uslenghi


Alejandro Scopelli


Andrés Stagnaro


Enrique Guayta

Los ases del football criollo son, desde hace tiempo, como los artículos de exportación, cotizables según sus méritos. El conjunto que aquí aparece, marcha a Italia para integrar allá distintos equipos y probar con su destreza que por estos mundos se producen, además de los productos del suelo, excelentes "shoteadores", ágiles y certeros, dignos de figurar entre los mejores. Dos de los que han sido contratados decidieron contraer enlace: Scopelli y Guayta marchan a Europa con sus flamantes esposas. La "hinchada" de los campos de football ve alejarse con pena a este conjunto que deja entre sus admiradores el recuerdo de tardes memorables.



La bailarina Alice Spletzer y maestra coreográfica del conjunto de revistas del teatro Maipo, donde figura entre los principales atractivos de dicha sala.



Concurrentes a la fiesta criolla realizada en el campo de deportes de la Casa Peuser por la Unión Recorr- do Diarios de la Tarde, y a la cual concurrió el doctor Joaquín S. de Anchorena, que aparece entre los invitados.



Conjunto de señoritas que tomó parte en el festival artístico ofrecido por el Centro Salmantino con motivo de la inauguración de su temporada social en el salón Lasalle.



El presidente de la república, general Agustín P. Justo, acompañado del presidente de la Asociación Argentina de Golf, señor Alberto del Solar Dorrego, de don Alejandro Figueroa y de los jugadores José Jurado y Jack Redmond, que disputaron un partido, en el que resultó vencedor el primero.

LOS NIÑOS SANOS


Néstor José Bau, de la capital. A los siete meses pesaba nueve kilos setecientos gramos. Criado con lactancia natural.


Mario Brezmon, de la capital. Tiene ocho meses de edad y pesa siete kilos y medio. Criado con el pecho materno.


Elena Isabel Santofani, de la capital. Su edad es de cinco meses y su peso de diez kilos. Es alimentada por la madre, al pecho.

Duilio Crivera, de Carhué. Tiene seis meses de edad y pesa diez kilos. Es criado por la madre, al pecho.


Enrique D. Salvatierra, de Santiago del Estero, a los ocho meses de edad. Criado con "Germinase".


Daisy Elsie Chavero Seguí, de La Plata. Tiene un año de edad. Ha sido criada con lactancia natural.

Felipe Mirabella, de Caseros. Su edad es de nueve meses y su peso de diez kilos. Ha sido criado con lactancia natural.


Marina Arminda Seruti, de Santiago del Estero. Su edad es de cuatro meses y su peso de nueve kilos. Criada con el pecho materno.




Herminia Fang Larrieu Lacoste, de Tres Arroyos. Su edad es de siete meses. Pesa nueve kilos. Ha sido criada por la madre, al pecho.


Alfonso Luis Di Meo, de la capital. A los nueve meses de edad, su peso es de diez kilos. Alimentado con lactancia natural.

María Faraoni, de la capital. Tiene siete meses de edad y pesa diez kilos. Criada con el pecho materno.


Gloria Nelly Pérez Portela, de Los Toldos. Su edad es de ocho meses y su peso de once kilos.

Modelo de ENCAJE de MILAN y bordado RICHELIEU



¡VENGANZA!

Un cuento de PATRICIO CLIFFORD

—¿Cree usted que tengo alguna esperanza de encontrar a mi hijo? ¡Oh, Rudy! Dígame usted que sí!

BUENO, Rudy, ¿qué es lo que le trae tan temprano por aquí? — preguntó a éste sonriendo sir Deauvers, juez de Bench King, y caballero de varias órdenes.

Rudy Williams no era tan honorable como Deauvers, pero corrían rumores muy frecuentes de que si lo hubiera deseado hubiera recibido honores y decoraciones, en más de una ocasión. Por alguna razón misteriosa siempre las había declinado. Rudy, como lo sabía su íntimo amigo Deauvers, era un hombre extraño. En este momento el juez se consumía de curiosidad por saber la razón de la temprana visita de aquél. El reloj indicaba las siete y media de la mañana. Rudy era su corredor de bolsa, y en realidad era muy bueno.

— Veo que ha tenido la bondad de esperarme para el desayuno; pero, desgraciadamente, ya me he desayunado antes de salir de casa, — dijo Rudy, dejando vagar por sus labios una sonrisa infantil.

— Entonces, ¿un poco de café? — sugerió el juez.

Conocía a Rudy demasiado bien para insistir; sin embargo, le atrajo la atención en ese momento lo poco que conocía a Rudy. Hacía quince años que eran socios; no obstante, jamás lo había comprendido completamente.

Rudy aceptó el café. Se sentó delante de Deauvers y sacó un reloj de oro.

— Smit ya lo habrá tomado — dijo rápidamente. — ¡Será su última comida!...

— ¿Qué es lo que le hace pensar así, Rudy? Lo he sentenciado, es cierto...

Los labios de Rudy se apretaron, y contestó con su voz suave:

— Lo sé; usted ha sentenciado a muchos hombres...

— ¿Y qué? — contestó Deauvers, altivo. — ¡Sólo cumplo con mi deber!...

Rudy echó su cabeza un poco hacia adelante, y su voz se hizo opaca:

— Usted ha sentenciado, y también ha perseguido en algunos casos. ¿Se acuerda de Juan Brenton?

— ¿Qué le pasará a Rudy?... — pensó Deauvers; pero le contestó amablemente:

— Es verdad, Rudy; pero ese fué mi primer gran caso; el que me dió nombre; el primer paso de mi carrera.

— ¡Su primer gran caso! — dijo Rudy lentamente, y luego agregó: — ¿Cree usted que era culpable?

— Era verdaderamente difícil saberlo, Rudy — dijo pensativo. — Tenía evidencias... claro..., sumamente circunstanciales... El hecho de que me mezclara en un asunto tan difícil me deparó el éxito... Era difícil, muy difícil tener una convicción. Una defensa más enérgica tal vez lo hubiera salvado.

Hay hombres tan tenaces, tan fuertes de voluntad, que son capaces de esperar años y años para realizar una venganza. Ni el tiempo ni la felicidad, nada puede destruir en el cerebro de estos hombres la idea de la venganza. Y cuando al fin la cumplen, no les importa que en ello les vaya la vida, como le ocurre al protagonista de este cuento dramático.

Una luz extraña apareció en los ojos de Rudy, y agregó dificultosamente, como si la respiración le faltara:

— Su hijo de usted, su único hijo, desapareció un año después de la muerte de ese hombre.

— ¡Dios mío, Rudy!... ¿Ha venido usted a discutir eso? — y su voz de pronto se tornó grave. — ¿Puede usted creer que tengo alguna esperanza de encontrar a mi hijo?... ¡Oh, Rudy! Dígame usted que sí.

Una sonrisa dura apareció en la cara de Rudy, y siguió con el tono grave de antes:

— Sí, lo puedo, Deauvers; puedo decirle dónde está su hijo en este instante, pero — había algo de exaltación en el tono de su voz, que el juez no notó, — usted no lo verá jamás vivo.

— ¿Está muerto? — gritó el juez poniéndose pálido.

Rudy le mostró su reloj.

— Lo estará de aquí a once minutos — le contestó fríamente.

Deauvers saltó de su silla.

— ¡Rudy!... — exclamó: — ¿Qué pretende usted hacer? ¿Para qué ha venido aquí, a esta hora? ¡Explíquese, por amor a Dios!

— Eso es precisamente lo que intentaba hacer. Escúcheme y no me interrumpa. Juan Brenton era medio hermano mío; su madre me adoptó cuando era una criatura y nos criamos juntos. Cuando tuve diez y ocho años fuí a la Nueva Guinea, y después de tres años de trabajos volví a Inglaterra con una fortuna; pero encontré que el hombre a quien yo amaba como si fuera mi propio hermano, iba a morir por un crimen que no había cometido. Su madre, que era más que mi madre para mí, murió de pena después de la ejecución...

— Rudy hizo una pausa; sus ojos despedían odio. — ¡Y usted, Deauvers, por su carrera mató a estas dos personas! Pero... — aquí la voz de Rudy fué más cruel, y Deauvers sintió miedo de su amigo. — Pero yo — prosiguió — resolví que usted tenía que sufrir el mismo dolor. ¡Tenía el arma más poderosa!... ¡El dinero!... Y lo usé para conseguir el rapto de su hijo... Éste fué criado por una familia de criminales. Su primera sentencia fué por robar a los catorce años... Desde entonces su vida fué un infierno... Fué perseguido, maltratado, enviado a la cárcel; hasta que se le acusó de un crimen...

En los ojos de Rudy se traslucía la locura. A medida que oía la historia, Deauvers iba perdiendo el juicio. No podía hablar.

— ¡Y usted, Deauvers, su propio padre, acaba de sentenciarlo a muerte! ¡El muchacho que muere esta mañana es su propio hijo!...

Deauvers recobró la palabra, y, poniéndose de pie, gritó:

— ¡Maldito! ¡Lo mataré a usted con mis propias manos!

Rudy estalló en una loca carcajada.

— ¡Mire! ¡Mire! — y le mostraba con la mano el reloj. — ¡En este momento está muriendo!

De pronto, la campaña del reloj se oyó en la habitación. Deauvers se tomó de la mesa delante de él; sus ojos fijos miraban al hombre que estaba frente suyo.

Cuando el reloj terminó de dar las ocho, Rudy cayó hacia adelante. Deauvers no necesitó mirarlo para saber que había muerto.

terminá eta cuuchía pu'ande vamo?

—Sí, lo véio, sí, seeñó — replicó Eulalia al tropero que la conducía a lomo de mula, por primera vez hacia la ciudad, para servir.

—Güeno; áhi'tá la cueta'el Chañar. Tenimo que bajá bordeando; aiá te vái a olvidá de tuj pena...

Muchos habían sido los lloriqueos y macaqueos de Eulalia durante la travesía. Razón no le faltaba: era enviada por requiebros del destino que la había sumido en la orfandad, hasta la capital, por orden de su tío pobrísimo, para aprovechar un encargo de sirvienta que le hicieron a Cuevas. Su alma de india comechingona palpitaba de ignorancia ante la idea de ciudad y se estrujó dolorida, como víscera arrancada a tirones de un hueco de la montaña. Veinte años la adornaban con galas de juventud salvaje; venía sentada a lo amazona sobre los bultos de carga en el animal que seguía al tropero, desde cuyas últimas palabras había quedado más preocupada.

¿Qué le iría a suceder en la cuesta del Chañar?

Las árganas de su mula llevaban estatuitas de santos, talladas sobre maderas regionales por artesanos descendientes de aquellos que formaron los jesuitas en sus conventos y postas de Santa Catalina, Jesús María, etc. Había una de valor especial que representaba a San Gerónimo, patrono de Córdoba, a cuyos pies se leía lo siguiente: "San Gerónimo patrón, sácame de la aflicción."

Fué bendecida por el mismo cura Brochero cerca de Yacanto, donde lo encontraron enhorquetado en su bendito y popular burro de sobrepaso; también lo hizo con toda la caravana, augurando buen viaje, al tiempo que prevenía en el oído del tropero, algo referente a Eulalia, que ella adivinó favorable para su tranquilidad.

Pero la alternativa no se hizo mucho esperar... Bajando ya los Gigantes, con las cargueras seguras, libres de freno y de bridas, toparon de manos a boca, en el desfiladero curvado, a un sanjuanino, de gran menta por sus *hechurías* del otro lado de la sierra.

—Véia, si hasta ricuerdo cómo le decían; era el *Ojito Zuurcío*, se llamaba *Lindor* Paredes, y era fierazo pa retruco del nombre.

—¡Al diablo! ¡Qué conflicto para cruzarse en la estrechura! — le comento.

—Sanjuanino chiiquito, qu'ensillaba mulaj ¡grandoootaj! — continúa el viejo, entusiasmado. — Se largaba en reedomonaj nomá por lo cerroj a cachetada limpia con laj mulaj brava. ¡Fiijesé!

—¡Qué coraje! Domaba entre precipicios, ¿eh?

—Sí, pó, sí. Pero eta ve tráiba mulaj mansa... El enojau risultó él.

Sonríe mi interlocutor ante las visiones del recuerdo.

Cambiáronse los hombres afectuosos saludos. Eulalia, que siempre fué guapa y tuvo presencia de ánimo, esta vez temblaba mirando al sanjuanino y sintiéndose a merced de dos varones recios, sola con ellos en la montaña. Muchas veces había experimentado sensaciones de grandeza, inspiradas en el quietismo de las moles o en el despedazamiento de una chicharra...

Más susto tuvo cuando Paredes inició para ella un parloteo semejante al que en otras ocasiones le soltara para conquistarla allá en su pago. Palabras que pesaron demasiado sobre el jinete Cuevas, pues era materialmente imposible aparearse como el galán hubiera querido.

—¿Qué sería de ella, si los hombres se ponían de acuerdo? ¿Hubo meditación por parte de don Serva? — pensaba vertiginosamente la muchacha.

Servando interceptó miradas deseosas, y según él, presentía exactamente las ideas que la presencia de la chinita sugirió al sujeto. Entonces los nativos se extasiaron en una tensión enérgica.

—¡Y güeno! — dijo Cuevas. — ¿Cómo vamu'arreglá eta cruzada? — No esperaba por cierto, el ofrecimiento de volverse de parte de su encontrado.

El eco de las cumbres repitió un diálogo ascendente; don Serva estaba, sin duda, en más derecho, pues Paredes sólo dos mulas traía y sin carga alguna. Nuestro gaucho tenía bien entrevisto el pensamiento siniestro del sanjuanino. ¡No era posible! La monstruosidad que le discutía vendría rápidamente precedida de otra actitud. Si él se achicaba y hacía girar las bestias sobre ellas para volverse, correría en la evolución un riesgo en cada una; además, iba a quedar de espaldas a Lindor, e inmediatamente subseguido por él, según la posición que la estrechura ordenaba. Y era clarísimo que el otro ansiaba matar, saquear y ser dueño de Eulalia.

Ojito Zurcido, mostrándose tal cual era, cortó los razonamientos de Cuevas, exclamando:

—¡Olliii, perro endiablao! Estamo ande se taapa la hueiaa con el cuerpoo; si querí caamíno, abrímelo en la panza... — Sonó rara, la muy cantada fonética del sanjuanino, que se apeó, al tiempo con el cuchillo en la mano. Cuevas hizo lo mismo descolgándose del lado del lazo, entre la pared de piedra y el cuerpo de su mulo señuelo. (No hubiera aflojado yendo solo, lo iba a hacer yendo con china. ¡Nunca!)

Apenas si había cancha para que los hombres dieran rienda a los visteos defensivos y ofensivos. Ambos tenían atrás la mirada mansa de bestias indiferentes; a un costado la muralla natural, y al otro el vacío. Así se llevaría a cabo una definición a muerte, para destapar la hueya...

—¿Y sus perros, don Servando?

—Mi perroj t a b a n hartoj de almorzá con Parede en la plaza 'e Córdoba. Si por ella hubiera siio, lo dan la hueia nomá, tirando tuitaj laj mula al abismo. Ademá, ió no se loj animé, noo; si era obligación peliálo..., sí pó.

En lo mejor del duelo estaban, con encarnizamiento felino; los brazos izquierdos parecían envueltos en retazos que eran ponchos destrozados por los filos... Eulalia bajó rápido de su cabalgadura, y pareciendo hacerse cargo de la situación, hizo retroceder lo que pudo a la tropa para dar más espacio a los combatientes.

—¡San Gerónimo patrón, sácame de la aflicción! — repetía sin cesar, aguijoneada por la nerviosidad. De súbito una idea montaraz hubo en su cerebro; trepó al mulo de don Serva, desprendió el lazo, lo embramó en una raíz fuerte, saliente del farallón, y con la armada lista esperó el momento de meterlo *hasta las patas* del sanjuanino malevo. Lo tenía bien sujeto al pegual del recado, pero debía enlazar de frente, por sobre la cabeza de Servando, a un hombre de mucha vista; la prueba era ultradifícil.

En eso, don Serva pierde pie, y empujado por su feroz agresor cae en el vacío; Eulalia, abriendo grandes los ojos y la boca, eleva el brazo como en manotón de ansia, y al bajarlo da un guascazo con la armada a su tropero amigo, quedando éste suspendido de media espalda... ¡Oh, proeza gaucha!

Cuando Lindor se agachaba para verlo despeñarse, una cinchada rápida hecha con el mulo montado por Eulalia, le trajo al contrincante nuevamente a su nivel. La amazona aflojó un [illegible] el lazo, y Servando, cubriéndose la cabeza con el tajeado poncho de la izquierda, atropelló bravío llegando con su punta al antebrazo del rival; el arma de éste elevóse unos metros en semicírculo para caer destellante sobre las piedras del acantilado.

Gran conflicto interior se le produjo a Cuevas, hombre reflexivo por excelencia. No sabía si Dios querría cobrarle en sus manos las tres muertes (conocidas) que adeudaba Ojo Zurcido.

—¡Abrime camino en la panza! — le había gritado el bandido al desafiarlo, y ganas no le faltaban de hacerle una *tocadita* por el *triperío;* pero le dolió desgraciarse matándole, y en esa forma, después del combate. ¡No, no! Transcurrió el minuto; Dios no se lo ordenó. Antes bien, las bestias del sanjuanino, echadas mansamente descansando, le sugirieron la posibilidad de pasar con su tropa por encima, pues la mula serrana es animal de muy cauteloso pisar.

—¡Tuavía puedo agarrá piegraj! — gritó el contrincante, agachándose entigrecido.

—¡Parate, bárbaro! ¿No vi que tái zurdo? Iá sé cómo vamu'arreglá ete pleito. Mirá tuj mulaj echada pa enseñarte 'l arreglo... — Efectivamente, ambas mulas de Paredes reposaban una tras la otra.

Y serenados los ánimos o subyugado el vencido, Cuevas explicó la sugerencia que consistía en tumbarlas del todo, ponerles las trabas para mayor seguridad, y así dispuestas en forma horizontal, hacer pasar sobre sus patas o sobre sus paletas a las que venían en sentido contrario.

Tal fué el arreglo ingenioso para el grave conflicto suscitado en la estrechez de un desfiladero, que hubo de llevarse una vida en solución.

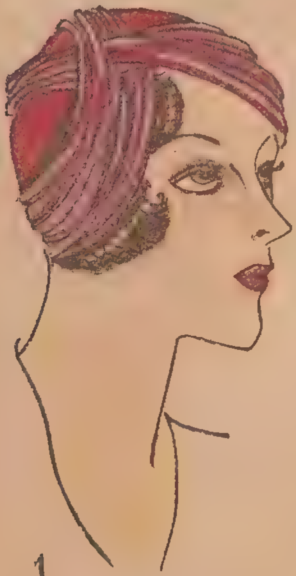
Junto al viejo narrador de este pasaje, tendiente a demostrarme la superioridad hasta de los animales de antaño, está sentada la Eulalia, con más de sesenta años de cariño para el hombre a quien enlazó en el aire...

En un altarcito agreste y original, se venera en el rancho la estatuita salvadora...

Me despido emocionado de los *dueños de los años* (él tiene noventa y ocho; ella ochenta y dos); monto en mi *colorao;* leguas hay hasta mi casa. ¿Llegaré con sol adentro?

FIN

Lo que se LLEVARA








1. — Sombrero turbante de terciopelo rojo. Las dos tiras drapeadas que forman el turbante se cruzan sobre la cabeza y se anudan en la parte de atrás.

2. — De castor azul este pequeño sombrero, adornado con una cinta del mismo tono.

3. — Este tapado está confeccionado en género inglés, color gris beige. Está adornado con recortes y gruesas costuras. El cuello y la corbata de piel de nutria.

4. — Tapado gris, de paño. Es de corte recto y está adornado con recortes y gruesos pespuntes. Cuello y aplicaciones de piel en las mangas.

5. — De género grueso de lana color azul este tapado de líneas muy elegantes. El cuello de piel puede llevarse abierto o cerrado.

6. — Vestido de tela de lana escocés, para niñas. Lleva un canesú liso. Cuello y cinturón de seda rojo.

7. — Este tapado es muy elegante, y se presta para paseos solamente, pues es de mucho vestir. Está confeccionado en género liviano de lana, color arena, y está adornado originalmente con piel marrón obscura que contrasta admirablemente con el color del saco.

8. — Tapado de líneas sencillas. Está adornado con cortes que terminan en gruesas costuras. Está confeccionado en paño rojo, y como cuello lleva una écharpe en dos colores, beige y marrón, que puede ser tejida con lana.

9. — En gruesa tela de lana para tapado ha sido confeccionado este modelo, sencillo, pero muy sentador.

10. — Sombrero de terciopelo color esmeralda. Es todo drapeado, y en la orilla, a manera de diademas, lleva una trenza del mismo material.

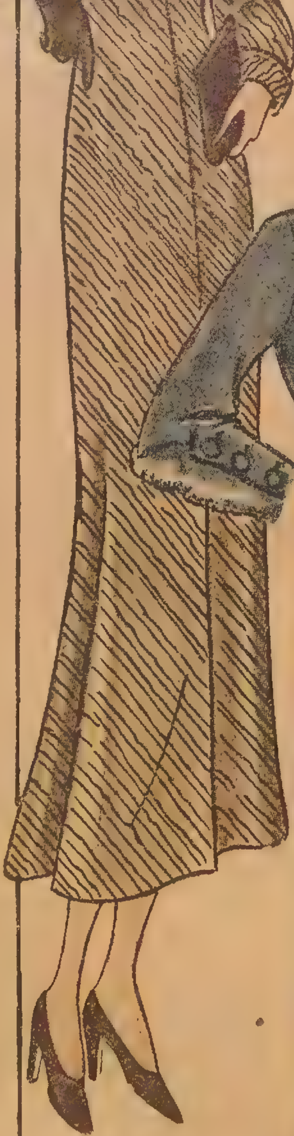
11. — Este sombrero es de taupé color marrón. En la copa lleva como único adorno una serie de pliegues colocados diagonalmente.

12. — Este tapadito está confeccionado en paño gamuza color marrón, y adornado con terciopelo en el mismo color más obscuro.

13. — Resulta una combinación muy bonita esta pollera negra de lanilla con una blusa escocesa en naranja, verde y negro.

14. — Vestido para paseo, de lanilla color banana, adornado con tiras drapeadas y original cuello en color marrón.

15. — Este traje de jersey de lana está adornado con recortes y grandes botones.









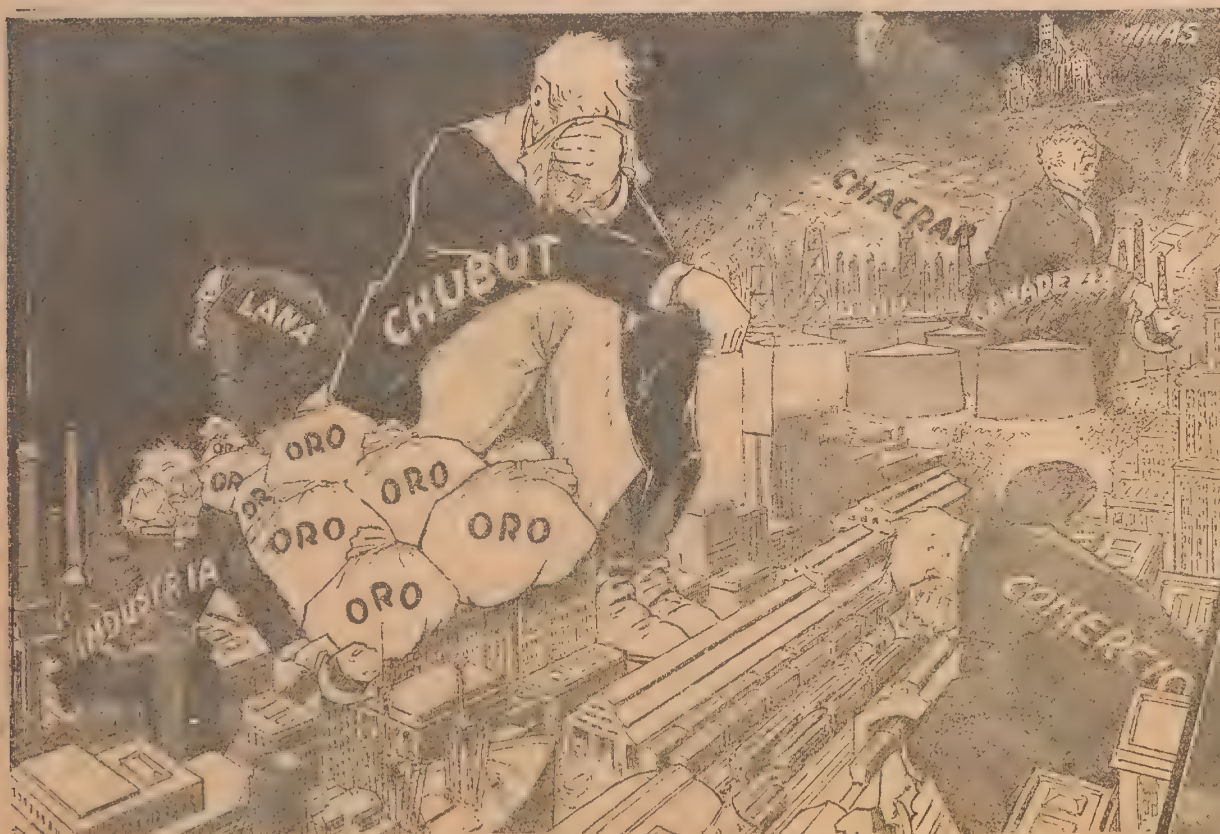


este INVIERNO



CHUBUT *puede* CONVERTIRSE *en un* EMPORIO *de* RIQUEZA

UN REPORTAJE DE
Arturo Z. Galván



Esta sería la situación del Chubut: sus riquezas naturales representan mucho oro, pero como nadie se ocupa en explotarlas, resultan desgraciadamente inútiles, mientras la industria, la ganadería y el comercio nacionales se desesperan bajo el infortunio de la crisis económica.

EL MEJOR TRIGO DEL MUNDO SE PIERDE. — NECESIDAD DE QUE SE HAGA UNA EFECTIVA ENSEÑANZA AGRÍCOLA. — COMODORO RIVADAVIA DEBE SER EL GRAN PUERTO DE ULTRAMAR. — FUTALAUQUEN Y OTROS LAGOS ENCIERRAN BELLEZAS QUE NO PUEDEN IMAGINAR QUIENES NO LOS HAN VISITADO

UNA verdad dolorosa, infinidad de veces repetida: los argentinos no conocemos nuestro país. Y de él lo más desconocido para la inmensa mayoría es la Patagonia. Cuando se pronuncia el nombre de esta vastísima región que corre hacia el polo encerrada entre el Atlántico y los Andes, esa palabra sólo nos sugiere dos ideas: Comodoro Rivadavia y Ushuaia. Y de ambos puntos sabemos apenas, y las sabemos mal, dos cosas: que en el primero existen unos yacimientos petrolíferos, y en el segundo un presidio donde se alojan los criminales más peligrosos de nuestros anales policíacos. Con eso terminan nuestros conocimientos geográficos respecto de una tierra que es nuestra, que nos pertenece y que encierra en sus entrañas un conjunto formidable de riquezas inagotables.

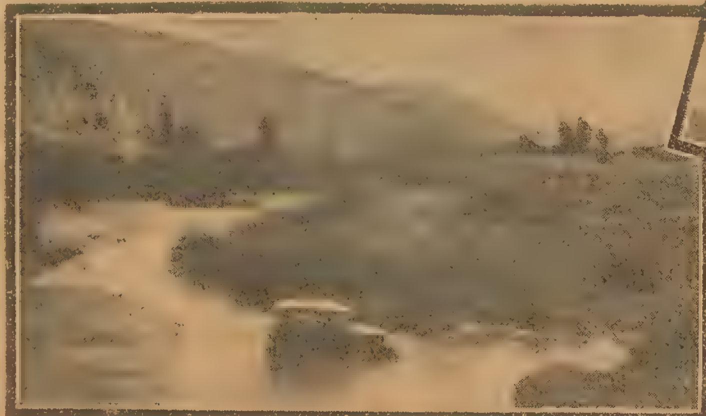
Con tal convicción hemos aprovechado la estada en Buenos Aires del gobernador del Chubut, señor José Manuel Baños, para conversar acerca de algunos tópicos vinculados a la vida y las necesidades de ese territorio, seguramente el más rico y el de más brillante porvenir, no solamente de la región aludida, sino también del país. De más está recordar la importancia sobresaliente de la industria petrolífera; pero a ella deben agregarse los renglones de agricultura, sin ninguna excepción, y ganadería, que, casi inexplotada, da rendimientos asombrosos en lo que se refiere a calidad.



No solamente el Chubut ofrece millares de hectáreas para ser cultivadas, sino que posee bellezas tan incomparables como la del lago Futalauquen.



La producción agrícola más admirable se obtiene, entre otras zonas, en Hoyo de Epuyen, donde se cosecha una fruta de extraordinaria calidad, comparable a la más reputada del mundo.



En ciertas partes del lago de Futalauquen los autos lo vadean con facilidad, cosa que hacen algunos turistas que visitan aquellas hermosas regiones.



Otra vista del pintoresco lago de Futalauquen. Un poco a la izquierda se encuentra el pequeño embarcadero.

Con legítimo orgullo y sano entusiasmo, el gobernador nos habla de las cosas de aquellas tierras. No ha esperado su designación para conocerlas, pues se trata de un antiguo poblador y productor, con veinte años de residencia en el territorio, donde ha desarrollado una laboriosidad fructífera e inteligente. A través de sus palabras se recibe la sensación de una sucesión de costas, pampas, selvas, bosques y sementeras maravillosos que desfilaran como en un film.

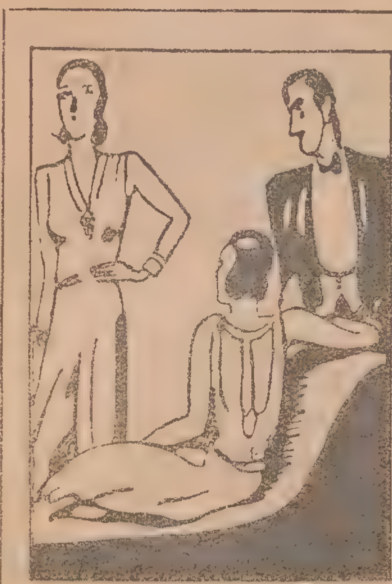
EL PROBLEMA DE LA TIERRA

— Uno de los principales problemas para el Chubut, si no el más importante — comienza diciéndonos el señor Baños, — es el de la tierra pública. Es imprescindible, para poder hacer obra efectiva y lograr el progreso de aquellas regio-

nes, propender a la radicación de los que cultivan esos campos. Los ocupantes, actualmente, resultan intrusos, tanto el que está radicado desde veinte años atrás como aquel que arribó la semana pasada. Sobre todo en la región precordillerana, zona rica por excelencia, ese fenómeno se repite sin solución de continuidad.

"Debe darse posesión de esas tierras — continúa — a los hombres que las trabajan y otorgárselas definitivamente, una vez que se haya comprobado que son capaces de hacerlas producir y de prosperar en ellas. Existe allí un porvenir brillante; una enorme extensión de terreno se encuentra sin explotar debidamente, en primer término por la circunstancia anotada, y además por la falta de conocimiento, por la ignorancia de los que se dedican, por ejemplo, a la explotación frutícola. Resuelto el problema de la tierra e implantada una enseñanza agrícola capaz de satisfacer las necesidades de esos hombres del campo, se habrá logrado un resultado sencillamente maravilloso.

"Y esa es, precisamente, una de las preocupaciones que mayor interés merecen de mi parte. Entiendo que es mucho lo que falta por hacer en favor del Chubut, y he comenzado mis gestiones por ese lado, no solamente en procura de la satisfacción personal de realizar una iniciativa provechosa, sino también por razones de nacionalismo. Entiendo que la mejor escuela de patria es esa: lograr una producción fructífera, para asegurar el bienestar de los pobladores y hacer de éstos hombres de paz y de trabajo."



— Juan y yo nos casamos en el mes de noviembre. ¿Crees que eso es de buen augurio?
— Lo ignoro, querida... Todavía no me he casado en noviembre.
(De "Moustique", Charleroi)

EL MEJOR TRIGO DEL MUNDO

Continuamos la conversación, que toca tópicos sumamente interesantes, especialmente por lo desconocidos que resultan para quienes apenas vislumbran desde aquí el panorama patagónico, y así nos vamos enterando de que en el Chubut existe una región cuyas tierras producen mejor que ninguna otra del país. Son de una feracidad tal, que, como vulgarmente se dice, "prende allí lo que se eche". Gracias a eso, es dado lograr, al cabo de ocho años, árboles enormes, de un desarrollo similar al que podrían alcanzar en otras regiones, famosas por su fertilidad, en un tiempo mucho mayor.

— Repollos de este tamaño — nos expresa el señor Baños, haciendo con ambos brazos abiertos una ademán que puede parecer exagerado, pero que no lo es. Y en seguida agrega: — Allí se produce, no les quepa duda, el mejor trigo del mundo. Su peso específico, sus condiciones alimenticias, son superiores al recogido en cualquier otro sitio; pero resulta que no se le puede exportar, porque para ello debe venir a Bahía Blanca o a Buenos Aires, de manera que entre mermas naturales, fletes y otros gastos, su venta, lejos de dejar beneficios, produciría pérdidas considerables. Es así cómo en los molinos harineros de aquellos puntos se ven, amigos míos, enormes pilas de bolsas conteniendo trigo, con las cuales los molineros no saben qué hacer...

Tras otras consideraciones, agrega el gobernador del Chubut:

— Asimismo he de empeñarme en que se termine la construcción del puerto de Comodoro Rivadavia, y no me cabe duda de que cuando se aquilate la importancia que el mismo está llamado a tener, no se ha de titubear más. A él podría afluir toda la producción chubutiana, que no se reduce al petróleo, porque es enorme, no solamente en los renglones de la agricultura, sino también en los de la ganadería. En el Chubut, y especialmente en la zona cordillerana, se consume carne vacuna y lanar exquisita, porque sus pastos favorecen al ganado prodigiosamente. Un plato hecho con aquella carne es un verdadero manjar. Y volviendo a nuestro asunto: en pocos años, Comodoro Rivadavia llegaría a ser el gran puerto de ultramar que nuestra Patagonia necesita. Su movimiento superaría a muchos de los que figuran en los primeros lugares de la estadística, y, al mismo tiempo, se lograría la descentralización que perjudica a Buenos Aires y otros centros de población.

ENORMES EXTENSIONES FERTILISIMAS

En seguida nuestro informante comienza a citar nombres y cifras:

— La producción agrícola más admirable se obtiene en las zonas de Esquel, Trevelín y Río Grande y sus adyacentes, de Cholila, Golondrinas, Hoyo de Epuyen, zona del lago Puelo, El Maiten, etc. Como ya dije, las frutas que se logran en tales parajes, no tienen comparación posible.

Luego nos explica que las regiones aludidas deben comprender unas trescientas mil hectáreas. (¡Si hay donde sembrar en semejante extensión de tierra!...) Solamente el valle de Trevelín comprende una superficie que puede calcularse en 75.000. Además, merecen citarse unas 55.000 que corresponden a Gualjaina, donde podría instalarse una espléndida colonia mixta, que contaría con abundante riego proveniente del arroyo Pescado. También podría establecerse una gran colonia en Corcovado, que comprende 25.000 hectáreas muy aptas para la agricultura, con riego y sin él.

Después agrega el señor Baños:

— Apartándonos de la región precordillerana, nos encontramos con Colonia Sarmiento. Es este un valle de más de 125.000 hectáreas; pero necesita obras de regadío. Una vez que se cuente con ellas, la Argentina tendrá en ese lugar, posiblemente, la colonia más formidable que pueda imaginarse. Está a sólo 200 kilómetros de Comodoro Rivadavia, en una superficie absolutamente plana y totalmente rodeada de montañas, a la que, mediante las obras de referencia, se harían llegar las aguas del río Senguer, en caudal suficiente para que ese elemento no faltara en lo más mínimo. Ello sin contar la reserva que representa el caudal de los lagos Muster y Coll-huel Huapi.

"En Colonia Sarmiento — termina expresándonos el gobernador — está probado que puede producirse todo lo producido por el valle del Chubut, situado cien leguas más al Norte."

ADMIRABLES ZONAS DE TURISMO

Continuamos conversando respecto de otros asuntos, y en esa forma llegamos a un punto altamente interesante. El turismo no es explotado en el Chubut, y, sin embargo, ese territorio encierra parajes donde la Naturaleza parece haber satisfecho todos sus caprichos en un estupendo torneo de belleza.

— Para guiar las vías de turismo — nos dice nuestro entrevistado — puede tomarse como punto medio la localidad de Esquel, pueblo bonito y confortable a pesar de la distancia que lo separa de Buenos Aires. De allí partimos hacia el Oeste en procura del lago Futalauquen, que se encuentra a una distancia de nueve leguas, y para llegar al cual es necesario atravesar el valle de Trevelín e internarse en el bosque. El paisaje, que es siempre admirable, soberbio, indescriptible, parece superarse a sí mismo a la llegada a Futalauquen, donde se presenta a los ojos del viajero el soberbio e inimaginable espectáculo de cuatro lagos: el nombrado, el Kruger, el Menéndez y el Cisne, que se suceden uno a otro, unidos por "rápidos", corrientes de quinientos o mil metros cuyas aguas corren con una rapidez vertiginosa. Existen allí selvas maravillosas, además de los imponentes glaciares, al fondo del Menéndez, cuyas nieves perpetuas descomponen los rayos solares en mil combinaciones que parecen cosa de milagro...

"Hacia el sudeste de Esquel, igualmente encuentra el excursionista cosas maravillosas, en la zona del río Grande, a la cual se arriba pasando también por Trevelín. Luego se costea el río, y una selva hermosísima, donde los matices más variados regalan la vista prodigiosamente, acompaña al viajero hasta llegar al lago Situación. A éste le siguen los denominados número Uno, Dos, Tres, Cuatro y Cinco, cuyos contornos encierran bellezas que difícilmente puede describir el lenguaje humano. Aquello hay que verlo para admirarlo y poderlo juzgar.

"Lo más notable — añade luego nuestro informante — es que el turista puede "empalmar" desde Bariloche con las estupendas regiones chubutianas, pasando por el Maiten, El Bolsón, Golondrinas y Hoyo de Epuyen, para llegar a la zona del lago Puelo. Este tiene la particularidad de que sus aguas presentan una coloración verde, del más puro "esmeralda"; pero al extraérselas, se encuentra uno con un líquido tan cristalino como el mejor filtrado y purificado. Sería inútil tratar de enumerar las bellezas que allí se admiran: recordemos solamente la cascada del Hoyo de Epuyen, que se descuelga desde una altura de 150 metros, y la región del Turbio, al fondo del lago, que presenta una selva majestuosa, con árboles de grosor y altura inverosímiles."

Y para terminar con el tema, el señor Baños remata:

— Aquello que muy pocos conocen, es lo más grandioso y capaz de extasiar que tiene nuestra hermosa patria. Bueno sería que los argentinos se preocuparan un poco más de conocer esos verdaderos privilegios naturales...

— Sí, gobernador; pero... ¿para llegar hasta allá?...

— No crean: en verano resulta mucho más fácil de lo que parece. Con toda comodidad se pueden recorrer todos esos puntos, con la ventaja de que allí han de verse, en divina sucesión, panoramas y paisajes sin iguales en la tierra...

FIN



Los cuentos de MAMA NONA

Viajando: FRANCIA

El caminante herido

Entramos en automóvil a tierras de Francia, cuyas hermosas vistas llenan de encantos el alma y los ojos. Francia es el país del estudio, de la música, las ciencias y las artes.

Aunque pequeños, Rulito y Blas visitaron conmigo los museos.

En Francia aún se siente la vida de los reyes; majestuosos jardines y palacios se conservan con la grandiosidad que fueron levantados.

Francia es un país geográficamente admirable; en su suelo los ríos y las montañas le hacen de una fertilidad asombrosa.

París es la ciudad artística por excelencia, trazada con una elegancia refinada. Es una de las más notables del mundo por sus monumentos, sus paseos sus boulevares y sus muelles. El Louvre, el Palacio Real, el Elíseo, el Panteón, los Inválidos, donde descansa Napoleón... ¡Tanto tendría que contarles de Francia, que precisaría varias semanas! He dicho los Inválidos, y quiero hablarles un poquito de este extraordinario monumento, donde reposa uno de los más grandes guerreros del mundo: Napoleón. Los restos están colocados en una superficie de cierta profundidad de la tierra, en una gran cripta, cuyo piso es de mármol de colores, severo y grandioso; la caja es de mármol negro. Todo visitante entra a una galería, que podríamos llamar un balcón, colocado como un gran círculo sobre el sarcófago que guarda las cenizas, pues eso se ha hecho en esa forma, para que toda persona que se allegue pueda ver los restos de Bonaparte inclinando la cabeza.

París fué fundado con el nombre de Lutecia, más tarde se le cambió por el de París; hoy se le llama la "Ciudad Luz", porque es la que ilumina al mundo con sus ciencias. Santa Genoveva es la patrona de París; tiene una bella iglesia, fué Santa Genoveva quien salvó la ciudad de la invasión y el saqueo de los bárbaros en el año 361.

Nos ocurrió un episodio terrible en una noche en que regresábamos de Versalles, el antiguo palacio de los reyes de Francia, hoy convertido en museo. Contiene valiosas obras de pintura, escultura y arte en general. Allí fué donde el pueblo pidió la cabeza del rey Luis XVI y de la reina María Antonieta, a consecuencia de lo cual Francia fué declarada república en el año 1780.

Pues regresábamos de Versalles y se había hecho de noche; nos detuvo un agente de policía que recorría la carretera en motocicleta, y nos advirtió que en los bosques, desde hacía tres días, se hallaba internado un terrible bandido que había cometido muchos crímenes, asaltos de autos, robos y, por último, había dado muerte a un viajante a orillas del Sena; el pobre hombre, que había sido herido mortalmente, antes de expirar escribió en un papel su declaración; dijo haber sido robado por el famoso bandido, daba sus señas, y agregaba que en la lucha estaba seguro de haberle herido seriamente en el brazo izquierdo.

La policía había, pues, rodeado la comarca, pero advertía al que pasaba por allí que el riesgo era grande y que de ser un hombre con las señas indicadas debía cooperar con ella o al menos delatarle.

Es de suponer el susto de mis hijos pequeños y de Brígida, que en cuanto tiene miedo se echa a llorar como si fuera pequeña. Juan, mi marido, tuvo que enfadarse. Yo, en verdad, estaba teme-

(Continúa en la página 49)

¿ENCONTRARE *un* DIA *mi* VERDADERO IDEAL?

Un artículo de Clara Bow



Clara Bow no pierde el tiempo que le dejan libre sus actividades cinematográficas; en sus ratos de ocio cultiva la literatura, y es así que de cuando en cuando aparece un artículo con su firma. A su pluma se debe el que va en esta página.



Gary Cooper fué en un tiempo una de las simpatías de Clara Bow; pero como no estaba en el libro de su destino que llegara a ser su esposo, no hubo más remedio que sacrificar todas las ilusiones.



Otro que también ocupó un lugarcito en el corazón de la jovial estrella fué Harry Richman; pero estas relaciones no pudieron ser más breves, pues él empezó por el final: por querer imponerle su capricho.

HE recibido muchas propuestas de enamorados, pero más que todas ellas me interesó otra: la de entrar en el cine. A pesar de ser éste un deseo mío muy antiguo, no dejó de causarme viva sorpresa. Realmente, no es poca cosa ver convertido un sueño en la más viva realidad. Un día leí en una revista el anuncio de un concurso de belleza, a cuyo pie decía: "Mande su retrato."

Corrí a una fotografía barata, y me hice sacar unas cuantas poses. No sé cómo tuve el valor de mandarlas, porque no eran nada buenas, y, además, ya me había dicho el espejo que era por demás baja y gorda y que tenía una cara muy cómica.

Me olvidé de tal concurso, hasta que un día recibí una carta en que solicitaban mi presencia en los escritorios, para una prueba.

Tenía entonces quince años, y no poseía traje fino alguno, y así fué cómo con un traje modestísimo me presenté en los escritorios acompañada de mi padre. Al llegar me encontré con una gran cantidad de jóvenes que bajaban de automóviles, y que a mí se me antojaba que llevaban los trajes más elegantes del mundo. Yo quería volverme a casa, pero mi padre me lo impidió.

Luego de la prueba, esperé varias semanas el resultado, y lo único que me dijeron fué: "Deseamos que usted trabaje en películas."

Estas palabras mágicas me abrieron las puertas para toda clase de aventuras; desde el principio mi nombre se unió a una cantidad de asuntos, en los cuales yo nada tenía que ver.

Corrían rumores de que yo me enamoraba o dejaba de enamorarme con una facilidad asombrosa y de que me comprometía cada día con un hombre distinto. Verdaderamente, no tenía tiempo de tomar en serio las locas proposiciones de amor que me hacían, porque empleaba todo mi tiempo en perfeccionar mi educación y hacer ejercicios para adelgazar.

Pensé que no debía casarme con alguien que no trabajara en el cine; pero he cambiado de idea; los hombres que hacen vida común, no nos comprenden; se sienten celosos de los hombres con quienes una trabaja, y no nos creen, cuando llegamos tarde, que la demora se debe a haber tenido mucho trabajo.

Cuando hago una escena de amor, no pienso jamás en el hombre con quien trabajo. En ese momento es sólo un instrumento de trabajo; en cambio concentro toda mi atención en la cámara, en el ángulo de mi cara y en tener gestos que produzcan simpatía. Los besos que recibo, ni siquiera los noto.

A pesar de que muchos enloquecen por mí en la pantalla, muy pocas veces encuentro mi "ideal", y aunque se me supone una mujer de suerte, mis asuntos de amor no van siempre sobre ruedas.

Una sola vez hice una escena de matrimonio. El resto de las veces,

(Continúa en la pág. 61)



Una FALSIFICACION INOLVIDABLE

Cuento policial de R. L. HADFIELD

Hay hombres que a pesar de evidenciar una gran sangre fría en sus actividades, pierden la serenidad cuando más la necesitan. Tal le aconteció a un falsificar de billetes de banco, que huyó cuando la policía lo visitaba para pedirle un consejo, despertando así la sospecha de las autoridades, que de inmediato lo persiguieron.

LA conversación que en la espléndida mansión del señor Price sostenían aquella noche se refería pura y exclusivamente a las actividades de un habilísimo falsificador de billetes de banco que desde hacía tiempo tenía a mal traer a las autoridades policiales. Los allí presentes eran todos personas de gran fortuna: banqueros, especuladores, rentistas, etc., y estaban de acuerdo en afirmar que el tal delincuente llevaba miras de no ser atrapado nunca. Price, cuya espléndida casa asombraba a todos, era el más optimista.

— Es absurdo suponer que nuestras instituciones bancarias deban temer por mucho tiempo los manejos de ese hombre. Al final tendrá que ser atrapado.

Un murmullo de aprobación acogió estas palabras, y tras pocos minutos de conversación la reunión se disolvió. Empero, las predicciones de Price no se veían cumplidas. Día tras día nuevos billetes de banco falsificados aparecían en circulación. El delincuente tenía una habilidad suma en tal trabajo, pues la imitación era casi perfecta. Diariamente los bancos advertían a sus clientes el peligro que corrían, pero todo era inútil. Los más afectados eran los dueños de las agencias de cambio, que al final del día encontraban en su caja gran cantidad de billetes falsificados recibidos a cambio de dinero bueno.

Cierto día apareció en las columnas de los periódicos un aviso solicitando un sirviente. Nada de extraño había en esto, pero sí lo había en la clase de trabajos que había desempeñado. Lo cierto es que el sirviente aceptado entró en la casa sin haber visto la cara a su patrón. Grande fué su sorpresa al comprobar poco después que su tarea como sirviente sería ínfima. Su patrón, un individuo de apellido Blank, le dijo que su trabajo consistía en comprar billetes de lotería. Le dió varios billetes de banco y lo instruyó sobre la forma cómo los obtendría. Como se comprenderá, este Blank era el falsificador que con tanta habilidad había logrado falsificar billetes de banco y hallado un procedimiento ingenioso para librarse de ellos.

Mas, al cabo de un tiempo, la policía, que debido a la gran cantidad de billetes falsificados que diariamente aparecían en las casas de cambio y lotería, mantenía a éstas en estricta vigilancia, se percató de los frecuentes viajes del sirviente, y comprobando que todo el dinero que traía era falso, lo detuvo. Toda la ciudad lanzó un suspiro de satisfacción creyendo que al final se había logrado detener al famoso y hasta entonces desconocido falsificador.

Mas pronto vino el desengaño. Las declaraciones prestadas por aquel pobre hombre fueron comprobadas y allanada la casa en que servía. Pero el falsificador había ya volado sin dejar allí huella alguna de sus verdaderas actividades. Pasaron algunos días; la máquina policial se puso en movimiento, pero nada se obtuvo. Y lo peor era que los billetes iban apareciendo cada vez en mayor escala. Era indudable que el hábil delincuente tenía su cuartel colocado en algún otro sitio. Tras arduas pesquisas logróse al fin localizarlo. Cuando las autoridades creían ya poder atraparlo, el pájaro voló nuevamente.

Indiscutiblemente, los banqueros sufrían terribles consecuencias. Era ruinoso advertir a sus clientes que el dinero que traían para depositar era falso, pero más ruinoso aún resultaba el hecho de que sus cajeros no fueran capaces de diferenciar un billete bueno de uno malo. Tal era la habilidad con que aquel hombre los falsificaba.

El señor Price se contaba entre aquéllos; a diario comentaban el asunto. Tal personaje vivía aún con más lujo que antes. Su casa era lujosísima y su mesa, cubierta siempre de platería, no suya sino alquilada. Cada vez que con motivo de alguna fiesta debía alquilar la vajilla, lo hacía dejando un depósito como garantía.

Cierta noche, mientras cenaba, un sirviente le comunicó que el platero deseaba verlo. Lo atendió, y aquél le manifestó que el dinero con que Price había abonado el último alquiler de la vajilla era falso.

— Esta mañana me lo rechazaron en el banco — dijo el platero — y vengo en la seguridad de que usted no permitirá que yo pierda el dinero.

— ¡Oh, ese falsificador! — comentó Price. — ¡Quién sabe cuándo nos veremos libres!

Y metiendo la mano en el bolsillo dió al platero el mismo importe en dinero bueno. La policía, enterada del asunto del platero, consideró que un hombre como Price, que manejaba siempre gruesas sumas de dinero, tal vez podría aconsejarla a tal efecto. Pero Price no estaba en la casa, y como acostumbraba, de cuando en cuando, a ausentarse de ella, la policía decidió volver después de algunos días. Pero las semanas pasaron, y el millonario no volvía. Esto comenzó a causar extrañeza, por lo que las autoridades comenzaron a buscarlo.

Entretanto, los detectives encargados de la búsqueda del falsificador proseguían en su tarea. Y entonces produjose un hecho que dió luz al asunto. El jefe de los detectives que buscaban a Price descubrió que trabajaba paralelamente con el jefe que buscaba al falsificador. Las huellas eran las mismas, idénticos los lugares por donde presumían estaba aquel hombre.

Al fin cayó. Fué apresado y conducido a la cárcel de Bridwell, donde se ahorcó. No se pudo descubrir dónde guardaba los aparatos utilizados en la falsificación, ni se logró que confesara recibir ayuda de alguien. Fué hecho prisionero, pero no dejó tras sí la menor huella. Confesó su delito cuando, de no haberlo hecho, una buena defensa habría podido librarle del encarcelamiento, ya que no existían pruebas en su contra.

Es indiscutible que alguien, tal vez una mujer, secundaba a Price en su trabajo, sirviéndole de "campana" y poniéndolo en guardia ante cualquier actividad policial. Lo cierto es que, a pesar los años transcurridos, hoy recuerdan en Inglaterra aquella famosa falsificación de billetes de banco que casi llegó a hacer tambalear las fortunas de muchos grandes hombres de negocios.

Y no es menos cierto que Price, de ser un poo más sereno, pudo seguir estafando a las instituciones bancarias con los billetes falsos que hacía circular. Pero ya se sabe que todos los que delinquen dejan tras sí una huella, y que esta huella, una vez descubierta, lleva sobre seguro a los encargados de la pesquisa.

¡Pero menos mal que siquiera dejan una huella tras sí!

FIN



Al fin cayó. Fué apresado y conducido a la cárcel.

Las peripecias de PANCHO



¿Seré yo, acaso, el inventor de la pólvora?

MIENTRAS *haya* SUPERSTICIOSOS, *los* ADIVINOS TENDRAN *un* MEDIO *de* VIDA

A pesar de vivir en pleno siglo XX son innumerables las personas que siguen creyendo en los sueños, como lo hacían aquellos pueblos ignorantes que hoy han pasado por fortuna a la historia. Y lo grave es que, merced a estos supersticiosos, el gremio de los adivinos sigue haciendo su agosto. En ningún país faltan estos explotadores de la superstición.

UNA NOTA *De SARA REYLES*

NO es extraño que los sueños impresionaran a los pueblos incultos y primitivos, ya que tienen algo en sí que hacen trabajar la imaginación, y son propensos a desarrollar ideas supersticiosas.

Los pueblos antiguos creían que los sueños eran advertencias de los dioses; creían que eran las almas de los muertos las que aparecían en sus sueños; hoy día la fisiología moderna explica perfectamente el porqué de la aparición en sueños de una persona fallecida.

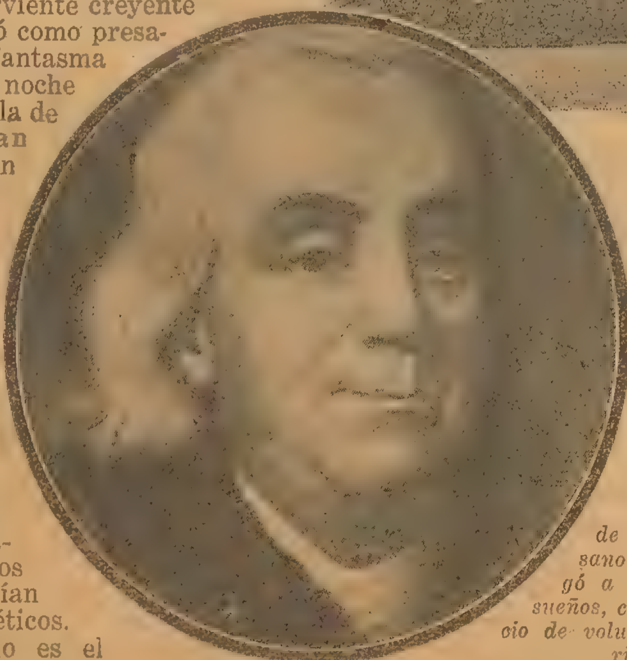
Los charlatanes y adivinos explotaron, explotan y explotarán siempre con éxito esta credulidad; los griegos, en cambio, hicieron de la interpretación de los sueños una ciencia especial que denominaron quirocrisia, y Cicerón y Plutarco compusieron sendos tratados sobre esta materia.

Claro está que en todos los pueblos o países existió y existen espíritus que rechazan esta ciencia por irreal. Aristóteles demostró en su tratado "La adivinación por el sueño", que no es posible ni cierto que los dioses envíen sueños proféticos. Demostró que el sueño devuelve al hombre sus propias impresiones, aumentadas por la imaginación. Si alguna vez algún sueño se realiza, debe uno tomarlo como pura coincidencia y jamás creer que se trata de una profecía, porque por un sueño que se realice hay miles de miles que no se realizan. Plinio está de acuerdo sobre esto, y dice que en su época los que creían en los sueños eran los ignorantes y los charlatanes. Pero es interesante, sin embargo, buscar en la historia de los hombres ilustres, y ver la enormidad de ellos que han creído en sus sueños.

Bruto era un ferviente creyente de los sueños, y vió como presagio siniestro el fantasma con el cual soñó la noche anterior de la batalla de Filipos. Otro gran hombre que también creyó en los sueños fué Franklin, y es curioso ver este espíritu recto y fuerte, que creyera en los sueños y esperara de ellos anuncios superiores.

Los griegos llegaron en sus creencias a tal grado, que construyeron santuarios a los cuales iban a dormir los hombres que querían tener sueños proféticos.

El más conocido es el Trophonius. También se iba a dormir, por los mismos motivos, a los templos dedicados a las divinidades médicas, pero en éstos eran admitidos solamente los enfermos, y en esta práctica había su razón, ya que la medicina moderna confiesa que ciertas afecciones patológicas coinciden con los sueños de ciertas naturalezas.



Hasta Benjamín Franklin, a pesar de su espíritu sano y fuerte, llegó a creer en los sueños, como el anuncio de voluntades superiores.

Mientras haya gentes supersticiosas, existirán esas adivinas y sibilas que se enriquecen a su costa.

Hoy día, que la ciencia está acostumbrada debido a las investigaciones anatómicas y fisiológicas a desechar toda explicación de fenómenos debidos a causas sobrenaturales, rehusa ver en los sueños otro motivo que el producto de un trabajo cerebral desordenado.

En su descripción del Palacio del Sueño, Ovidio dice que alrededor de ese dios están los sueños extendidos perezosamente, imitando toda suerte y clase de figuras, siendo los sueños tan numerosos como las espigas de los campos y las hojas de los bosques y los granos de arena del mar.

Rulito y Blas

(Continuación de la página 44)

rosa por el riesgo que podíamos correr, pero las madres deben inspirar confianza y seguridad a los hijos, en los momentos difíciles, de suerte que guardé silencio y el auto siguió su camino.

No habíamos andado mucho, cuando de pronto un hombre con el brazo vendado y empuñando con la otra mano un revólver se paró en medio de la carretera, y debimos detenernos. Se acercó, siempre apuntando al pecho del chauffeur con la boca del arma, y con imperiosa voz, dijo:

—Llevadme rápido fuera de esta zoña; estoy mal herido.

Juan le hizo subir junto al chauffeur, mas en cuanto le fué posible, dióle un golpe en el brazo y el arma saltó; más presto, extrajo el bandido otro revólver; yo creí que tiraría sobre nosotros, pero la prontitud de mi marido, que como buen marino posee una destreza y una fuerza incalculables, le desarmó por segunda vez. Los pequeños lloraban.

—¡Papito, no le entregues a la policía!

Brígida, clamaba:

—¡Mi señor, mi señora; salven a este pobre hombre!

Juan, con espíritu de justicia, tenía ya su resolución tomada. Mi esposo, como todo hombre de bien, no conoce más camino que el recto, el que marca la conciencia y el honor.

Además, el criminal y el ladrón son hombres peligrosos para la sociedad; las leyes se han hecho para proteger a los buenos y castigar a los malos.

No había, pues, duda de que el caminante herido debía pagar sus culpas; él había robado, asesinado; no había tenido, pues, ninguna consideración con el prójimo, ¿por qué Juan había de tenerla con él?

Era el Caín que mata al hermano sin razón, porque sí, como si el derecho de vida no fuera de todos y para todos.

El caminante herido no había respetado al viajante; le había robado de las ropas el dinero que había ganado con el sudor de su frente, con la perseverancia en el trabajo, y además le había arrancado la vida.

Juró vengarse de nosotros si le entregábamos. No tuvo súplicas su alma mala y corrompida; no tuvieron más que amenazas sus labios. Llegamos a un destacamento de policía; Juan hizo detener el auto, y lo entregó.

Seguimos rumbo a París; cuando llegamos al hotel, aunque pequeños mis hijos, oyeron de los labios de Juan estas palabras:

—Hijos míos; no se olviden nunca de lo que han visto hoy. Ese hombre ha desobedecido a todas las leyes humanas y sociales, ha querido esconderse, ha querido huir, pero el mal es así; el hambre y el dolor fueron su mejor juez, ellos le obligaron a abandonar su escondite; yo fuí el elegido para entregarlo; lo lamento, porque sólo Dios es el verdadero juez de los hombres; pero he cumplido con mi deber: tengo mi conciencia tranquila; he librado a otros hombres de morir en manos de ese bandido.

Nunca tomen en la vida el mal camino, porque él conduce al dolor; el buen camino conduce al bien.

Vidas y bienes ajenos deben ser respetados siempre, que vidas y bienes ajenos son sagrados. Nunca, hijos míos pongan una mano sobre nada que no les pertenezca.

(Continúa en el próximo número.)

¡Hola!...

¿Con quién hablo?



La chica de la tienda. — A eso es a lo que no me resigno: haber perdido la noche tontamente.

La amiga. — Y con lo frías que están las noches... Pero ya te digo: me asombra que la pieza no te haya gustado, porque mi hermano vino encantado.

La chica. — Tu hermano siempre me pareció un tipo raro.

La amiga. — Sí; fíjate que se viene de la oficina a casa y aquí se queda leyendo hasta la hora de cenar. Después da una vuelta a la manzana, y a la cama a leer. Mamá le dice que se va a enfermar.

La chica. — Entonces tu hermano ya conocería la pieza y le sacó el jugo. Eso de venirnos con piezas viejas y una chiquilina que siempre dice lo mismo, a mí me revienta, che.

La amiga. — Yo prefiero el teatro popular, como dice mi hermano.

La chica. — Sí, "Los tres berretines", por ejemplo, o "El conventillo de la "Paloma". A mí "demen" la Olinda, che.

La amiga. — Mi hermano es un engrupido; a lo mejor ni él entendió ese bodrio y lo pondera para darse corte.

La chica. — Decile que te lleve esta noche al beneficio del "Liniers". Canta "el zorzal criollo", che.

La amiga. — Eso es patria. ¡Claro que voy a ir! Hasta luego, y gracias por el dato.

La chica. — Hasta luego, y que te diviertas...

La amiga. — Hasta luego.

. . . .

La niña bien. — Es un snobismo de Raúl, Alicia.

Alicia. — No creo. A Raúl, que es un poco poeta, siempre le ha gustado escudriñar en el alma del pueblo.

La niña bien. — Que escudriñe solo, hijita, pero que no lo condene a uno a ver porquerías.

Alicia. — ¿Tan malo es?

La niña bien. — ¡Ni contarte! ¡Figúrate, un gallego, un italiano y un compadrito que se pelean por una mujer! ¡Pero qué mujer! Una guaranga, hijita; una mujer sin modales..., una..., bueno; es mejor que me calle.

Alicia. — Quizá exageres. A lo mejor, tú no llevabas preparado el espíritu para eso y te desilusionaste. No te olvides que es un sainete y que estás en contacto con los personajes típicos de un barrio con una psicología de gentes muy distinta a la tuya. Es teatro popular.

La niña bien. — Pues si eso es teatro popular, reniego del pueblo.

Alicia. — Pero al pueblo no le pasó lo mismo, y a ese teatro va el pueblo.

La niña bien. — Bueno; si mi hermano gusta de la poblada, que se vaya solo, pero que no me condene.

Alicia. — Eso es otra cosa. Te confieso que nosotros con mamá, hacemos de tarde nuestras escapaditas al teatro chico. ¡Me agrada ponernos en contacto con esas almas!

La niña bien. — Eso es maquietta, hijita, no son almas. Y al final, gustos son gustos. ¿Irás a "La Venus Rubia"?

Alicia. — ¡Claro que sí! Hasta luego.

. . . .

Luis. — Una papa, che; una primera fila.

Abel. — ¡Qué feliz! ¿Y cómo lo conseguiste?

Luis. — Propina.

Abel. — Es cuestión de arreglárselas. Hiciste bien; pero yo ni con propina, che.

Luis. — Me las di de amigo de la bailarina.

Abel. — ¿Y no has visto comedias este año?

Luis. — ¿Me has visto cara de otario a mí? ¿Comedias? Pero, ¿vos qué te crees?

Abel. — No te enojes. Hay comedias dignas, agradables.

Luis. — No te vuelvas pesado, che. A mí me enloquecen los tangos de Sofía y las piernas de las bataclanas.

Abel. — ¿Y qué me dices de la Chalita Piquer?

Luis. — Demasiado "bien", che. Muy tiesa, muy aristocrática.

Abel. — ¿Quieres venir esta noche a ver "Mirandolina"?

Luis. — Vamos ..., esos no engrupen. Es muy viejo el asunto, según he oído decir. Yo voy al Fémina.

Abel. — ¿Revista otra vez?

Luis. — Cuestión de gustos.

Abel. — Y de almas, che.

Luis. — Como quieras. ¡No te duermas esta noche!

Abel. — Cuestión de almas, compañero.

LA TELEFONISTA INDISCRETA.

LA noche era espantosa. La nieve caía en forma terrible desde hacía dos días, cubriendo de blanco la inmensa llanura bañada por el Salado y el Seco, cuyas superficies presentaban ahora una gruesa capa de hielo.

El invierno era crudísimo, y buena prueba de ello ofrecía la pelada y casi nula vegetación que en forma de raquíticos arbustos y magras hierbas crecía allí donde la helada no era tan implacable, al reparo de las piedras o en algún perdido valle de los cerros.

Los animales que habitaban aquellas regiones habían debido emigrar. La falta casi absoluta de alimentos hacía poco menos que imposible la vida. La implacable cortina blanca, interminable y terrible, caía sin cesar cubriéndolo todo, dando al paisaje el aspecto de estar protegido por un sudario gigantesco, que atravesaba los cerros, que blanqueaba los ríos, que, como albos puñados de algodón colocados por la mano del hombre, pendía de las desnudas ramas de los arbustos, raquíticos y cimbreantes, de corteza pelada como la de las cañas, y que se perdía a lo lejos, en la inmensidad desolada donde la vista no podía alcanzar, en el sitio en que el grisáceo cielo parecía juntarse con la blanca llanura.

El viento silbaba con su eterna y monótona queja. Se deslizaba por entre los arbustos, si los hallaba, y los hacía oscilar, como si bailaran, sacudiéndoles la nieve y haciéndolos gemir, doblándolos, desgarrándolos sin piedad, para ir a chocar contra las abruptas laderas de los cerros, produciendo remolinos que envolvían y enceguecían al infortunado viajero que fuese sorprendido por ellos.



Cuando las nubecillas de humo se disiparon, pudo verse al fugitivo abrir los brazos, tambalearse un instante y luego rodar hasta chocar contra el tronco de un abeto...

El Hijo

A pesar de la nieve y del huracanado viento que a veces impedía la marcha, y de la casi absoluta falta de vegetación, un hombre marchaba hacia el Norte en la tormentosa noche en que comienza esta historia.

Hacía cinco años justos que había cruzado aquel mismo terreno en viaje al Sur. Ahora lo hacía en sentido contrario; mas no volvía como había ido. Estaba casi enteramente vestido de pieles, y sus pies calzaban gruesas botas. En lugar de montar el reacio caballo que le acompañaba, debía llevarle de la brida, para evitar que huyese.

De vez en cuando se detenía al abrigo de alguna roca y descansaba breves instantes. Más de una vez se vió tentado de detenerse en forma definitiva y tenderse tras una roca procurando pasarlo lo mejor posible.

Pero si bien pensaba en eso, parecía que hasta sus oídos llegaba el rumor de otros caballos lanzados a la carrera tras su pista, y se estremecía de algo más que de frío, con un estremecimiento que venía de muy adentro, de la médula de los huesos. Era el miedo.

El espíritu aventurero y la ambición han llevado a un hombre joven a las tierras del Sur. Allí, después de muchas penurias, llega a realizar la conquista; pero su ánimo encallecido en las luchas le arrastra a las abyecciones del juego y del alcohol, y termina cometiendo un crimen que le obliga a huir a través de las tierras inclementes hacia el Norte para acogerse a la piedad del propio padre que abandonó en los tiempos de su naciente ambición. Cuando llega a la cabaña del viejo, no se atreve a descubrirle ni su persona ni el delito por que huye. En estas circunstancias llega la policía que viene persiguiendo al criminal; y cuando el viejo se entera que aquel hombre a quien hospeda con toda buena fe es un asesino, lo mata, mientras sigue añorando la ausencia del hijo. Tal es el emocionante cuento que tiene por escenario los crudos territorios del lejano Sur.

Porque el hombre que afrontaba aquella borrascosa noche lo hacía impulsado por el instinto de conservación que le obligaba, por extraña paradoja, a lanzarse en brazos de la muerte. Tras suyo venían otros hombres, y él lo sabía. Desde hacía tres días que lo perseguían.

Porque el prófugo había dado muerte a un hombre. Lo había matado a mansalva, descargando sobre él las cinco balas de su pesado revólver. El otro había rodado por el suelo de aquella cabaña de troncos en que funcionaba el almacén del Chileno, allá en Puerto Gallegos, manchándolo todo de sangre.

Él había ido allí a buscar oro, cinco años antes. Se había encontrado una veta que hizo mucho ruido y que luego no prosperó. Centenares de hombres acudieron y se volvieron pronto, desencantados.

Sin embargo, él se había quedado. Procuró trabajar, y si lo consiguió, su afición desmedida a la bebida lo perdió. Tuvo que abandonar su ocupación y vagó de almacén en almacén, la mayor parte de las veces borracho y jugando, cuando lograba reunir algunos pesos para una puesta.

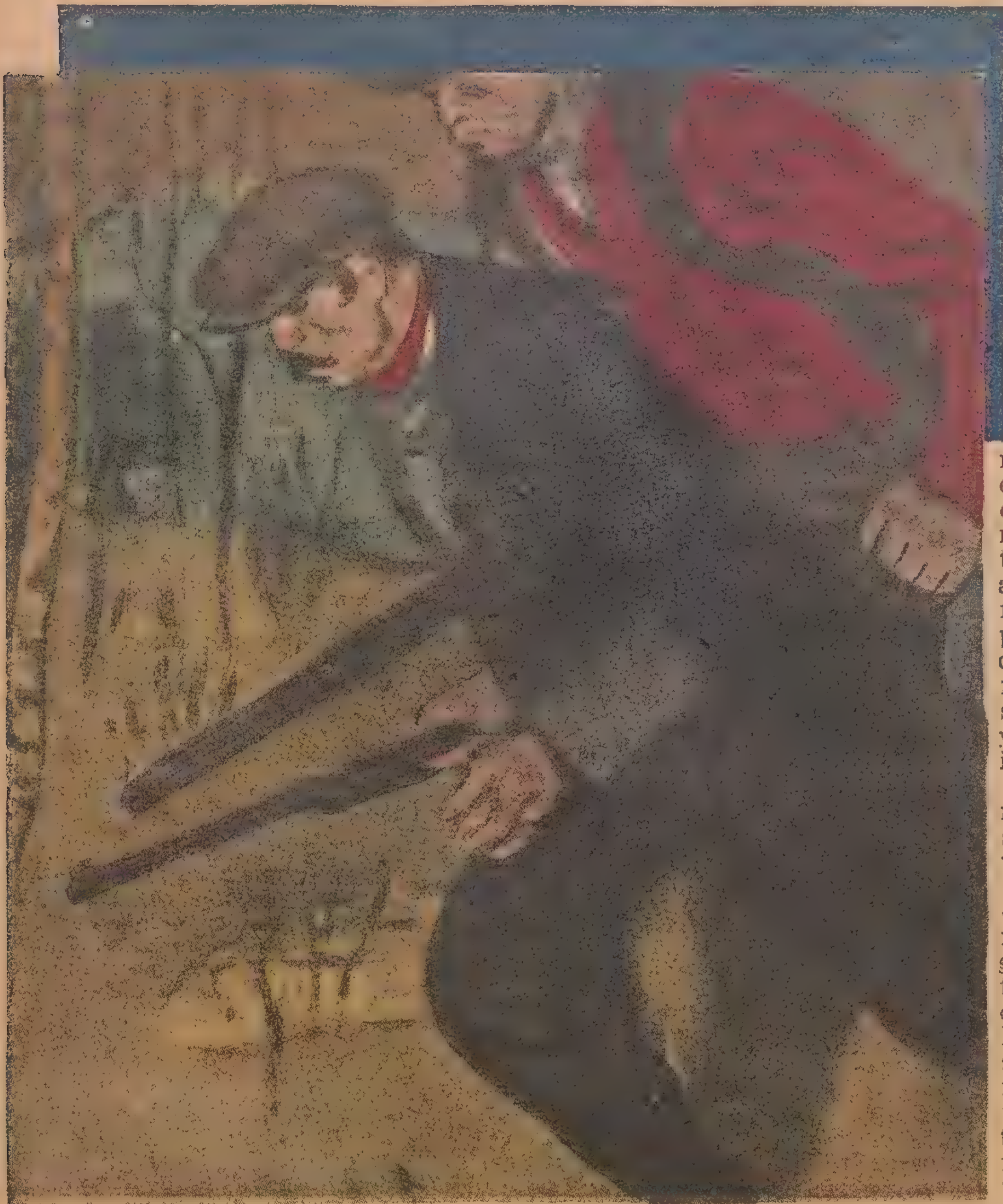
Y esa noche había jugado y había ganado mucha, pero mucha plata. Se enardeció y la apostó toda de un golpe. Y perdió.

Antes que su adversario pudiese tomar los billetes que había sobre la mesa, lo mató.

Había estado loco, desesperado, y no sabía lo que estaba haciendo cuando oprimió por cinco veces seguidas el disparador de su revólver. Luego había vuelto a la realidad. Los vapores del alcohol se disiparon como por encanto, y se quedó aturdido y aterrado. El muerto era persona de relativa importancia dentro del estrecho marco de la vida del poblado, y él le había asesinado. Si le pillaban...

Salió del boliche como una exhalación, desembarazándose de los que pretendieron detenerle, y, apoderándose del primer caballo que vió a mano, huyó hacia el Norte, hacia Santa Cruz, en cuyos alrededores vivía su padre.

Cuando se había descubierto el oro en Puerto Gallegos, él abandonó a su anciano padre,



UN CUENTO DE SERGIO D. PROVENZANO

prometiéndole volver victorioso, y al mirar por última vez antes de desaparecer por la ladera del cerro que se levantaba ante la cabaña que habitaban, vió que le saludaba con la mano, mientras sus blancos cabellos ondeaban al viento.

Ahora regresaba, ¡pero en qué circunstancias!

En cinco años su rostro se había avejentado, y el maldito veneno del alcohol tenía buena culpa de ello, además del brillo desusado de sus pupilas. Nadie hubiese reconocido en él al muchacho que había partido hacia el Sur lleno de vigor y de esperanzas.

De cuando en cuando volvía la cabeza y miraba fijamente, tratando de horadar las tinieblas. Parecíale que en cualquier momento sus perseguidores aparecerían, y, ante ese temor, ajustaba el paso, castigando despiadadamente al arisco caballo, a fin de que le siguiera.

La noche fué transcurriendo con lentitud, y sintió que las fuerzas le abandonaban. En tres días de ruda marcha sólo se había detenido en dos o tres ocasiones con el único fin de descansar y comer algo; pero no había dormido nada.

Por otra parte, si hubiese pegado los ojos, seguramente habría sido sepultado por la nieve, en medio de su sopor.

Pero ahora sentía que no podría resistir. Trazó el plan de dirigirse al entonces pequeño poblado de Santa Cruz, de donde arrancaba na línea le ferrocarril hacia l Norte, y lcanzar lgún tren, on lo que conseguiría una ventaja que podía er decisiva para su salvación.

Estaba seguro de no haber equivocado el rumbo; mas, con todo, si aquello duraba un poco, no conseguiría llegar a su destino, y aquella inmensa ábana de nieve sería su mortaja.

Ante este pensamiento, gruesas gotas de sudor resbalaron por su curtida frente, a pesar de la terriblemente fría temperatura.

Hacia la medianoche la tempestad amainó un tanto, y este breve respiro permitió al fugitivo recuperar algunas fuerzas.

Un esfuerzo más, y llegaría a Santa Cruz, a la posible libertad.

Se incorporó de entre las rocas en que se había echado, y montó sobre los lomos del animal con visible pesadez.

— ¡Mala señal! — gruñó, al notar su torpeza. Comprendía que sus miembros se acalambraban.

En la época en que transcurre este relato, el estado de adelanto de aquella inmensa región era sumamente precario. Por lo tanto, no debía temer el que huía la amenaza del telégrafo, que hubiese sido su mayor enemigo. de hoy.

En Santa Cruz estaban tan ignorantes de su crimen como en cualquier villorrio de Salta, al menos por el momento.

Todavía continuó por algunas horas su marcha, aprovechando la quietud de los elementos. Los que venían detrás poseían mejores caballos y eran muchos; pero el fugitivo habíales sacado alguna ventaja. Con ella tendría suficiente como para poner en ejecución su plan.

Así llegó a Santa Cruz en las primeras horas de la mañana. Debían de ser las cinco y el sol, habiendo cesado casi por completo la lluvia de nieve, alumbraba débilmente las rústicas construcciones de madera del poblado, cubiertas del blanco elemento, que les daba un aspecto de extraña desolación.

El fugitivo estaba exhausto. Respiraba afanosamente y se le doblaban las rodillas. Debía recuperar fuerzas, pero.. ¿dónde?

De pronto castañeteó los dedos. ¡Su padre! Miró a su alrededor, tratando de orientarse. Luego siguió por una estrecha senda entre pelados abetos y se encontró de sopetón ante la cabaña del anciano.

La contempló con un dejo de remordimiento. En aquel sitio se había él criado, había vivido durante muchos años.

A un lado distinguió el mal construído corral en que solían encerrar las pocas ovejas que poseían durante la noche, para que se cobijaran bajo el derruído cobertizo que él mismo había construído. Frente a la cabaña sus ojos tropezaron con las siluetas erectas de algunos abetos, cuyas ramas ostentaban la blanca vestidura de que también estaba revestida la construcción.

Detrás de la cabaña, y a cierta distancia, un bosquecillo de abetos y hayas, bastante tupido, completaba el cuadro, con su verde nota de alegría en primavera o su mustia blancura en invierno.

El fugitivo se acercó cautelosamente a la cabaña. Dentro había luz, que manaba débilmente de una sucia lámpara de petróleo, la misma de siempre, según constató al atisbar por una ventana.

Su padre estaba sentado ante la rústica chimenea y saboreaba una taza de café, mientras engrasaba una gran escopeta de dos caños.

El que miraba a través de la ventana se volvió y condujo el caballo hasta el corral. Luego se dirigió en derechura hacia la puerta.

Echóse el sombrero sobre los ojos y se cubrió el rostro con las solapas de su casaca de piel. Si era posible procuraría no ser reconocido de inmediato, a fin de tantear el estado de su padre y tratar de prepararle para el rudo golpe que sufriría.

Llamó fuertemente con los nudillos. Sintió una exclamación de asombro, y un segundo después apareció ante él el arrugado rostro del anciano. En una de sus manos empuñaba la escopeta, en la que había introducido dos cartuchos.

— Buenos días—murmuró el dueño de casa con desconfiada voz.

— Buenos. Estoy calado y muerto de hambre. ¿Podría descansar unos momentos y comer algo?

Tenía la cabeza gacha y hablaba pausadamente.

El viejo le contempló con escrutadora mirada, y, por fin, se hizo a un lado.

—Entre — dijo. — No encontrará mucho que comer, porque ando escaso de provisiones; pero al menos podrá descansar junto al fuego.

El prófugo penetró en la confortable y cálida habitación y suspiró, aliviado. ¡Qué diferencia había entre aquello y el infierno desencadenado, en medio del cual había luchado!

— Parece que lo agarró la tormenta — exclamó el anciano, sacando de una alacena un poco de pan y queso y llenando otra taza con café.

— Fué algo imprevisto. He quedado calado hasta los huesos.

El fugitivo se había sentado frente al fuego y ocultaba su rostro entre las solapas de su casaca.

— Tome usted — dijo el viejo, alargando los comestibles. — Ya le dije que andaba algo escaso...

— ¡No se preocupe por eso! Me doy por infinitamente satisfecho.

El dueño de casa arrimó un banco al fuego y allí se sentó. El otro le contemplaba de hito en hito, mientras comía con ansia los escasos alimentos.

Su padre había envejecido bastante, pero con todo, su rostro tenía la misma expresión voluntariosa que siempre le había conocido.

Siguió un largo silencio, interrumpido tan sólo por la crepitación de los leños que alimentaban el hogar y por el cadencioso frotar del trapo con que el viejo engrasaba la escopeta.

—Viene de lejos, ¿eh? — inquirió de pronto, sin interrumpir su labor.

(Continúa en la página 60)

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

UN HINCHA DE RIVER PLATE. — Todos los jugadores que usted nos cita son de primer orden, y es casi imposible establecer distingos entre ellos respecto a la calidad del juego que cada uno desarrolla en su puesto.

MARTHA. — Concurra a un instituto de belleza acreditado

CAMPANERO. — Lea la respuesta dedicada a "Desesperada de su esposo". Lávese también la cabeza con agua de quina. La acción de la quina es muy buena, sobre todo contra el fagocitismo que atrofia a los bulbos capilares. He aquí una receta que se recomienda:

Quina amarilla	30 gramos
Cochinilla	2 „
Carbonato de potasa	2 „
Alcohol de 90°	80 „
Agua	500 „
Esencias a gusto	Q. S.

Se prepara una decocción con la quina y el agua. Cuando esté fría, se le añaden la cochinilla y el carbonato de potasa, se filtra y se agrega al líquido el alcohol, en el que se habrán disuelto previamente las esencias. En cuanto a la cochinilla, como que sólo sirve para dar color, se puede suprimir. Puede hacerla preparar también por un farmacéutico. es más seguro.


Coronel Lorenzo Barcalá

CURIOSO DE LA HISTORIA. — En efecto, ese episodio tristemente trágico en la vida del coronel Lorenzo Barcalá, ha sido relatado sin lujo de detalles, por cierto, por un ex general de división del ejército argentino. El general Arredondo debió conocer el caso o, por lo menos, llegar a oídos de él. No vale la pena insistir sobre cosas que nunca se sabrán bien, y ni siquiera si son ciertas o inventadas. La muerte de Barcalá, acusado de conspirar contra Rosas, fué ordenada por el gobernador de Mendoza, Pedro Molina, y no por el de San Juan, que era, en efecto, donde se encontraba Barcalá. Molina solicitó al gobierno de San Juan la entrega de Barcalá, y lo fusila en Mendoza. Rosas (Ibarguren, "Juan Manuel de Rosas") felicita a Molina por ese acto y lo aplaude "como digno de imitación por todos los gobiernos de provincia, en bien de la tranquilidad pública". El original de esta carta, cuyos párrafos transcribe el historiador citado, le fué facilitado al mismo por el señor Amadeo Benítez y Ortega, y está fechado en 15 de julio de 1835. Ignoramos por qué razones esos documentos fundamentales para el estudio y comprensión de nuestra historia, en sus fuentes verdaderas o papeles comprobatorios, están en manos de particulares.

"MOROCHA" DE ALBERDI — Debe dirigir la correspondencia a esa sección, agregando la dirección de "Mundo Argentino", Río de Janeiro 800



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

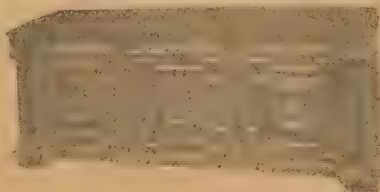
LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

ANITA PALMERO. — Horóscopo de los nacidos el 10 de octubre: Sol en Libra. Piedra preciosa: el brillante. Tendrá una personalidad no muy brillante que digamos, pero será feliz, porque ignorará su mediocridad. Personas nacidas el 12 de diciembre: Sol en Sagitario. Piedra: turquesa. Le pasará todo lo contrario a la persona nacida en 10 de octubre. Personas nacidas el 23 de septiembre: Sol en Libra (el Sol está en Libra desde el 23 de septiembre hasta el 21 de octubre). Le gustará la vida de los negocios y de los azares del juego. No será muy feliz en el amor. Buena persona en general. Destino de los nacidos el 11 de noviembre: Sol en Escorpio. Piedra: malaquita. Celoso, vida agitada, no muy sensible.

MAMA FELIZ. — Escriba directamente a ese conservatorio.

GALLO. VILLA BALLESTER. — Diríjase al juez de menores de turno, en los Tribunales, calle Lavalle y Talcahuano.

AMARGADO DE ZÁRATE. — El agua con kerosene es inmejorable para matar las hormigas estacionadas en sitios donde no hay plantas. Hay además en plaza buenos hormiguicidas. No le recomendamos el cianuro por los peligros que ofrece su uso.


Arquibanco de roble claro y negro. Reproducción de un modelo del período de Jaime I de Inglaterra.

CURIOSO GRAMATICALERO. — Arquibanco se llama al banco que sirve a su vez de arca, o al arca que ... de banco..., como usted desee...

DESESPERADA POR EL ESPOSO. — Cuando se llega a ese grado de calvicie, difícilmente se recupera el cabello. La caída del cabello es, por lo regular, debido a deficiencia sanguínea en el cuero cabelludo, a males intestinales o específicos, etc., etc. Conviene, en principio, regenerar la vitalidad del cutis devolviendo a la circulación sanguínea su fuerza, lo cual se logra manteniendo bien limpio el cuero cabelludo y dando abundantes fricciones con franelas y cepillos. En caso de que los bulbos capilares estén completamente muertos (cosa que produce la calvicie acentuada), es inútil todo esfuerzo que se haga para regenerarlos. Se recomienda muchísimo para la caída del cabello esta fórmula:

Lanolina	**1 gramo**
Alcohol	**30 gramos**

UN LECTOR DE "MUNDO ARGENTINO". — Para nuestro criterio, las tres composiciones que usted cita, tienen las mismas bondades y análogos defectos. Su mérito es, pues, parejo, y así como su demérito.

BUBY. — Primero debe naturalizarse ciudadano argentino. Concurra al juzgado federal de turno en los Tribunales, donde le impondrán de todos los trámites que deberá seguir.

R. S. ALTA GRACIA. — Hay muchos libros que tratan sobre helioterapia o cura de sol o manera de tomar científicamente los baños. El doctor Raffo ha publicado en un folleto su estudio sobre el sol y el cáncer. Puede adquirir ese estudio en alguna buena librería de esta plaza, y si no está en venta, solicitarlo al autor.

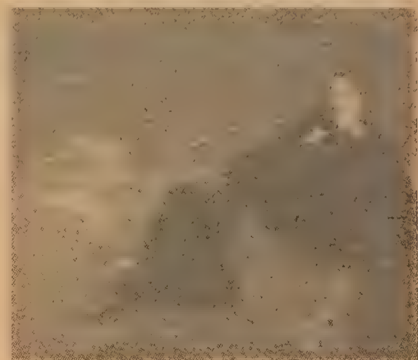
DOS QUE DISCUTEN. BALCARCE. — En el truco decir 20 reales envidos equivale numéricamente a echar la falta envido.

EL ARTE DE CONTESTAR

FUTURA EXCURSIONISTA. — No existe ningún remedio eficaz contra el mareo, pues si fuese así, nadie se marearía ya. Es verdad que, en cambio, se conocen procedimientos y fórmulas destinadas a atemperar sus efectos. Un médico alemán aconseja que para evitar el mareo se usen anteojos rojos, pues afirma que el mareo procede de la falta de sangre en el cerebro, y que el uso de los anteojos rojos la hace afuir. El doctor Sharpe, por su parte, dice que el mareo es un mal nervioso, producido por la vista de los movimientos del buque y de los objetos que se hallan en él. Como remedio, prescribe que se venden los ojos. Conviene, en términos generales, acostarse apenas se sienten los primeros síntomas del mareo, cerrar los ojos, no beber líquidos en demasía, no usar corsé durante el viaje, sino una faja, a lo sumo, y succionar un limón para contrarrestar los efectos del asco.

MARPLATENSE. — El faro de Punta Mogotes tiene un alcance de 20.1 millas.

PATAGONICO. — El censo de 1914 da para Santa Cruz casi 4.000.000 de ovejas. 2º Después de la campaña de Río Negro contra los indios, en 1879, del general Roca, la ganadería tomó en el Sur incremento notable.


Retrato de don Enrique Larreta, pintado por Ignacio Zuloaga

LAGOS. — El conocido retrato de Ignacio Zuloaga, de don Enrique Larreta, fué pintado en París, el año 1912. Puede admirarse en la casa del escritor.

UNIDOS. GALVEZ. — Envíen esas colaboraciones, que si son buenas se publicarán, sin ningún compromiso por parte de la revista.

JOSE RAMOS. — Diríjase usted por carta al mismo conservatorio que cita en su pregunta.

REGIO. — La Inquisición fué creada en Francia y no en España. Lo que pasa es que allí cayó rápidamente en desuso.

INVESTIGADOR. — Quizá en alguna buena biblioteca, o en la Nacional, calle Méjico 566, encontrará usted esa obra de José Somoza, "La justicia en el siglo pasado".

Daniel S. CHASCAMUS. — Diríjase a un abogado.

Hojeando los últimos Libros

Comentarios de LUCAS GODOY

FRANCISCO LLOBET: "LUCIEN SIMON. SU VIDA Y SU OBRA"
Edición del autor — Buenos Aires

El doctor Francisco Llobet pasa por ser entre nosotros un experto conocedor de la pintura contemporánea, y en especial, de la francesa. Coleccionista apasionado, tiene méritos indudables de seriedad y de buen gusto. En un medio como el nuestro, escaso en estudiosos de arte, el doctor Llobet tiene desde hace años un perfil muy personal.



Francisco Llobet

Su opúsculo reciente sobre Lucien Simon, que él tanto ha frecuentado y comprendido, no es, sin embargo, un análisis ceñido de su obra. En pocas páginas ha querido darnos un panorama de la vida del gran pintor de la humilde realidad bretona: desde los tiempos de estudiante en el taller de Julien — célebre por tantos motivos en la historia de la pintura francesa, — hasta los días posteriores de la consagración y del renombre. Pintor de un realismo honrado, Simon se mantuvo como tal, sin la menor violencia, aun cuando más arreciaba la tempestad del modernismo.

Las reproducciones de los cuadros de Simon que ilustran la obra del doctor Llobet, sin ser extraordinarias, están bastante bien realizadas. Figura entre ellas, el conocido "Polistas en Buenos Aires", apunte nervioso y lleno de gracia, recogido por el gran pintor entre nosotros.

RENATA DONGHI DE HALPERIN: "RELATOS DE LA VIDA GRIS"
Editorial "Lambda" — Buenos Aires

Un puñado de cuentos, algunos bastante bien logrados, forman este volumen de la señora de Halperín. Inclinada, sobre todo, a escarbar en las almas, muestra en más de una ocasión condiciones innegables de observadora perspicaz. Entre todas las formas de relato que cultiva, la narración psicológica es, por eso, la que mejor se presta a sus aptitudes y a sus gustos. Cuando aborda otras variedades, de matices más bien románticos, la vemos, en cambio, tropezar o naufragar.

Esto por lo que concierne al relato propiamente dicho, sin tener en cuenta muy estricta la prosa en que lo viste. Porque si a decir verdad nos detenemos un poco en el estilo de la señora de Halperín, mucha tela habría para cortar. La autora de "Relatos de la vida gris" no maneja el castellano con soltura. Aunque el tono general de su prosa es casi el familiar, emplea aquí y allá expresiones tan fuera de uso o tan inapropiadas que provocan efectos de un humorismo que la señora de Halperín no se ha propuesto, sin duda, conseguir.

¿Obedecen estos errores a un conocimiento insuficiente del idioma, o son por el contrario efectos de rebuscamiento y de mal gusto? No sabría decirlo. De la señora Halperín es lo primero que he leído. Pero obedezcan a esta causa o a aquella otra, se trata de faltas que pueden ser con poco esfuerzo subsanadas. Y valdría la pena que lo fuesen. En "Relatos de la vida gris" hay más de uno que se acerca a las mejores narraciones. Quizá, por eso, la novela psicológica sea el clima propicio para llevar a plena luz la totalidad de sus capacidades.

RODOLFO. — El contrabando, particularmente por marinos holandeses, estuvo en todo su apogeo en el Río de la Plata durante la época colonial. Altos funcionarios estaban complicados con esas maniobras delictuosas. Groussac, al respecto ha escrito: "Es fuerza confesar, salvo los aspavientos convencionales, que nunca se mostraba más inteligente y benéfico un Góngora o un Villacorta que cuando, haciendo la vista gorda, "ignoraba" que los contrabandistas holandeses, entre gallos y medianoche, descargaban géneros y cargaban frutos, en el Riachuelo o Palermo, en tanto que alguna lancha agradecida atracaba a la misma playa del Fuerte, o introducía unos cuantos cajones por la puerta del Socorro." Carlos Correa Luna, por su parte, en su obra "Don Baltasar de Arandia", sin hacer la apología del contrabando ni mucho menos, se refiere al mismo en los siguientes términos: "Gracias a él, en el misterio de la noche, más buscado por miedo a la chismografía que huyendo de la autoridad cómplice, Palermo o el Riachuelo se llenaban de las pilas de fardos y de las tropas de negros indispensables al tráfico comercial, que los portugueses de la Colonia y los marinos de toda Europa desembarcaban sin prisa, cambiándolos en la moneda corriente del país: los cueros vacunos. Sin el contrabando, forzosa válvula de escape de las energías económicas, la vida habría sido imposible. Es verdad que salvó la existencia comercial, a costa de los valores morales, pero, ¿cómo impedirlo?"

ALUMNO. LANUS. — En términos sintéticos, la ceremonia por medio de la cual el Dux de Venecia se casaba con las aguas del mar, consistía en arrojar un anillo de oro a las olas. Para esto se hacía a la mar en un velero cuyas lonas eran de púrpura, seguido por un cortejo extraordinariamente vistoso.

SARA RODO. CAMPOS GARAY (F. C. C. N.). — *Esas estampillas comunes, usadas ya, no tienen ningún valor.*

RITA. — En inglés cien se escribe "one hundred".

JIMENEZ. — **Cuasi quiere decir casi. En castellano existen los términos compuestos "cuasicontrato", que puede ser también "casicontrato", "cuasidelito" y "cuasimodo", en esta sola forma.**

KETTY Y TITO. — *Destinos de los nacidos el 28 de noviembre: Sol en Sagitario. (Casualmente el 22 de noviembre entra en ese signo.) Piedra: turquesa. Tendrá sus inconvenientes en el amor, que serán solucionados favorablemente. Presérvese de las desgracias en ese sentido. Destino de la persona nacida el 5 de julio: Sol en Cáncer. Piedra: ópalo. Pasiones. Disimulará sus sentimientos.*

T. P. F. — Diríjase a la Inspección General de Enseñanza Secundaria, que es el organismo indicado para tales consultas. Funciona en la calle Bolívar 65, Buenos Aires.

L. GIOR (la firma es casi ilegible). — **Su composición carece del más modesto mérito.**

FEDERICO Y MARTA. — **No contestamos, por razones que no escaparán a su buen sentido, esa clase de inquisiciones.**

CHITO. ROOSEVELT. — *Destino de los nacidos el 3 de octubre: Sol en Libra. Piedra preciosa: brillante. Carácter inquieto; no le conviene viajar mucho.*

PAYITA DE NITO. — No es posible ejercer la profesión de partera ni obtener el título "nacional" que usted menciona sin cursar los estudios correspondientes en la Facultad de Medicina. 2º Estando comprendido su caso en la resolución del 10 de enero de 1931 del Consejo Nacional de Educación, debe usted iniciar los trámites en San Luis, en la dependencia o distrito escolar que represente a esa entidad, o dirigirse directamente al mismo Consejo, en Buenos Aires, calle Rodríguez Peña entre Charcas y Paraguay.

ANTONIO CARLOS. SANTA Fe. — *La palabra de los médicos es la única que usted debe atender, en la dolencia que lo aqueja.*

TURQUITA. — Nos pregunta usted cómo se prepara la cera y qué cantidad se necesita más o menos para un dormitorio. Su pregunta es confusa, pues la cera viene preparada ya, en el comercio, salvo que usted quiera saber cómo se hace directamente, en cuyo caso, no obstante tener a la vista el procedimiento, eludiríamos responderle, pues usted no podría hacerla y le saldría un pan de cera por lo menos mil veces más caro de lo que se vende, perfectamente hecho, en el comercio. Un pan de cera sobra para un dormitorio.

FABIO. — *Demeter era, sobre todo, diosa protectora de los cereales.*

UN CORDOBES LECTOR DE "MUNDO ARGENTINO". — *A nuestro entender el sistema más práctico para coregir la mala ortografía es copiar largos párrafos, diariamente, y someterse asimismo a dictados frecuentes, corrigiendo luego los vocablos mal escritos y copiándolos determinado número de veces. El método es primitivo, pero seguro, sobre todo si no se quiere recurrir a las reglas gramaticales. Al efecto, puede serle útil cualquier manual de ortografía práctica.*

FLOR EXOTICA. MENDOZA. — Para estimular el crecimiento se recomiendan la alimentación abundante y los ejercicios físicos. No hay ningún otro procedimiento natural. Destino de los nacidos el 31 de mayo: Sol en Géminis. Piedras: agua marina o topacio. Persona de pasiones vivas, de genio vivo, carácter reconcentrado, impulsivo y de buenos sentimientos.

LAUCHITA. — *Ratonesco, como término que indica lo perteneciente a los ratones o lo que se refiere a ellos, está muy bien empleado.*

ALUMNA DEL LICEO. — Estudie en los textos de psicología, consagrados en la instrucción pública. No podemos aquí darle mayores explicaciones, respecto a su pregunta, por carecer de espacio. En cuanto al "movimiento" y su importancia en la psicología o estudios afines, nos remitimos a lo que dice Erismann: "El medio principal para la transformación del ambiente es el movimiento. Hasta los seres inferiores se valen de él: la planta vuelve sus hojas hacia el sol en la forma que le es más conveniente; por el movimiento de sus pestañas vibrátiles mejoran los infusorios su posición en el espacio. Los organismos de desarrollo ya más elevado sírvense, para la interacción recíproca entre el ser vivo y su medio, del "instinto" que regulariza los movimientos: a ciertos estímulos que les llegan del medio, responden con un movimiento preciso de reacción que en circunstancias ordinarias tiene un éxito favorable para el ser vivo. Esta forma conveniente de reacción se estabiliza al parecer en el transcurso de muchas generaciones, por lo cual fué bautizada por Hering con el nombre de *Memoria específica.*"

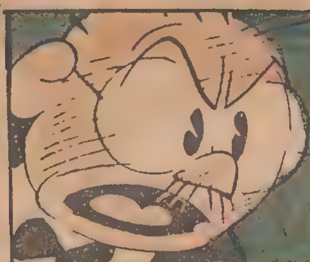
I. ASTEIN. BUENOS AIRES. — *1º Ese periodista que usted cita es uruguayo de nacimiento. 2º Es casi imposible determinar, por no haber estadísticas al respecto, el dato que nos solicita.*

J. A. SOLARI. — En las Escuelas de Comercio Carlos Pellegrini, Charcas 1851, en la de Comercio Sud, Martín García 874, en la de Comercio Oeste, Belgrano y Pichincha es donde, naturalmente, se dictan los cursos más completos de contabilidad. Los estudios universitarios se continúan en la Facultad de Ciencias Económicas, Charcas 1851. (El mismo local de la escuela de Comercio Carlos Pellegrini.)

EMILIO. — *En el ejemplo: "Se mató él mismo", el adjetivo mismo va con el nominativo en sentido reflejo.*

DON FERMÍN

POR DANTE QUINTERNO











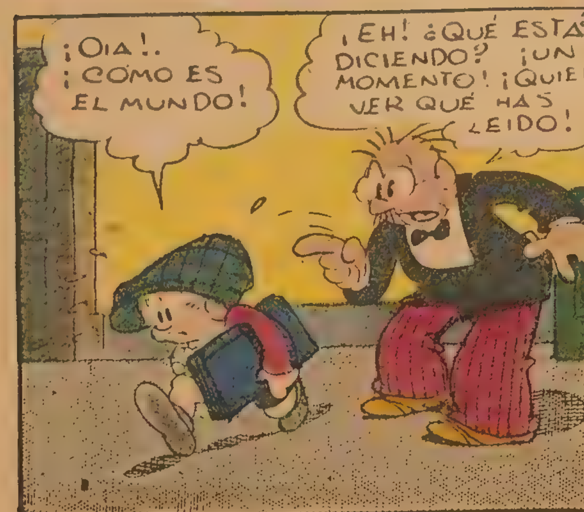




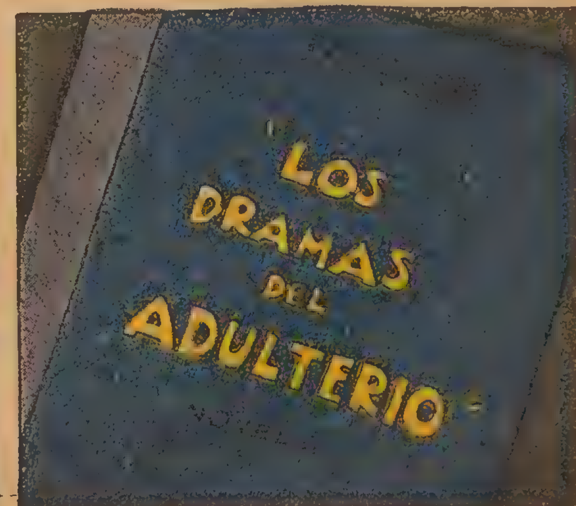












En la actualidad se publican 30.000 piezas de música anuales, de las cuales 50 o 60 llegan a alcanzar la ansiada popularidad.
En Buenos Aires habrá unos 18.000 compositores, la mayoría desconocidos. Tan sólo 10 o 15 son populares.
Hace 20 años se editaban en Buenos Aires anualmente menos de 100 tangos. En la actualidad, 70 a 80 por día.
18.000 locales públicos ejecutan música nacional.
La Sociedad Argentina de Autores y Compositores de Música recauda cerca de 60.000 pesos anuales de derechos de ejecución e interpretación.
Autores hay que han llegado a ganar cantidades fabulosas. Un ejemplo de ello es Canaro, que se ha enriquecido con el tango, y a quien se reportea en esta página.

Desde BUENOS AIRES a MADAGASCAR, dice CANARO, la carrera del TANGO ES TRIUNFAL



QUÉ no habremos ya dicho del tango! ¡Qué no habremos dicho y oído también de esa música nuestra tan vivida, tan hondamente arraigada en nosotros, que es como la expresión y la expansión misma de nuestra personalidad!

Música de sentido amplio y profundo, es como si en sus compases y modulaciones se ritmara toda el alma de un pueblo. Sólo las canciones populares rusas o españolas abarcan tanta intensidad humana, tanta fuerza de angustia física y moral. Porque esa es la cualidad suprema del tango, su mérito completo y absoluto: que nos conmueve, desde la superficialidad de la epidermis — todas las sensaciones y las emociones — hasta los estratos más íntimos del ser.



Francisco Canaro, el popular "tanguista criollo", a quien la profesión ha llegado a darle quince mil pesos mensuales.



He aquí el tango tal como se le baila en algunos países europeos.

EL ALMA DEL TANGO

En "Cuando llora la milonga", "Sentimiento gaucho", "Alma bohemia" existe algo más que un conjunto armónico de sonidos acompasados. Es toda la pasión de la vida la que palpita en ellos.

Una congoja profunda, una soberbia rebeldía, y una fuerza de dolor íntimo y bravío que se reconcentra y se muerde para no soltar en el llanto su humana debilidad, eso es lo que encierra el tango en sus entrañas.

Es música fuerte, dolorida y honda.

Por eso lo sentimos tanto; por eso, cuando en el silencio de la soledad nocturna, o en el bullicio mismo del día, al doblar una esquina nos llega de golpe y por asalto el ritmo cadencioso de sus notas, algo se agita y se estremece en nuestro pecho, como si de súbito, tocado por una mágica varita, nuestro corazón despertase a la evocación y al sentimiento.

EL AMOR EN EL TANGO

El tango, sin la exuberancia de los cantares populares del trópico, tiene una sugestión grande de sensualismo noble y sin morbosidades, hay algo así como un apasionamiento amoroso entre sus notas, como un deseo de ternura y de sueño, expresado por una voz potente de fuerza y de virilidad.

A veces suele ser compadrito y travieso, resabios del arrabal alegre y pintoresco del 1905, tango de la picardía y del "piringundín" — tan bien expresado y revivido por Ernesto Ponzio, el Pibe Ernesto mejor. — A veces es profundamente sentido y tierno: — "El pañuelito" y tantos otros de Juan de Dios Filiberto, — pero siempre, al ritmo de sus cadencias lánguidas se advierte la pasión de una raza joven y fuerte, madura en el sentimiento y nueva y fresca en la amplitud de su atmósfera moral.

DEL SUBURBIO AL SALON

El tango, nuestro tango oculto hasta hace unos años como si fuera una pecaminosa expresión de vicio o de suburbio opaco y tenebroso, ha reconquistado sus derechos, su legítima categoría artística, recorriendo el mundo de extremo a extremo, en una verdadera apo-

(Continúa en la página 61)

El DESTINO trágico de los COBURGO

El trágico destino de una de las familias más ilustres del mundo queda explicado en esta nota, en que el narrador trata de ajustarse en lo posible a la verdad histórica. Siga atentamente el lector la narración, que más parece una novela, y convenga con nosotros en que la realidad supera, a veces, a la ficción.

VAN ya más de cien años, que, al hacer mención de algún Coburgo, es para recordar que es cuñado de tal o cual soberano o ex soberano. Ninguna familia ha conseguido vincularse cual ésta a los tronos europeos.

UNA BUENA ESTRELLA REAL

Cuenta en su seno reyes, reinas y príncipes consortes en tal profusión, que la historia de esta sola familia reune en sí a toda la realeza del pasado siglo. Lo que otras familias sólo han conseguido a trueque de guerras o de astucias diplomáticas, los Coburgo lo alcanzaron con el matrimonio. Su buena estrella en este sentido no tiene paralelo alguno.

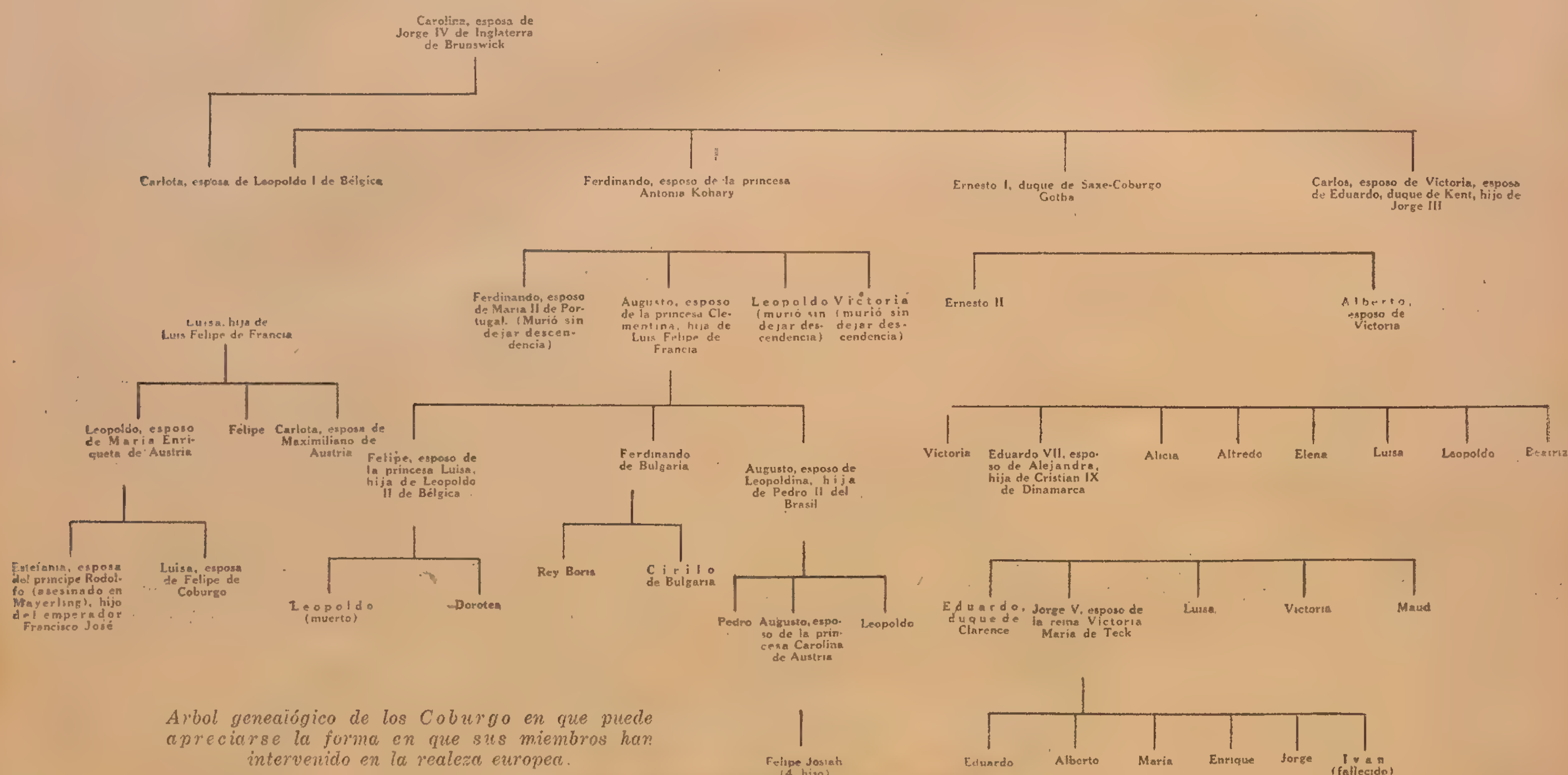
Un Coburgo, Leopoldo I, fundó la dinastía belga. Otro, Alberto, casóse con la reina Victoria de Inglaterra, y sus descendientes se infiltraron en la mayoría de las familias reales, inclusive la alemana, la española, la noruega, la rumana y la sueca. Por intermedio de los reyes belgas se emparentaron con los Braganza, los Hapsburgos y los Borbones. Una lista completa.

Y cuando Bulgaria consiguió librarse del yugo turco, Fernando de Saxe-Coburgo fué designado para gobernarla, y su hijo Boris reina actualmente en ese país.

Diríase una familia afortunada entre todas, destinada a brillar en las cumbres de la humana ventura. Y, sin embargo, la historia de los ilustres Coburgo se halla entretejida con sombrías tragedias que han trocado la felicidad de muchos de sus miembros en una maldición, arrastrándolos a la muerte, al deshonor o a la miseria.

Y esta maldición que pesa sobre ellos está íntimamente ligada a una de las principales causas de su éxito: la fortuna.

FRANCIS, DUQUE DE SAXE COBURGO



Arbol geneaiógico de los Coburgo en que puede apreciarse la forma en que sus miembros han intervenido en la realeza europea.



El ex zar Fernando de Bulgaria es uno de los descendientes de los Coburgo, en quien se ha cumplido la extraña maldición que refiere esta nota. Bueno es recordar aquí que el ex zar Fernando estuvo en Buenos Aires hace algún tiempo.

LOS MILLONES DEL MONJE EMERICUS

En los comienzos del siglo diez y nueve la familia Coburgo era pobre y escasamente conocida. El entonces jefe de la familia, duque Francisco, consiguió casar a su hijo Fernando con una princesa húngara, hija del canciller del emperador de Austria, el príncipe José Kohary. Este noble era uno de los propietarios más ricos de Europa, y sus estados comprendían 300.000 acres del mejor terreno en toda Hungría.

Pero cuando Fernando quiso entrar en posesión de la fabulosa dote de Antonia Kohary, descubrió que el principado, según las leyes vigentes, sólo podía ser heredado por un varón. Semejante obstáculo no arredró al astuto canciller ni a su ambicioso yerno. Cortaron por lo sano, consiguiendo que el emperador dictara una orden de "filiación" — ¡y convirtieron a Antonia, ante la ley, en un varón!

Este original cambio de sexo por decreto imperial hubiera pasado casi inadvertido, tal era el absolutismo de esa época, a no ser que existía, recluído en un monasterio benedictino, cierto monje, Emericus Kohary, un pariente lejano del príncipe y heredero legal de su fortuna.

Este olvidado religioso, al tomar los hábitos, había renunciado a los bienes de esta tierra, lo que no le impidió presentar una reclamación a nombre de varios parientes cercanos, de su mismo linaje, y que pertenecían al sexo masculino sin lugar a la menor duda.

Posiblemente sus motivos no serían tan altruístas como uno podría suponer. Años antes había pretendido la mano de su prima Antonia, pero sus amores fueron rechazados. El despecho y los celos pueden, muy bien, haberse insinuado en este caso entre otros sentimientos de mayor nobleza. Sea como fuere, el hermano Emericus acompañó su reclamación con una amenaza formal, en caso de ser desoído, de maldecir canónicamente a su encumbrado pariente.

"Rogaré a Dios, Todopoderoso — escribió— que los pecados de los padres recaigan sobre

¿se debe a la MALDICION de un MONJE VENGATIVO?

Una nota de JUAN RUSIÑOL



Príncipe Felipe de Coburgo, que contrajo enlace con la princesa Luisa de Bélgica, matrimonio que fué una desdicha y que se epilogó trágicamente.

los hijos hasta la tercera y cuarta generación."

Lejos de atemorizarse de semejante amenaza bíblica, la la princesa "varón" consiguió que el obispo castigara a Emericus por blasfemo, imponiéndole severas penitencias.

En consecuencia, mientras Fernando Coburgo y la consorte festejaban su victoria sobre las leyes de herencia con un fasto recordado aún en la comarca, el desdichado monje hacía penitencia por su osadía, a pan y agua, en una estrecha celda disciplinaria.

Algunos días más tarde el hermano Emericus abandonó la celda sigilosamente, dirigiéndose a la iglesia de San Benito, donde se hallaba el sarcófago del conde Esteban Kohary, fundador de la familia. Encendió siete mechas de aceite sobre la tumba y, ajustándose al ritual detallado en el "Manuale exorcisorum" maldijo a los descendientes de la inconsciente pareja hasta la cuarta generación, por haber usurpado el nombre y la fortuna de los Kohary. Los efectos de esta terrible maldición se sienten en la familia Coburgo hasta el día de hoy.

LA FAMILIA MALDITA

Desenredar la siniestra madeja de esta maldición es recordar páginas enteras de la historia contemporánea. De los cuatro hijos que tuvieron Fernando y Antonia Kohary, tres fallecieron sin dejar descendencia. Quedó uno, Augusto, para heredar los bienes y los males de sus mayores. Este casó con Clementina, hija del rey Luis Felipe de Francia. Los tres hijos de esta unión fueron tres protagonistas del drama trágico presagiado por el monje.

El mayor, príncipe Felipe, fué en su mocedad el niño mimado de las cortes. Llevó una vida escandalosa hasta que llegó a una edad ya madura, cargada con todos los vicios de su ambiente. Al fin decidió casarse y buscó la unión más brillante que se ofrecía. Su elección recayó en una hija del rey Leopoldo de Bélgica, una jovencita de quince años, para quien él debió parecer casi un anciano.

Semejante matrimonio, que sería hoy considerado imposible, adujo muchas protestas, aun en aquellos tiempos habituados a monstruosidades de ese género. El mismo rey Leopoldo, por más que tuviera un gran deseo de aliarse a una fortuna tan inmensa, no tuvo otro remedio que aconsejarle a Felipe esperara un año la contestación de Luisa.



Camila Rybika, hermosa muchacha que se enamoró de Leopoldo de Coburgo, a quien luego intentó hacer víctima de un chantage. Fallidos sus propósitos, le arrojó vitriolo en el rostro y le disparó varios tiros, de cuyas consecuencias murió Leopoldo.

UN MATRIMONIO MONSTRUOSO

Apenas pasado el año se presentó nuevamente el festejante, y Leopoldo decidió sacrificar la pureza y las ilusiones de su hija, enceguecido por el brillo del oro húngaro.

Y llega la famosa noche de bodas. Una por una las luces del palacio de Bruselas se apagan. Todo se ve envuelto en un hondo silencio, entrecortado por el medido paso del centinela. De improviso hay una alarma. Alguien se agita entre los árboles del jardín. El centinela da la voz de alto. Sobre el gatillo tiembla el dedo a punto de producir la descarga que hubiera erizado de horror al mundo civilizado.

En el momento de tirar, el soldado reconoció al intruso. Era la pobre Luisa, en su albo camisón de bodas que huía, desesperada, del lecho de su marido. El soldado la envolvió en su capa y la entregó en manos de la madre.

Pero el corazón de Leopoldo no se ablandó frente a la atroz congoja de la niña. Para evitar el escándalo la obligó a volver al lado de Felipe. Este no tardó en llevarla a su sombrío castillo en las tierras de Kohary, y allí la inició en una vida de depravaciones que pronto tendría un desenlace inesperado.

AMOR, FUGA Y CASTIGO

Algún tiempo después de dar a luz a un hijo, Leopoldo, la desdichada mujer de Felipe se enamoró perdidamente del joven y apuesto teniente Mattasich, y resolvió abandonar a su aborrecido marido. Al tener conocimiento de la fuga, éste ideó una venganza digna de las páginas espeluznantes del medioevo. Hizo encarcelar a Mattasich acusándole de una estafa, y a Luisa le reservó el peor de los castigos. Con falsos certificados médicos, la hizo recluir en un manicomio, donde pasó siete interminables años de indescriptible pesadilla, hasta que logró al fin fugarse, refugiándose en París.

Lo único que redime a esta sórdida historia es que Mattasich, que la ayudó en la fuga, voló a París para unirse a ella, y allí vivieron juntos en la miseria la princesa belga y el teniente desterrado, hasta que la muer-



La esposa de Felipe de Coburgo, Luisa de Bélgica, consiguió escaparse del sanatorio en que su marido la había hecho recluir y se fugó a París, en donde vivió pobremente con el teniente conde Mattasich, que la ayudó en su fuga.

te cerró el doloroso idilio con su sello eterno.
Felipe concentró todo su amor en Leopoldo, el hijo único. Pero la sombra del monje Emericus se extendía sobre esta vida predestinada.

MUERTE DE LEOPOLDO

Leopoldo Coburgo conoció en una kermese a Camila Rybika, la hermosa hija de un humilde empleado. El joven, ingenuo y apasionado, no tardó en enamorarse de esa mujer peligrosa, y emprendió con ella una aventura que iba a costarle la vida. Derrochó en ella cuanto dinero recibía, pero la ambición de Camila era desmedida. Consiguió, por medio de un ardid, hacerle víctima de un "chantage", ¡por el cual le exigía 4.000.000 de coronas!

El día 17 de octubre de 1912 el príncipe Leopoldo tuvo una última entrevista con Camila Rybika. Lo que allí pasó permanecerá siempre envuelto en el misterio.

A eso de las seis de la tarde un soldado, pasando frente a la casa, oyó varios disparos que provenían del departamento de Rybika. Él y el portero subieron a toda prisa para hallar la puerta cerrada con llave. Desde el interior de la habitación oían los gemidos de Leopoldo.

—¡Abran, por el amor de Dios! ¡Me muero! ¡Estoy ciego!

Cuando abrieron la puerta hallaron al hijo de los Coburgos tirado sobre un charco de sangre. Cinco balas habían desgarrado el uniforme celeste de los húsares y su rostro no guardaba ya semejanza humana.

Un gran hueco ennegrecido ocupaba el lugar de uno de sus ojos, y las mejillas juveniles estaban horriblemente carcomidas hasta el mismo hueso. Camila le había disparado cinco tiros después de vaciarle un frasco de vitriolo en la cara. Y acto seguido, se suicidó. Fué hallada, semidesnuda, al pie de su cama, con una bala en el corazón. ¡Situación realmente horrible!

Los mejores médicos de toda Europa lucharon durante seis meses para salvar la vida mutilada de Leopoldo. Pero todo fué en vano. Felipe jamás se repuso de este golpe.

DESTINOS TRAGICOS

Los hermanos de Felipe sufrieron, a su vez, graves desgracias. Augusto, casado con la hija de don Pedro, emperador del Brasil, vió desaparecer toda su fortuna cuando éste fué destronado por la revolución.

Fernando, rey de Bulgaria, tuvo una vida colmada de angustias que culminó en su desastrosa participación en la guerra mundial, a cuyo término el trono le fué arrebatado.

Muy poco va quedando de la fabulosa fortuna de los Coburgo, y aun esa mínima parte desaparece rápidamente absorbida por los complicados pleitos entablados entre los diversos herederos. Con la cuarta generación el oro de los Kohary se ha disuelto en sangre y lágrimas. ¿Habrá que culpar de esto a la terrible maldición invocada por un monje fanático y vengativo?





Solemne momento en que se firma el acta matrimonial de Luisa de Bélgica y Felipe de Coburgo. En óvalo: el rey Leopoldo de Bélgica que obligó a que su hija — una niña, — contrajera ese monstruoso enlace.

UN COBURGO, UN GATO NEGRO Y LA GUERRA MUNDIAL

Por el extraño encadenamiento de hechos con que se forja la historia, a veces un insignificante detalle puede causar el derrumbe de imperios y arrastrar la humanidad entera al borde de la desesperación.

Este insignificante y fatídico detalle, en el caso que nos ocupa, lo proporcionó Felipe, el más desdichado de los Coburgo. La familia maldita no solamente debía zozobrar ella misma, sino que estaba encargada de la terrible misión de lanzar al mundo civilizado en la más espantosa de las catástrofes.

Para comprender en toda su amplitud las consecuencias funestas de la actuación de Felipe, es preciso puntualizar la situación de Rodolfo, príncipe heredero de Austria, el protagonista de la misteriosa tragedia de Mayerling.

El príncipe Rodolfo había desposado a la princesa Estefanía de Bélgica, una Coburgo, hermana de la mujer de Felipe. Emparentados de este modo, los dos calaveras principescos hicieron muy buenas migas, y como ni Estefanía ni su hermana supieron inspirar en sus maridos la lealtad de un sincero afecto, se hicieron compañeros de aventuras galantes en la corte corrompida de Viena.



Don Pedro II, emperador del Brasil, otro de los Coburgo a quien alcanzó la terrible maldición.

Pero Rodolfo, a pesar de su vida disipada, era un hombre de gran inteligencia y de un espíritu adelantado a su época. Miembro del partido liberal, su entusiasmo por las reformas que propiciaba abría una perspectiva de renovación en la política interna, y, en cuanto a las relaciones con otros países, profesaba ante todo una decidida hostilidad hacia los militaristas prusianos cuyos ideales no compartía y cuyos propósitos de expansión imperialista rechazaba enérgicamente. Por otra parte, profesaba una gran simpatía y amistad por el jovial rey de Inglaterra, Eduardo VII, y este solo hecho hubiera bastado para mantener alejada toda probabilidad de una alianza germanoaustríaca.

Todos recordarán cómo el príncipe, enamorado locamente, se suicidó en el pabellón de caza de Mayerling conjuntamente con la condesa María Vesera, en un momento de ofuscación.

Felipe Coburgo fué el primero en llegar a la escena después de consumado el hecho. Llevaba un mensaje que hubiera evitado la tragedia. Pero ya era tarde.

El emperador Francisco José lo había llamado, ordenándole angustiosamente que trajera a su presencia a su hijo único, de cuyo propósito se había enterado.

De inmediato Felipe internóse en la noche camino a Mayerling, donde sospechaba que se hallaría su compañero de juergas, embargado esta vez por una pasión honda y sincera. Le acompañaba solamente el fiel guardabosque, Stockhammer. No había tiempo que perder. Cada minuto se acercaba más el funesto desenlace de la impetuosa decisión de Rodolfo.

Por el camino más corto el mensajero del emperador se lanzaba en plena carrera, cuando repentinamente cruzó por delante de los caballos un gato negro. ¡La mala suerte! Felipe no pudo resistir su miedo supersticioso, nacido de la maldición que pesaba sobre los suyos.

Hizo desandar el camino, perdiendo en ello tres cuartos de hora, lapso durante el cual Rodolfo consumó su trágico designio.



La reina Victoria de Inglaterra, esposa de Alberto Coburgo, a quien se menciona en esta nota.

La LEY de HERENCIA

UN CUENTO DE ESTEBAN G. SALAS

Este cuento gira alrededor del tan debatido tema de la ley de herencia, y si bien en él no se combate ni se acepta por completo dicha teoría, ella ha servido al autor para realizar un cuento interesantísimo, en que sus protagonistas viven momentos de honda ansiedad frente a un caso ocurrido en tiempos ya lejanos.

CASI a la medianoche había salido Enrique Fontán de casa de su novia. Como no era largo el trayecto que lo separaba de la suya, echó a andar tranquilamente por la calle Tucumán adelante. La noche era, por cierto, apacible, a pesar de ser noche de mayo.

Enrique Fontán hacía el camino sin darse cuenta. Una gran satisfacción llenaba su espíritu. Su charla con su novia había sido feliz; fué una charla llena de dulces promesas, de risueñas ilusiones. Cada día se sentía más enamorado de ella, y, por consiguiente, de la vida. Pedía al cielo muchos, muchísimos años, para poder disfrutarlos todos al lado de aquella mujercita con la que se sentía tan íntimamente identificado.

De pronto, al llegar a la esquina de Montevideo, estos dulces pensamientos fueron interrumpidos por algo insólito, inexplicable. De una casa, toda iluminada, llena de gente hasta la puerta, salían gritos de angustia, llantos desesperados, a los que se mezclaba la algarabía de los de fuera.

Curioso e intrigado, Enrique Fontán se sumó a los que se apiñaban en la puerta. Todos hacían comentarios; todos aportaban un poco de luz a la tragedia que acababa de desarrollarse en el interior de la casa. Pero Enrique, si bien lo comprendió todo, no logró satisfacer su anhelo de curiosidad. Esto le movió a interrogar a un chico que iba de un lado para otro, dando referencias a los que le hacían alguna pregunta.

—Dime, chico, ¿qué ha ocurrido?

—Una cosa bárbara —dijo el chico sacudiendo los dedos, —que acaba de matarse un hombre tirándose de la azotea al patio.

—¡No digas!

—Sí; era un loco. Estaba mal de la cabeza.

—Estaría enfermo

—¡Qué iba a estar enfermo! ¡Estaba loco! En esa familia todos son locos. De cuando en cuando se mata uno, y todos por lo mismo, porque están mal de aquí, de la cabeza.

Enrique se sintió vivamente emocionado por esta revelación del chico, y no osó hacer una nueva pregunta, pero el chico, lenguaraz como él solo, continuó dándole referencias.

—No hace mucho tiempo una hija se envenenó con cianuro porque no la dejaron casarse con el cartero que le traía las cartas de su novio. La patrona se murió el año pasado encerrada en un manicomio. Un primo de la señora...

Enrique no quiso oír más. Se apartó del chico y siguió su camino rumbo a su casa. Iba lamentando aquella su idea de haber hecho el viaje a pie, pudiendo haber tomado un tranvía. Por esa torpeza suya ahora pasaría una noche del diablo. Se sabía de sobra impresionable. Su imaginación, demasiado viva, le representaba todas aquellas escenas de que el chico le había hablado. Veía, sobre todo, al pobre hombre arrojarse de la azotea en un furioso acceso de locura; lo veía caer, estrellarse contra las baldosas del patio, bañarse todo él en sangre...

Cuando llegó a su casa, su padre todavía estaba levantado. Hallábase en su despacho, escribiendo. El señor Fontán era un acaudalado comerciante. Y viudo desde hacía muchos años, más de quince. Al verlo llegar demudado, temb[l]ando como atacado del baile de San Vito, don Oliverio Fontán no pudo menos que interrogarlo:

—¿Qué te ocurre, hijo? ¿Estás enfermo?

—No, papá —fué la respuesta.

—¿Qué te pasa, entonces? Habla.

—Vengo vivamente impresionado, papá. Acabo de pasar por frente a una casa en la que ha tenido lugar esta noche una gran tragedia.

—¡A ver! ¿Qué tragedia es esa?

—La de un pobre hombre atacado de locura, que se arrojó desde la azotea al patio, destrozándose la cabeza.

—¡Bah! ¿Y eso te ha puesto así? Está bien que te haya impresionado; pero no es para tanto, sobre todo si tú no has sido testigo del hecho. ¿Es que, por casualidad, lo has sido?

—No.

—Pues nada; acuéstate y descansa. Estas cosas son pasajeras. Son lamentables, eso sí, pero ¿qué le hemos de hacer? Lo que tú tienes que hacer es tratar de dominar tus nervios, que van a darte más de un disgusto. Ea, hasta mañana, y que descanses.

—Hasta mañana, papá.

Sin una palabra más, Enrique se dirigió a su cuarto y se acostó. Don Oliverio, olvidado inmediatamente de lo que le había contado su hijo, siguió escribiendo.

Por la mañana, cuando padre e hijo se encontraron en el comedor para tomar el desayuno, aquél preguntó:

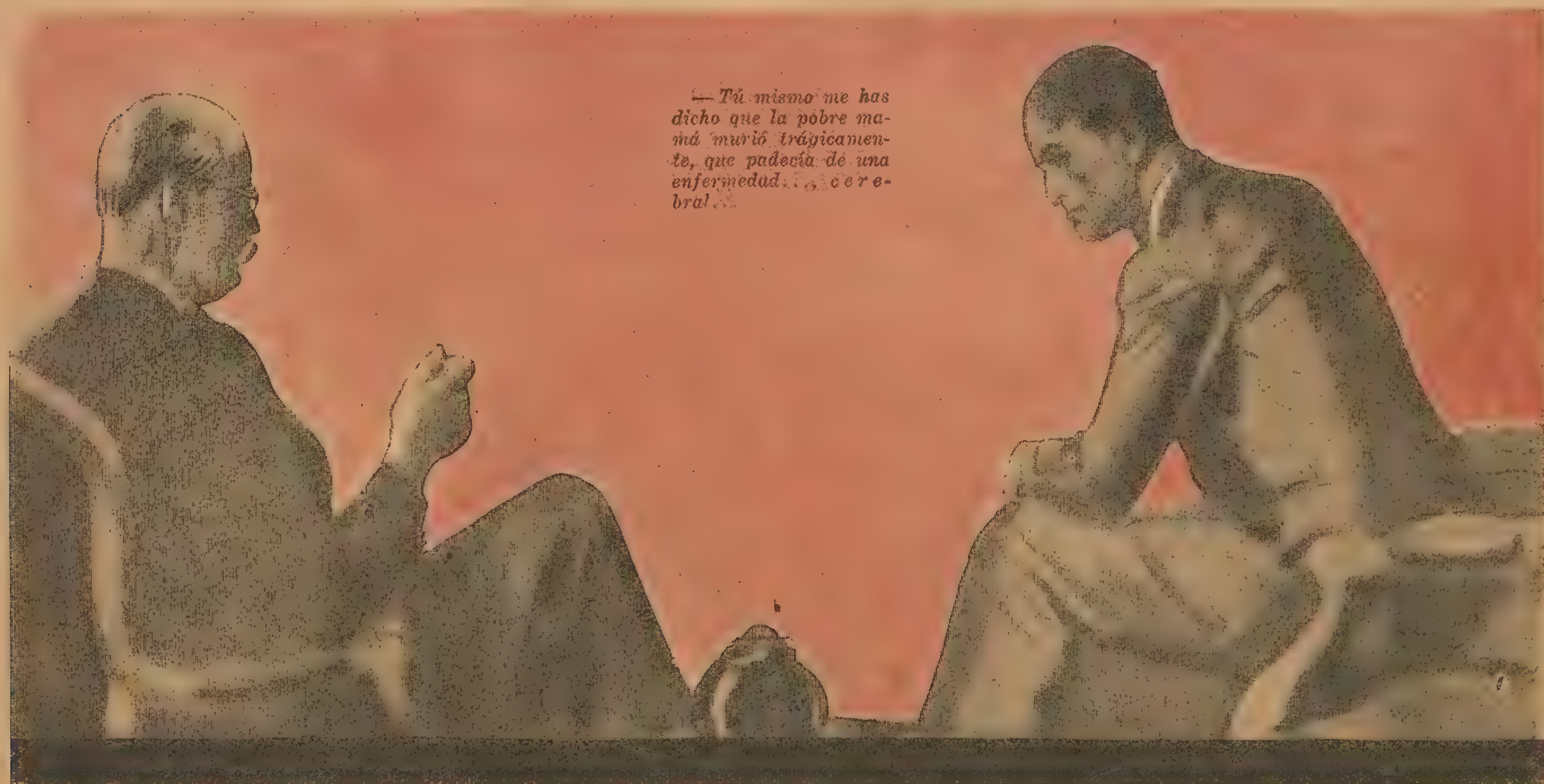
—¿Y? ¿Qué tal? ¿Descansaste bien?

—No, papá; no he podido.

—En efecto, te veo pálido, desencajado. Tú te has pasado la noche cavilando, ¿verdad? ¡Pues sí que es tener ganas de mortificarse! No sé lo que te ocurrirá el día que tengas que ser testigo de una tragedia en tu propia casa.

—¿Qué quiere usted decir, papá?

—Nada; que un día tendré que morir yo, y tú, que lógicamente vivirás, porque eres más joven y gozas de mejor salud, no tendrás ánimos suficientes para asistir a esta desgracia. Pues esto es una niñería, hijo mío, porque si



—Tú mismo me has dicho que la pobre mamá murió trágicamente, que padecía de una enfermedad... cerebral...

todos fueran como tú, bien pronto se acabaría el mundo.

—Es que mi caso es distinto, papá. Además de ser yo un espíritu muy sensible por naturaleza, sé por la lectura de textos científicos que la ley de herencia es incuestionable; que los descendientes de padres víctimas de una acra han padecido del mismo mal. ¿Tú no opinas así, papá?

—¡Bah! ¿Quién cree en lo que dicen los sabios? Cada uno tiene un concepto distinto de las cosas. Además, ¿qué puede ello afectarte a ti?

—¡Cómo! Pero ¿es que no recuerdas, papá? Tú mismo me has dicho muchas veces que la pobre mamá murió trágicamente..., que padecía de una enfermedad... cerebral..., que se arrojó también... de una azotea.

Don Oliverio, como si se hubiera desangrado de pronto, se quedó pálido como un muerto. Era verdad lo que su hijo acababa de decirle. Su esposa había muerto... trágicamente. Enrique, sin quitarle los ojos de encima, le interrogó:

—¿Eres capaz de negarme eso, papá?... Pues si la pobre mamá, a quien tanto quiero sin haberla apenas conocido, murió así y la ley de herencia es inapelable, yo... papá..., tengo miedo..., ¡mucho miedo!

—¡Vamos, tonto! Desecha esos pensamientos. Yo te llevaré a mi médico, que es una eminencia en enfermedades mentales, y verás cómo él te convence de todo lo contrario. Y después de todo, quién sabe si tu pobre madre murió, en efecto, a consecuencia de eso que te he dicho. Los mismos médicos se equivocan mucho. La prueba está en que ni en la familia de ella ni en la mía murió alguien jamás de cosa semejante. Te ruego, Enrique, si no quieres que sea yo quien eloquezca, que no vuelvas a acordarte de eso.

—Haré lo posible por olvidarlo, papá, pero no te lo prometo. Tengo un terrible presentimiento: que mi pobre madre murió de "eso"..., y que yo la seguiré a la tumba de lo mismo.

—¡He dicho que basta, Enrique! ¡Basta! No quiero volver a oírte hablar de estas cosas. Me ofendería mucho.

Esa misma tarde don Oliverio se presentó en el consultorio de su viejo amigo el doctor Rosales. No parecía que fuese sólo de visita, sino en calidad de paciente. Una palidez enfermiza le cubría el rostro. El doctor Rosales, al verlo aparecer en la puerta, le salió al encuentro con los brazos extendidos:

—Amigo Fontán, ¿qué le trae a usted por aquí? ¿Se siente mal? Siéntese; siéntese aquí, a mi lado.

Tomaron asiento los dos hombres, y el doctor Rosales volvió a insistir:

—A ver, mi querido Fontán. ¿Qué le pasa? Abrame su corazón.

Don Oliverio frunció el entrecejo, se mordió los labios, y por fin dijo:

—Ha llegado ya el terrible momento. La susceptibilidad de mi pobre Enrique ha sido herida por la fatalidad. Un suceso desagradable, ocurrido anoche, en que un pobre hombre loco se quitó trágicamente la vida, ha venido a perturbar su espíritu. Cree positivamente en la ley de herencia, como usted y como yo, y obsesionado por ella temo que puedan perturbársele sus facultades.

—Ese hecho, en sí, no puede obrar sobre su sensibilidad sino momentáneamente.

—Si se tratara sólo de ese hecho, no lo dudo; pero ocurre que el muchacho me ha recordado la muerte de su madre, que, como usted sabe, le hemos hecho creer, no sólo a él..., sino también a todos, que se había producido en un acceso de locura.

—Pero..., ¿es que no fué esa la causa de su muerte? —exclamó el doctor Rosales vivamente emocionado.

—No —dijo el viejo comerciante cerrando los ojos con horror. —No fué esa la causa de su muerte, sino otra, otra muy distinta. Es un secreto que guardo en mi corazón desde hace más de quince años. Un secreto que la amistad y la necesidad de un consejo me obligan a decir a usted, siempre que usted me prometa dos cosas: guardarme el secreto y ayudarme. ¿Me lo promete usted?

—Prometido.

Hizo una breve pausa don Oliverio, y empezó así:

—Elvira, mi esposa, era una mujer sana, absolutamente sana, y hubiera muerto de vejez, como es posible que muera yo, de no haber entrado la fatalidad en mi casa. La fatalidad a qué me refiero fué un amigo desleal, que después de explotar mis sentimientos de humanidad, afrentó mi nombre conquistándose el afecto de mi esposa.

"Yo vivía ajeno a todo, creyéndome el más feliz de los hombres. Y lo era, para mi fuero interno. Tenía este hijo que era toda mi gloria, mis negocios iban viento en popa, mi mujer era bonita y parecía idolatrarme; en fin, que no me hubiera cambiado en aquellos momentos por un rey.

"Pero un día, el destino burlón, haciéndome llegar a mi casa en muy mal momento, puso ante mis ojos el cuadro más desconsolador. No quiero decirle a usted lo que vieron mis ojos; pero sentí que éstos se cegaban como cubiertos por una ola de sangre. Sin pedir una sola explicación, severo, digno, como lo había sido siempre, descargué el bastón que llevaba en la mano sobre la cabeza de ella, pero con tal fuerza, con tanto rencor, con tanta maldad —ésta es la palabra, —que la pobre rodó por el pavimento con el cráneo destrozado.

"Esta es la terrible historia, amigo Rosales. Sin valor para pregonar la humillación de que había sido víctima, recurrí a usted haciéndole creer que su muerte se debía a haberse arrojado desde los altos, en un acceso de locura. Usted buenamente lo creyó, y como usted todos los demás. Y ahora me ocurre esto, lo terrible, lo inevitable; mi hijo, por demás sensible y creyente de la famosa ley de herencia, en su obsesión es capaz de... de enloquecer... ¡Y yo quiero evitar esto, amigo Rosales! ¡Quiero evitarlo de todas las maneras!"

Guardó el doctor Rosales unos momentos de silencio; luego dijo:

—El único medio sería confesarle la verdad de la muerte de la madre. Acaso este convencimiento disipará sus negras ideas.

—Eso no es posible, doctor. Adora a su madre muerta; me adora a mí. Si le dijera tal cosa, además de que podía no creerla, acaso le hiciera sentir odio y vergüenza hacia mí, que lo idolatro, y esto sería mi muerte; ¡mi muerte y su verdadera locura!

—Eso es verdad —arguyó el doctor Rosales, —y, sin embargo, es el único remedio.

—No puede ser, no puede ser —se defendió el pobre hombre atribulado. —Yo no puedo enlodar a sus ojos la dulce memoria de su madre, ni enlodarme yo mismo... Yo no puedo imponerme este terrible sacrificio. Antes..., antes prefiero dejarlo todo en manos del destino. Él, que nos ha traído a este terreno, que nos saque de él de cualquier manera. Y si mi hijo enloquece, como cree que enloqueció su madre, se cumplirá para todos la "incuestionable" ley de la herencia, pero para mí dejará de ser válida para ser sólo un sofisma, una superchería... ¡Eso..., eso..., una superchería!

El doctor Rosales, herido en su amor propio de sabio convencido, le atajó con esta brutal sentencia:

—¡Usted desvaría, amigo mío! ¿Y si fué en un acceso de desequilibrio mental que su esposa —¡siempre tan honrada! —cayó en la mala tentación de faltar a sus más sagrados deberes?... ¿Qué me dice usted?...

El señor Fontán no encontró palabras con que replicarle. ¡Lloraba en silencio como un niño!

FIN



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

EL CARIÑO

"Quien no ama, vive en la muerte", dijo un apóstol.

Y el Evangelio, agrega: "El amor es toda la ley."

La gran obra de la vida la levanta el cariño. Todo lo que con él emprendemos resulta afortunado.

Pero en nada luce más el cariño que en el trabajo. No importa cuál sea él, rústico o artístico, necesario o superfluo.

El trabajo es un buen amigo, la ociosidad es el peor de los enemigos. La pobreza debe trabajar con cariño, porque así el trabajo será más breve y más lucido.

El rico también debe hacerlo poniendo cariño en todo aquello que emprenda por distraer sus ocios.

La obra de la educación a favor de los niños, lógico es hacerla con cariño, y poner cariño hasta para tratar a un sirviente.

El cariño ablanda las piedras, gana indulgencia, favorece a la bondad. Quien sabe dar cariño hace florecer su alma.

ATARDECER

Tras del encaje, la luz...

En el horizonte, el sol que se va...

En la semiluz, el corazón que palpita...

En los labios, la esperanza; en los brazos y en el pecho..., la espera..., la anhelada espera del amor...

Tras la puerta, el trémulo instante que precede a la llegada...

Tras el beso, la quietud...

Tras muchas esperas, tras muchos soles que se van, tras muchas esperanzas, tras muchas llegadas, tras muchos besos..., la costumbre...

Tras la costumbre, la emoción que huye, el amor que se espanta decepcionado y aburrido...

Y tras ese amor, otro amor; un amor en todo diferente, que aunque bese y espere..., ¡es otro amor!...

Y tras muchos amores, el silencio del alma, el mutismo del corazón..., la vejez..., y ¡la nada!

¡POBRES MADRES!

¡Desde que nace el hijo, pobres madres, ya no hay un solo momento de paz!

Despiertas, vigilan el sueño del niño... Dormidas, siempre alerta, espiando al niño.

La nada es de ellas; todo es del niño y de ellas..., mas ellas siempre en segundo lugar...

¡Heroicas madres! Ni cuando el niño crece se deben a ellas mismas; siempre se deben a él...

Cuando el niño es ya hombre..., no quieren ellas vigilar, ni preguntar, ni inquirir; pero en la noche el sueño es inquieto. ¿A qué hora llegará el hijo?...

Durante el día tienen el oído en las conversaciones, ¿será malo el amigo?... ¿Indigna la novia? Alerta miran el sobre de la carta que llega... ¿Tal vez de una mala mujer?... ¿De la enemiga?... Tal vez de una buena mujer..., pero la madre la cree la enemiga del hijo, y eso basta para arrugar su frente y amargar sus labios...

¡Pobre madres!... Desde que nace el hijo, siempre esclavas... Pero, ¡cuánto te envidio, madre siempre dolorosa, siempre angustiada, con ese ramo de glorias y de laureles que es tu hijo, entre tus brazos y junto a tu corazón!

El Hijo

(Continuación de la página 51)

El prófugo se estremeció.

—Bastante —replicó al fin. —Vengo del Sur, de Puerto Gallegos.

—Grande ha de haber sido el motivo para que...

—Mi madre... está moribunda —interrumpió rápidamente el interpelado. —Me escribieron, y vine.

El anciano permaneció silencioso, entregado a su tarea.

—Dijo que venía de Gallegos, ¿verdad? —preguntó de pronto.

—Sí.

—¿No conoció allá a un muchacho Heller, Arturo Heller?

Al decir esto la mano del viejo tembló un poco. Dejó de engrasar.

El otro se estremeció, a pesar de su traje de piel y de la proximidad del fuego.

—Heller... —murmuró como si pensara. —Creo que sí. Era buen muchacho —agregó, sonriendo imperceptiblemente ante el autoelogio.

—¡Pues es mi hijo! —exclamó el anciano con evidente satisfacción. —Fué a buscar oro, hace algunos años; pero...

—¿Pero? —repitió casi inconscientemente el otro.

—Recibía noticias suyas; mas de un tiempo a esta parte no sé de él.

—No habrá podido escribirle. ¡Hay tantas razones para ello!

El anciano sonrió.

—Lo que hay es que soy un viejo estúpido —dijo. —En cuanto no recibo noticias de mi hijo, imagino lo peor.

La sonrisa de la semana

POR JOHN B. KELVINATOR

EL AMOR EN CRISIS

Disfruto, aquí en Pergamino, de una bien ganada fama de hombre adverso al matrimonio; los que me conocen y tratan, saben mi manera de pensar, expuesta en cien oportunidades. Es así cómo me tildan de hombre frío, apático, indiferente y qué se yo cuántas cosas más. Las mujeres de mi pueblo me miran como a bicho raro, porque no conciben que un hombre como yo, que además de ser joven tiene la preocupación de su elegancia, no haya decidido aún su destino en el aspecto sentimental de la vida.

No me ha agradado nunca mirar hacia el futuro, porque soy de los que creen que el día en que se cruce por mi existencia "la mujer", ese día habré claudicado como tantos hombres con los cuales convivo.

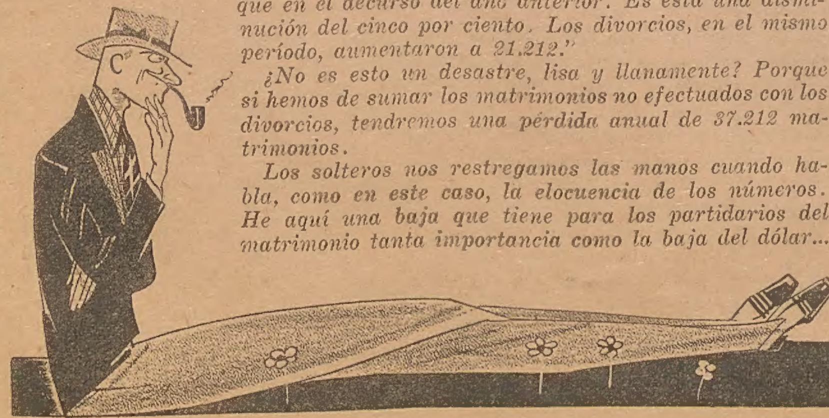
Yo no sé si por vivir entre casados soy cada vez más decidido partidario del solterismo. Porque es necesario resignarse a la realidad de ese tormento que significa preocuparse cada vez del pretexto que han de inventar para proporcionarse el pequeño halago de no almorzar o comer en su casa... concurrir al club o al café, con algunos amigos... salir a tomar un poco de sol, sin que tenga que llevar a cuestas a su dulce y cara mitad.

Cuando oigo hablar a los maridos que me rodean, me parece estar en presencia de un grupo de chicos grandes, dispuestos siempre a las travesuras. Porque hay que ver cómo se ríen y comentan los insignificantes episodios, cuando alguno de ellos logra vivir algunas horas de soltería.

Es natural que desde mi torre de indiferencia puedan balconear cómodamente el espectáculo y refirme el propósito de mantenerme en mi actual estado por un montón apreciable de años.

Y no estoy solo, para mi consuelo. He aquí lo que acabo de leer en un diario que me remite un amigo casado:

"Durante el año 1931 se efectuaron en Francia 16.000 matrimonios menos que en el decurso del año anterior. Es ésta una disminución del cinco por ciento. Los divorcios, en el mismo período, aumentaron a 21.212."



¿No es esto un desastre, lisa y llanamente? Porque si hemos de sumar los matrimonios no efectuados con los divorcios, tendremos una pérdida anual de 37.212 matrimonios.

Los solteros nos restregamos las manos cuando habla, como en este caso, la elocuencia de los números. He aquí una baja que tiene para los partidarios del matrimonio tanta importancia como la baja del dólar...

Pero... es lo único que me queda en el mundo, ¿sabe usted? Cuando vuelva me acompañará hasta... hasta que me vaya a mejores regiones, y siempre es un consuelo tener al lado un ser querido en los últimos momentos...

—¿Hace mucho que lo dejó? —preguntó su interlocutor, tratando de no delatar su emoción.

—¡Cinco años! Se fué cuando aún era muy joven. Ahora ha de estar hecho todo un hombre. A veces creo que no lo reconocería si lo viera de pronto. He envejecido bastante, y la vista me falla algo...

El fugitivo suspiró. Se revolvió en su asiento, y de pronto preguntó:

—¿A qué hora sale el próximo tren para Puerto Julián?

El anciano meneó la cabeza.

—Estoy empleado en el ferrocarril— replicó —y puedo contestarle con exactitud: no hay tren hasta las nueve y cincuenta, y son las cinco y media.

El otro arrugó el entrecejo tras las altas solapas que le ocultaban el rostro.

—A las seis tengo que hacerme cargo de mi puesto —continuó el viejo.— Si se queda le acompañaré a la estación.

—Muchas gracias.

Pasaron diez minutos, largos y tediosos como pocos. El prófugo parecía dormido. El anciano, ensimismado en sus pensamientos.

—Terrible ha de ser la vida allá en el Sur, ¿eh? —murmuró de pronto el anfitrión.

—Bastante —contestó el interpelado, como saliendo de un letargo.

—No debí dejarle ir; pero él quería juntar dinero para casarse.

El huésped irguió la cabeza.

—Si volviera podría hacerlo —prosiguió el otro.— Todavía lo espera Alicia, la hija del boticario, la muchacha más linda del pueblo.

Un nudo se formó en la garganta del perseguido ante aquella dulce evocación. Entre las chisporroteantes llamas asomó un rostro femenino.

—La última vez que usted vió a Arturo... ¿qué tal estaba?

—Muy bien. A decir verdad le conocía bastante. Creo que ahora último había encontrado oro.

—¡Ya me explico su tardanza en escribir!... ¡Quería darme una sorpresa viniendo personalmente luego de haber juntado suficiente dinero!

—Así ha de ser.

Un reloj desvencijado dejó oír seis apagadas campanas.

—¡Caramba! —exclamó el viejo levantándose.— ¡Menos mal que la estación esta cerca!

El prófugo le imitó y se acercó a una ventana, limpiando los empañados cristales con la manga. Apenas miró apretó los puños con desesperación. Por el sendero bordeado de abetos avanzaban cinco o seis hombres montados.

—¡La policía! — balbuceó — ¡No debí entretenerme tanto!

El viejo estaba en un rincón, ocupado en acicalarse un poco. La mirada del perseguido pasó del anciano a la puerta trasera de la cabaña.

—¡Por allí podría huir!

Cautelosamente se fué acercando a la salida. Los momentos eran preciosos y había que aprovecharlos.

Hasta sus oídos llegó el rumor de las voces de los hombres que se acercaban.

Con rápido movimiento levantó la barra de madera que aseguraba la puerta y salió. El anciano estaba de espaldas.

El prófugo echó a correr. A lo lejos distinguió el bosquecillo de hayas y abetos. Si llegaba hasta él podría acaso despistar a sus perseguidores.

Al sentir el aire frío que penetraba en la cabaña, el viejo se volvió. Sus ojos tropezaron con la abierta puerta, y arrugó el entrecejo. Alguien llamó.

El dueño de casa franqueo la entrada y retrocedió al ver el uniforme de los recién llegados.

—Somos de la policía —dijo uno de ellos innecesariamente.—Andamos persiguiendo a un asesino. Vimos su caballo en el corral.

—¡Un asesino!

—Sí; mató a un hombre en Gallegos...

El que hablaba vió la puerta abierta, a espaldas de la cabaña. De un salto se situó ante ella. Alcanzó a ver al prófugo que corría, rumbo al bosquecillo.

—¡Allá va! —gritó.

—¡Se escapa! —barbotó otro.

—¡Usted es cómplice de él y le ha ayudado a escapar por esta puerta! —exclamó el jefe de la partida sujetando al viejo.

Uno o dos hombres echaron a correr tras el que huía.

—¡Les demostraré que no soy su cómplice ni que le conozco siquiera! —respondió el anciano.

La escopeta recién engrasada estaba apoyada frente a la lumbre. En un segundo se apoderó de ella.

—¡Apártense! — alcanzó a gritar el jefe a sus hombres que corrían.

Por dos veces consecutivas el sordo estampido de un disparo turbó el silencio del lugar. Cuando las nubecillas de humo se disiparon, pudo verse al fugitivo abrir los brazos, tambalearse un instante y luego rodar por la suave pendiente sobre la que se hallaba, hasta chocar contra el tronco de un abeto, en los linderos del bosque.

La nieve fué tiñéndose de rojo a su alrededor. Su cara estaba sepultada en el blanco elemento.

—¡Está muerto! —murmuró el jefe de la partida con voz ronca.— ¡Y si hubiera llegado al bosque tal vez nos hubiese podido esquivar!

—Sáquenlo de ahí —exclamó el viejo con disgusto, volviendo a entrar en la cabaña.

Una vez en ella continuó vistiéndose para ir a su trabajo.

—¡Bien empleado le estuvo, por asesino! —dijose, mientras se echaba un trozo de tabaco en la boca.

Y luego agregó, sugestionado por el pensamiento que ocupaba su mente noche y día:

—¡Cuándo volverá mi hijo!

FIN

Desde Buenos Aires...

(Continuación de la pág. 55)

teosis triunfal.

Desde el amable rincón del Ioshiwara hasta el más lejano y obscuro puerto del Africa, estira sus notas melódicamente, y ya sea en un disco cantado por Azucena Maizani, la inigualable intérprete criolla, o ejecutado por la orquesta de Francisco Canaro, el popular Pirincho, el autor famoso de tantos tangos bellos y sentidos, deja traslucir el alma apasionada de nuestro pueblo.

CON CANARO

Para dar a nuestros lectores una idea de cómo se halla difundida nuestra música en el mundo, conversamos con Francisco Canaro sobre el tema.

La entrevista relámpago, hecha en un pequeño intervalo de sus diarias audiciones radiotelefónicas, nos permite llegar a la conclusión de que el tango argentino es, hoy por hoy, una de las expresiones musicales más difundidas. Nuestro tango se escucha en todos los rincones de la tierra, tal vez los esquimales o alguna tribu salvaje del Congo puedan excluirse, pero he aquí unos datos del popular maestro para "Mundo Argentino".

EL TANGO EN EL MUNDO

—Díganos, Canaro, ¿hasta dónde ha transpuesto fronteras nuestro tango?

—¡Oh, es asombrosa la difusión de nuestro música popular en el mundo! Valses, rancheras, tangos, todo se conoce. Este último, sobre todo. Desde los rincones más insospechados nos llegan noticias de que tal o cual tango obtuvo un éxito notable, tanto su música como su letra, traducida a otros idiomas.

"No digamos ya España, Francia, Italia, Alemania, Austria, Suiza o todos los países de América; el tango, nuestro tango querido, emociona y sugestiona, sin distinción de razas ni ambientes, a todos aquellos seres que saben desentrañar, de entre el tumulto armónico de sus notas, su propio dolor, su propia alegría, su propia tristeza...

DERECHOS DE AUTOR HASTA EN EL CONGO

—Yo suelo cobrar derechos de autor, pero muy buenos derechos, de los puntos más inverosímiles: Argelia, Marruecos, Canadá, Colonia Española, Holanda, Rumania, Túnez, Madagascar, Siria, Japón, Australia, etc., etc.

—Pero es verdaderamente asombroso, Canaro, lo que nos dice. ¿No se hablaba de la decadencia del tango y de que ya declinaba la simpatía del público por él?

—¿Decadencia? ¿Olvido del público? ¿Cansancio? ¡Hágame el favor!... El tango no decae ni podrá decaer nunca; está metido para siempre en el corazón de los hombres, como ninguna otra música popular; para eso es su más fiel intérprete y su compañero mejor.

Y Canaro nos remarcó su afirmación con una magistral interpretación de sus obras ante el micrófono.

FIN

¿Encontraré un día...

(Continuación de la página 45)

el matrimonio no existe en mis películas.

No sólo los aficionados al cine desean casarse conmigo, sino también muchos compañeros de estudio encuentran un pasatiempo en hacerme la corte.

El primero fué el actual galán Gilbert Roland. Mi padre no quiso saber nada con él porque dijo que era muy joven; sin embargo, yo lo quise mucho, quizá con toda el alma.

Luego ocurrió el accidente de Bob Savage. A mí no me interesaba él en absoluto, pero ese imbécil simuló suicidarse, para captarse mis simpatías.

Durante un tiempo me interesó seriamente Gary Cooper. El pobre Gary se enamoró terriblemente de mí; pero en el estudio pensaron que ese romance destruiría nuestra reputación de artistas, y nos prohibieron andar juntos. Por eso tuvimos que separarnos.

El cuarto fué el director Víctor Fleming; pero era demasiado viejo para mí, y tenía muchas mañas.

No les voy a decir el nombre del quinto, que es un médico. Luego comencé a salir con Harry Richman. Harry era un buen hombre, y muy afectuoso conmigo. Era más viejo que yo, y lo criticaba todo; era un terrible cabeza dura; quería dominarme y hacerme de nuevo. Por eso rompí con él.

Y ahora... Ahora soy la esposa de Rex Bell. Es un buen muchacho, pero ¿es, en efecto, mi verdadero ideal?

FIN

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA

LA POLITICA AL PELO Y CONTRAPELO

—*¿Y qué me cuenta, don Giácomo?...*

—Julito Roca podrá cantar ahora aquello de "ritorna vincitor". El hombre no podía venirse con las manos vacías, porque se había propuesto salir airoso, costase lo que costase.

—*Dicen que no fué fácil el triunfo...*

—Las grandes victorias sólo se obtienen después de grandes batallas. Julito tuvo que vencer el derrotismo del embajador Malbrán y desconfiar hasta de su propia sombra. Se afirma por ahí que le "habían metido la mula" en cierta designación y que ya al comienzo del viaje hubo lo que en el lenguaje del cuadrilátero pugilístico se llaman "tortas". De ahí que dos de los integrantes de la embajada se "enfermaran" de "gripe" y no participaran de las reuniones oficiales. Uno porque sabía demasiado inglés y el otro, porque a lo mejor se enojaba y la emprendía a golpes...



—*¿Y después?...*

—Julito ha tomado el piróscafo de regreso, y aquí se le prepara una gran recepción popular.

"Hablando de otra cosa. Tengo entendido, don Mandinga, que el doctor Naón, está tan cerca del gobierno como lo estaba el año pasado para esta fecha, y por cierto que las acciones del ex intendente, seguirán cotizándose en suba."



—*Me gusta el pronóstico. Pero, ¿en qué se funda?*

—En una laboriosa conferencia habida entre él y el "hombre puente". E "hombre puente" gravita cada vez con más eficacia sobre las deliberaciones políticas. El problema está en averiguar cómo conviene trabajarse electoralmente la capital. Y la mayor dificultad, en la imposibilidad de otorgar "efectividades conducentes" al electorado.

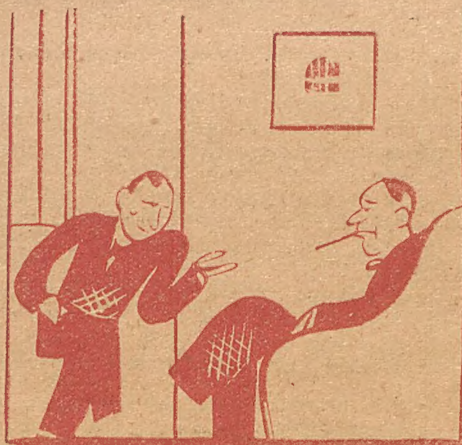


"Sin ir más lejos —sigue diciéndome don Giácomo— la ausencia de los sectores considerados gubernistas en los recientes homenajes a la memoria del general, ha sido una actitud laboriosamente resuelta. Y, por consiguiente, sintomática."

—*¿De modo que usted cree?...*

—No soy yo el que cree sino el diputado por Santa Fe, que hablaba en los pasillos de la Cámara el otro día. Se trata de que el gobierno nacional parece abrirse cada vez más de la revolución, cuya apología ha hecho Sánchez Sorondo, por centésima vez, insistiendo ante la presencia del gobernador de Buenos Aires, en su desafecto por la ley Sáenz Peña.

Se non é vero...



—Un cliente que es frecuentador de las tertulias del Yacht Club Argentino, hablando de la misión Roca, explicaba el otro día el porqué del éxito tan relativo de esta importante embajada financiera.

—*Eso es interesante, don Giácomo...*

—Sumamente interesante. Resulta que recién ahora se ha venido a descubrir para nosotros el verdadero objeto de la segunda visita del príncipe de Gales a nuestro país. Usted recuerda que vino pocos meses después de asumir el general Uriburu la dirección de los negocios públicos. En ese momento de total renovación, el gobierno de S. M. británica esperaba que le propusiéramos un convenio, que siendo ventajoso para nosotros lo fuese a la vez para los intereses de Inglaterra. El príncipe traía instrucciones, no precisamente para concertar el tratado, sino para orientarlo. Pero nadie abrió la boca, nadie cayó en la cuenta.

—*Es que...*

—¡Es que Inglaterra no podía pedirnos!... Por mucho que le interesara, para luego oponer este compromiso a las exigencias de sus colonias. Así fué cómo nuestra falta de perspicacia la precipitó luego en el tratado de Otawa. En mala hora para ellos, según ahora ha venido a saberse. Y... para nosotros...

Por

Viejo Mandinga

—*¿Usted conoce, don Giácomo, el último manifiesto de la Legión Cívica?...*

—"Gime el país bajo el peso de una incertidumbre que lo deprime." ¿Es éste?...

—*El mismo. Así empieza.*

—Es sombrío. Parece un capítulo de Isaías. Escuche: "¿Por qué no unirnos todos los hombres que cuidamos un hogar, que veneramos a una madre, que educamos y formamos hijos, que tenemos patria, fe, esperanza y religión, para contener esa ola deletérea que quiere hundirnos en la perversión, para hacernos luego sus esclavos indignos?"

—*Veo que lo conoce, don Giácomo.*

—¡Si lo conozco!... Más adelante dice: "Dividir para reinar es obra de ambiciosos vulgares; no de patriotas."

—*¿Terminamos la transmisión?*

—Un comentario al margen, y le hago el gusto.

—*Venga.*

—Resulta que en un reciente entierro político —hay que aludirlo así— llamó la atención la presencia de las más altas autoridades eclesiásticas del país. Desde monseñor Devoto hasta un reverendo padre que fué contrarrevolucionario, acudieron todos, poco menos que en corporación. Naturalmente, que no pasó inadvertida la cosa y oí recordar entonces el sofocón que se dieron la noche del 6 de septiembre para iluminar la catedral.



—*¡Pero, don Giácomo! Usted sabe que la Iglesia es también una institución política, afectada por el juego de intereses temporales.*

—En eso estoy. Quisiera saber cómo se define en ese juego. Porque, fíjese, que los legionarios la invocan como si se tratara de un aliado.

—*¡Estamos de parabienes don Giácomo!... Volvemos otra vez a la normalidad...*



—No cante victoria. Acuérdese del refrán que dice: "donde hubo fuego cenizas quedan". ¿Acaso no los ha oído estos días?... Basta la sola frasecita que se le atribuye a uno de los detenidos políticos en Martín García, para dar con la composición de lugar que han hecho a estas horas los radicales.

—*No conozco la frasecita esa.*

—¡Hágasela repetir por algún amigo de don Marcelo!...

SONETO RETROGRADO

(Se lee igualmente al derecho que al revés)

Por JUAN DIAZ RENGIFO (SIGLO XVI)

Sagrado Redentor y dulce Esposo,
Peregrino y supremo rey del cielo,
Camino celestial, firme consuelo,
Amado Salvador, Jesús gracioso:

Prado ameno, apacible, deleitoso,
Fino rubí engastado, fuego en hielo,
Divino amor paciente y santo celo.
Dechado perfectísimo y glorioso.

Muestra de amor y caridad subida
Disteis, Señor, al mundo haciéndoos hombre;
Tierra pobre y humilde a vos juntando

Venisteis, Hombre y Dios, amparo y vida,
nuestra vida y miseria mejorando.
Encierra tal grandeza tal renombre.

Salamanca, 1592.

EL RASTRILLO

Un labrador envío un día a dos mozos de labranza para que trajeran un rastrillo de la casa del vecino.

Cuando llegaron y vieron el tamaño del rastrillo, uno de ellos exclamó:

— Nuestro amo no piensa lo que hace. ¿Cómo vamos a llevar una cosa tan pesada?

— ¡Bah! — dijo el otro que estaba muy orgulloso de su fuerza: — yo lo puedo llevar solo. Ayúdame a ponérmelo sobre la espalda y ya verás.

El mozo comenzó a caminar, cargado, con el rastrillo, mientras su compañero le gritaba:

— ¡Qué fuerte eres! ¡Jamás lo hubiese creído! ¡Eres un Sansón! ¡No hay dos hombres como tú en América! Pero descansa un momento... deja que te ayude...

— No... no... — dijo el otro, más alentado por las alabanzas que fatigado por el peso del rastrillo; — ya verás cómo puedo llevarlo yo solo hasta la granja.

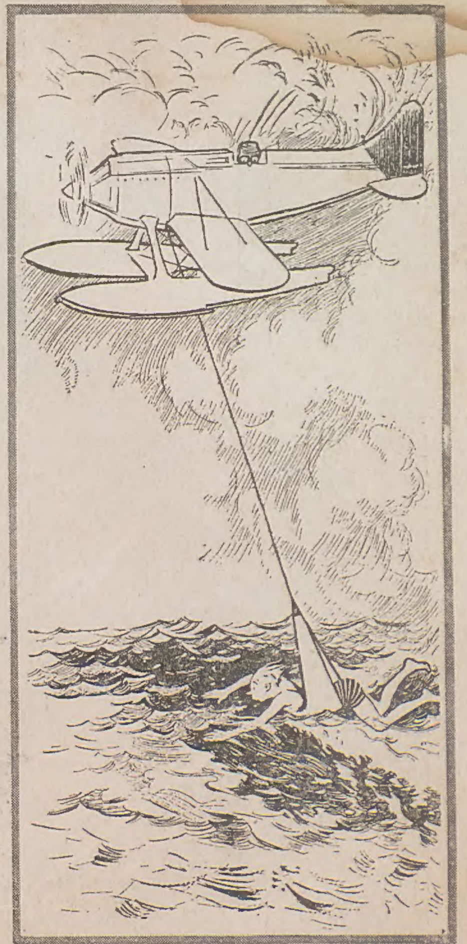
Y, efectivamente, su amo lo vió llegar, rendido, agobiado, pero victorioso, mientras el otro mozo repetía:

—¡Es admirable! ¡Es asombroso! ¡Nunca vi nada semejante!

Y el adulador, muy descansado, multiplicaba los elogios.

Muchas veces nos encontramos en la vida con un rastrillo que hay que llevar entre dos y somos tan tontos, que, creyendo en las alabanzas del que quiere librarse del trabajo, llevamos la carga nosotros solos.

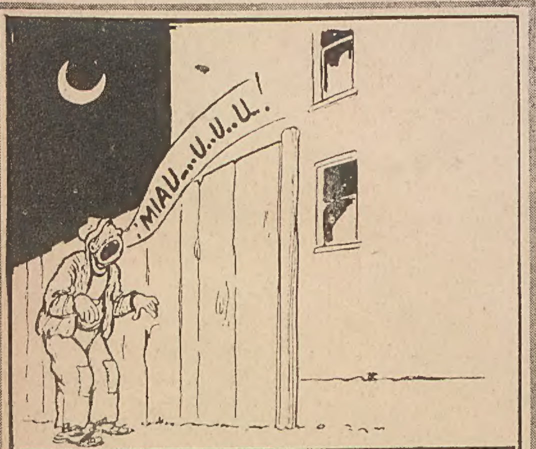
FRANKLIN

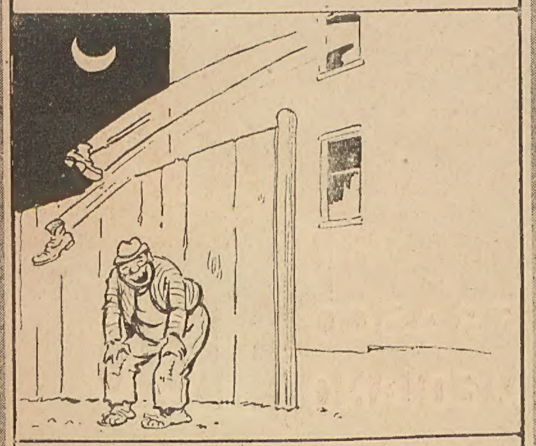


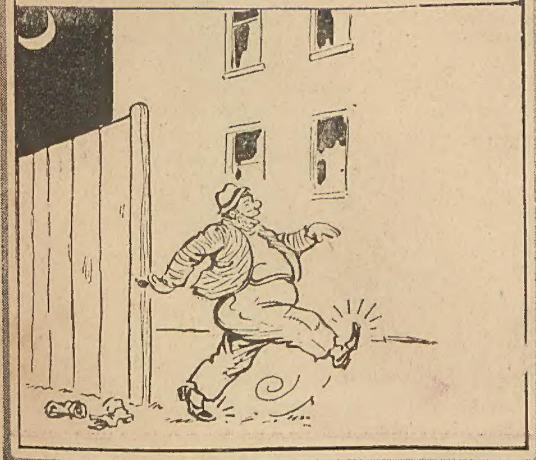
El aviador enseña a nadar a su hijo.

(De "Punch", Londres

SALPICON







NO HAY NADA COMO EL INGENIO

(De "Life", Nueva York)



El domador de fieras practica en su casa.

(De "The Bystander", Londres)

GREGUERIAS

Un hombre con lentes tiene que ser un tanto artificial... Desde luego, está colocado del otro lado de las cosas, del otro lado de sus lentes, y hay algo sutil, suave y abnegado que no pasa por ellos... Así tienen los hombres de lentes un egoísmo extraño, involuntario, refinado... Están profundamente apartados de nosotros.

•

Se concede más tiempo, más fiesta, más dolor o más atención a la víspera que a la fiesta.

•

El pez más difícil de pescar es el jabón dentro del agua.

•

Esos hombres profanos a los que se les hace una calva en la coronilla, parece que tuvieron un destino místico que torcieron.

•

Si el hombre se equivoca una vez al escribir un sobre, reincidirá una o dos veces más. Es fatal.

Ramón Gómez de la Serna

LA MUERTE DEL DELFIN

El capellán se acerca al delfinito y le habla mucho en voz baja, enseñándole un crucifijo. El delfinito le escucha con aire de asombro, y súbitamente le interrumpe:

—No comprendo bien lo que me decís, señor abate; pero, en fin, ¿mi amiguita Beppo no podría morirse en mi lugar, pagándole mucho dinero?

El capellán sigue hablándole en voz baja, y el definito toma un aire más asombrado.

Cuando el capellán ha concluído, el definito prosigue dando un hondo suspiro:

— Todo lo que acabáis de decirme es muy triste, señor abate, pero una cosa me consuela.

"Arriba, en el paraíso de las estrellas, voy a ser todavía el delfín. Sé que Dios es mi primo y me tratará según mi jerarquía."

Después agrega, volviéndose a su madre:

— Que me traigan mis vestidos más hermosos, mi jubón de armiño blanco y mis escarpines de terciopelo. Quiero adornarme como el rey de los ángeles, y entrar en el paraíso con vestidos de delfín.

Por tercera vez el capellán se inclina hacia el delfinito y le habla en voz baja. En lo mejor del discurso el niño real le interrumpe con rabia:

— Pues entonces — grita, — ¿no es nada ser delfín?

Y sin querer oír más, el delfinito se vuelve hacia la pared y llora amargamente.

Alfonso Daudet.



IMPRESO EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA., S. A.